

FERRAN

GENZANI

EL ANNO

DE LA

PATRIA

— 518 —

L47  
2782

26 Mayo 75.

16.210

(July 1847)

LEYENDAS NACIONALES

# EL ANGELO de la PATRIA



por  
D. M. Fernandez y  
Gonzalez

MADRID

LIBRERÍA DE SALVADOR SANCHEZ RUBIO

Calle de Carretas, número 31

1875

~~4920~~

(1181811) N.P.S. 10

L47-2782

24-6<sup>a</sup> (bis)

16.210  
(ley 1847)

LEYENDAS NACIONALES

~~~~~

EL ÁNGEL DE LA PATRIA

~~4920~~



LEYENDAS NACIONALES

EL ÁNGEL DE LA PATRIA

(CRÓNICAS DE LA RECONQUISTA DE ESPAÑA)

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ



*Salvador Sanchez  
Rubio*

MADRID

LIBRERÍA DE SALVADOR SANCHEZ RUBIO

Calle de Carretas, número 31

1874

LIBRERIAS NACIONALES

LA ARCA EN LA PATRIA

(CONSTITUCION DE 1812)

LIBRERIAS

*Reg. sup. 188. de 24*



MADRID  
LIBRERIA DE SALVADOR BANCHET E HIA  
CALLE DE CALERAS, 10

---

Berengullo, Huertas, 70, Madrid.

## CAPÍTULO PRIMERO.

---

### LA HERMANA DE DON PELAYO.

Hé ahí á la vírgen de los godos, á la hermosa, á la adorada de Munuza, el walí de Gijon, la *Espada-de-fuego*, como le llamaban los tigres que llevaba al combate; hé ahí la hermana de Pelayo, Ormesinda, la *Hada-del-amor*, como la llama el enamorado Munuza.

En su frente cándida hay una nube de sombría  
ojos azules, que parecen  
de la mañana, in-  
el océano, que la  
el pié del cas-  
sobre las  
llá en la



Ya el gallo ha dejado oír su canto de la medianoche.

Los guardas del castillo, apoyados en sus picas, tranquilos porque no hay enemigos ni cerca ni lejos, se adormecen bajo los rayos de la plácida luna, con el halago de la tibia brisa marina, con el eco lánguido y monótono de la ola del océano, que en su movimiento incesante besa la tierra de Asturias.

Gijón duerme también.

Pero Ormesinda vela, Ormesinda sufre, Ormesinda llora.

¿Qué se hizo de aquellos tiempos en que, como otras tantas doncellas nobles, vivía en el alcázar de Toledo, al lado de la reina Egilona?

¿Qué se hizo de aquel hermoso paje rubio, de Evrardo, que cuando todo reposaba, ocultó entre los mirtos del jardín, la enviaba el dulce canto de sus amores, que suspiraban entre el silencio, embellecidos por el misterio?

¿Qué se hizo aquel magnífico y galante rey don Rodrigo, qué las ostentosas fiestas de la corte, qué tanta gentil y hermosa corte, qué tanto activo y enamorado?

¿Qué la reina?

¿Qué don Rodrigo?

La misma.

¿Qué?

Todo.

La Bé...

los árabes llamaron despues Waad-el-Lete (Gua-  
dalete).

El recuerdo de todo esto junto, sombrío, terrible, apenador, nublaba la frente de Ormesinda, encendia en rubor sus mejillas, acentuaba su boca con la expresion del dolor y de la cólera.

Veia de una manera fantástica, entre un vapor de sangre rojizo como el fuego del infierno, á don Rodrigo, estrechando entre sus brazos á la hermosísima y funesta Florinda, al conde don Julian hablando con la expresion de la cólera y de la venganza en el Monte de la traicion con los feroces walíes árabes Muza-ben-Noseir y Tarik-ben-Ziad.

Y en torno de ellos, ansioso de ambicion y de ira, el traidor hermano de Witiza, el arzobispo don Opas y los pérfidos y miserables hijos de Witiza.

Veia el tremendo tumulto de la batalla de Guadalete.

Don Opas, abandonando á don Rodrigo, llevando traidoras haces godas á aumentar las terribles revueltas las ya cansadas y perseguidas.

su carro de guerra á la velocidad.

prosos re-  
na pesa-  
Pelayo

apurando la última aventura de la batalla, rodeado de algunos héroes que se iban disminuyendo rápidamente, y obligado al fin á salvarse para ir á refugiarse á Toledo.

Veia la fuerte ciudad del Tajo rodeada por la inmensa muchedumbre árabe, acometida, embestida, ganada, cautivos sus moradores, profanado el alcázar por la planta del vencedor.

La altiva reina Egilona, sucumbiendo á un amor vergonzoso, partiendo el tálamo con Abdalazis, el venturoso caudillo árabe; siendo reina de la patria vencida, humillada, despedazada, haciéndose maldecir por los tristes que veian que ni habia sabido guardar la fe al esposo vencido ni el respeto á las desgracias de la patria.

Veia á don Opas y á los hijos de Witiza formando la corte del conquistador, como ántes la de don Rodrigo; conspirando despues, como ántes habian conspirado; esperando, insensatos, satisfacer su ambicion sobre las ruinas de la patria.

Veia á don Pelayo obligado á abandonar Toledo, llevándose consigo

su hija y su hermano

Astúrias, y allí, de

á reconocer el

de Gijon, y

jor, para r

patria.

Todo

lo apenado de la expresion que aparecia en el cándido semblante de Ormesinda.

Era muy jóven aún.

Apénas llegaba á los diez y ocho años.

Pero tenia la triste experiencia de la desgracia, y en su alma, como en la de su hermano, ardia inextinguible el amor de la patria.

La cámara donde se encontraba Ormesinda pertenecia á un torreón redondo del castillo de Gijon, colgado sobre la mar en lo alto de una roca.

Aquella magnífica cámara románica tenia toda la belleza, toda la delicadeza de adornos que daban á los retretes de las damas los arquitectos de Bizancio.

Habia allí cuanto refinamiento pueden pedir la delicadeza y el capricho.

Aquella era la habitacion en que habia vivido la pasada condesa de Gijon; esto es, la esposa del último gobernador de Gijon bajo el reinado de don Rodrigo.

Un candelero de oro dejaba exhalar los perfumes quemaban.

... cubria el pavimento de

... encontraba Orme-

... como del divan,

... os, hermosa

... no la es-

... dosos y

Era Gisberga, la hija de don Pelayo.

¿Y qué era de don Pelayo?

Munuza, walí terrible, uno de los caudillos más gloriosos de la memorable hueste que con Muza y Tarik habia entrado en España y vencido á los degradados godos, habia sido enviado por el emir Muza á las tierras de Astúrias para regirlas como walí ó gobernador en nombre del califa de Damasco.

Munuza, aunque bravo, era hermoso y tenía esa aureola que rodea á los héroes.

Él, feroz en el combate, sabía sonreír con la dulzura del amor, y sus ojos se iluminaban de una manera poética ante la mujer que le conmovía.

Era de grande estatura, gallardo, ágil, admirablemente configurado.

Tenía algo de la elegancia terrible de la pante-ra y de la fuerza indómita del león de su patria.

Como el sol de su patria, era ardiente la sangre que circulaba por sus venas.

Los héroes que tienen la gana á abandonar se someten con dificultad.

Munuza germinaba ya.

sentir del mismo

quienes Muza

bierno de la

el día en

pacione

res, e

lo mismo, en reyes, la nacion que bajo el nombre de Iberia habia estado dominada bajo los reyes godos se dividiese en pequeños reinos.

Dábase pues, Munuza, como todos los otros walíes, el trato y majestad de rey.

Mantenia corte y vestia con un lujo verdaderamente asiático.

Las esclavas de su harem aparecian deslumbrantes de brocados y de joyas, y sus servidores, sus esclavos, llevaban cada uno sobre sí un tesoro.

Muchos nobles godos, obligados por la necesidad, reteniendo un pedazo de tierra, que no estuviese conquistado y sometido, para poner los piés, vivian, sometidos los unos verdaderamente, en apariencia los otros, en las cortes de estos walíes, dispuestos á aprovechar la primera ocasion para declararse reyes independientes.

Muy pocos de los príncipes y magnates godos habian pasado los montes de Afranc, que así se llaman ántes los Pirineos, para ir á pedir auxilio á los francos, para ir á ponerse bajo el dominio de la casa real de

más olvidados de

de la patria,

que les de-

sus cos-

ro, ni

sabian abandonar el suelo de la Patria, ni podían sufrir el sonrojo de presentarse vencidos entre los francos, ni habían perdido la esperanza de restaurar la Patria, de reconquistar lentamente su extenso territorio, perdido de una manera tan rápida.

Los árabes estimaban en gran manera á estos magnates, á estos prelados, que tan bien habían combatido en Guadalete que, si todos los otros los hubieron imitado, España no se hubiera perdido.

Munuza había establecido lo que podía llamarse su corte en Gijón, y había dado el gobierno de Oviedo á don Pelayo.

Don Pelayo, resignado en la apariencia, parecía adicto á aquel caudillo árabe, que de tal manera le honraba y le distinguía.

Y aún creía Munuza en el amor y en la amistad de don Pelayo.

Apesar de esto, de tal manera mostraba el príncipe godo su noble altivez de raza que no se había atrevido á decirle que se abandonara.

—Dame tu hermana.

Munuza no había  
que un amor te  
su alma.

Sintió el  
de Ormes

Sintió  
y de le

Experimentó horribles celos al saber que Evrardo, el noble paje de don Rodrigo, el hijo del conde Walterio, en la batalla de Guadalete se habia salvado con don Pelayo, y que al lado de don Pelayo vivia.

Se conocian harto claro los amores que el uno por el otro alentaban en sus almas Evrardo y Ormesinda.

Los celos devoraban el corazon del sarraceno, y buscó un medio para separar á los dos amantes.

Llamó un dia á don Pelayo, y le propuso el gobierno de Oviedo.

Aceptó don Pelayo con placer, aunque con reserva.

Una vez gobernador de una parte de Astúrias, él podia preparar sagazmente los medios de empezar en aquellas nobles montañas una pronta guerra de reconquista.

Pero Munuza no habia propuesto aquel gobierno á don Pelayo sino para tener el pretexto de pedirle rehenes, como en seguridad de su lealtad, cosa muy acostumbrada en aquellos tiempos, y que no determinaba en manera alguna una ofensa para aquel á quien se pedian.

Don Pelayo otorgó los rehenes y no retrocedió cuando supo que estos rehenes debian ser su hermana Ormesinda y su hija.

Comprendió que el árabe amaba á una de los dos, que ya era una doncella hermosísima á los



catorce años Gisberga, capaz de encender el amor en un corazón de roca.

¿Qué importaba un sacrificio por la patria?

El gobierno que se le confiaba era importantísimo, era una esperanza.

Por otra parte, Ormesinda y Gisberga no olvidarían á cuánto les obligaba su honor y su fe.

Don Pelayo, confiando en Dios y en Santa María, entregó su hermana y su hija como rehenes al walí Munuza, que las condujo á su castillo ó palacio de Gijón, las dió en él aposentos como á princesas, que de la casa real goda eran Ormesinda y Gisberga, y las dió numerosas y bellas esclavas para su servidumbre.

En vano Munuza declaró temblando su amor á Ormesinda, y áun desesperado la prometió hacerse cristiano y volver por los cristianos si élla le amaba.

—Yo no soy la reina Egilona,—contestó con altivez aunque con dulzura Ormesinda,—ni yo puedo olvidar mi fe ni ofender á mi patria por la ambición de ser reina de un pequeño rincón de España, ni yo podría amar á quien por mi amor hubiese dejado su ley y hecho traición al rey su señor. Olvídate de tus amores por mí, Munuza, que yo no puedo ser tuya, porque Dios no lo quiere.

Y en vano Munuza insistió.

En vano el feroz tigre de Siria lloró á las plantas de Ormesinda.

En vano, para halagarla, dió magníficas fiestas

é hizo justas en honor de élla, y correr cañas y sortijas á sus caballeros árabes.

En vano enviaba de noche sus juglares á que le regalasen con dulce y regalada música, que esto avivaba el dolor y el amor de Ormesinda, que recordaba aquellas noches plácidas en que su adorado Evrardo la enviaba la armonía de su laud y el amor de su alma con voz suspirante, oculto entre las espesuras de la Huerta del Rey, en el palacio de Toledo.

Ormesinda permanecía fiel á su amor, fiel á su patria, fiel á su alcurnia, fiel á su Dios, y Munuza iba enloqueciendo, determinándose á todo por el logro de aquel amor, que habia llegado á hacerse para él toda su existencia.

Pero, aunque sometido, le inspiraba un profundo respeto que tenía algo de un temor instintivo, el infante don Pelayo, que, cuidadoso por su hermana, no dejaba de ir y venir de Oviedo á Gijón, de Gijón á Oviedo.

Llamóle Munuza.

—Príncipe,—le dijo,—menester es, porque asi conviene á la lealtad que debemos al excelso y poderoso califa Walid-al-Abas, que vayas á Tánger con un mensaje para el walí Tarik-ben-Ziad. Esta carta que te entrego le darás en su propia mano, y sin la contestacion no te volverás. Considera que sinó fuese tan grande el empeño yo no usaria de tí para este mensaje; y ve con Dios, y que él te acompañe y te guarde.

Don Pelayo comprendió que la intencion de Munuza era dejar desamparada á Ormesinda.

Pero aún era necesario callar.

Aún era necesario sufrir.

Aún era necesario apurar el sacrificio del heroísmo.

La patria ántes que todo.

Y para comenzar la salvacion de la patria era necesario confiar á Munuza y aún sacrificar su propia sangre.

Don Pelayo partió.

Pero no sin tener una entrevista con su hermana.

Aseguróle ésta que élla podia bien ser muerta pero no deshonrada, y el infante se alejó tranquilo, cuanto ser podia, de Gijon.

Pasó algun tiempo y no volvia don Pelayo.

¿Ni cómo podia volver, si la carta que á Tarik llevaba le recomendaba retuviese á don Pelayo en Tánger, con los pretextos que tuviese, hasta que le avisara otra cosa, porque así convenia al buen servicio del califa?

Don Pelayo debia ser considerado por Tarik no como un mensajero, sino como un desterrado á quien se le mandaba retener por medio de pretextos y vigilar cuidadosamente.

Las solicitudes respecto á Ormesinda crecian.

Empezaba á aparecer en los ojos del árabe el extravío, la locura de la pasion.

Habia que temerlo todo.

Ormesinda empezaba á contaminarse apesar de Evrardo, apesar de su patria, apesar de todo, con aquel amor inmenso, profundo, adorador, insistente, terrible.

La gratitud y la vanidad son una virtud y un vicio que predominan de una manera excesiva en el corazon de la mujer.

Munuza era galante, rendido, humilde.

Rogaba siempre, sin amenazar jamás.

Halagaba á Ormesinda á despecho suyo el ver rendido á sus piés á aquel leon bravo, á aquel héroe.

Y de tal manera era volcánico el amor de Munuza que Ormesinda no podia ménos de sentir su calor.

Tuvo miedo por sí misma.

Desconfió de su destino y quiso conocerlo.

Entónces se acordó de la loca, de la inspirada, de la santa que vagaba, ya por las estrechas calles de la ciudad, ya por los campos, apareciendo y desapareciendo como una sombra.

Pero, para decir á nuestros lectores quién era esta loca, esta inspirada, esta santa, necesitamos capítulo aparte.

## CAPÍTULO II.

### BEKRALBAIDA, Ó LA DONCELLA BLANCA.

La locura está no sólo respetada, sino venerada, santificada, entre los musulmanes.

Para ellos es un artículo de fe que aquel á quien ha tocado la mano de Dios, destruyendo la razon que se encuentra en las demas criaturas humanas, está lleno del fuego divino.

Para ellos, los antiguos profetas no eran otra cosa que criaturas tocadas por la mano de Dios, que desde el momento en que eran tocadas dejaban de ser semejantes á los demás hombres.

Los adivinos, los hechiceros, los doctores encontraban augurios en las dolorosas insensateces de los locos, en sus mismos actos de frenesí, en los accesos más violentos de su locura.

Era aquélla una ciencia profunda.

La interpretacion de los actos, de las palabras,

de los gestos, de las contorsiones de las santas criaturas de Dios, que así llamaban á los locos, y que Dios tenía sobre la tierra por su misericordia para que avisasen y dirigiesen á los otros hombres por medio de profecías, manifestadas de una manera misteriosa, era una ciencia que, como hemos dicho, los adivinos, los magos, los hechiceros, los doctores ó faquíes interpretaban como podían, según su leal saber y entender.

Y había aparecido en las montañas, en los caseríos, en las aldeas, en las ciudades de Asturias una de estas criaturas llenas del espíritu de Dios, es decir, una loca.

No se sabía de dónde procedía.

Los solariegos no guardaban memoria de haberla visto ántes de la invasion de los árabes.

Pero, una vez realizada esta invasion, una vez ocupada España por los infieles, un pastor, que volvía tarde de su majada, durante una noche de tormenta, la vió aparecer en la oscura entrada de la cueva de Covadonga.

Y se espantó.

Le pareció una figura sobrenatural, un alma del otro mundo que conservaba una forma humana.

El viento agitaba su blanca vestidura y ondeaba sus luengos y rizados cabellos rubios.

En sus ojos celestes aparecía algo inmenso, algo sobrenatural.

—No pasará mucho tiempo,—exclamó la aparición con una voz suave y armónica, que pa-

recia venir de los cielos,—sin que del fondo de esta gruta salga luciente y salvador el lábaro de Cristo.

Y la sombra se hundió en el oscuro fondo de la gruta.

El pastor lo contó á sus amigos, á sus deudos, á todos los que sometidos por los árabes gemian en silencio y anhelaban la resurreccion de la patria, y una ardiente esperanza animó á aquellos tristes.

No habia que dudarle: la Virgen, la Santísima Virgen se habia aparecido al viejo pastor Arnoldo en la gruta de Covadonga.

Y habia por entónces sobre la alta peña á cuyo pié la gruta se abria una santa casa de vírgenes del Señor, que á la aproximacion de las taifas árabes, que avanzaban como una sangrienta oleada, habian abandonado su monasterio, dejándolo entregado á las llamas para que los infieles no pudiesen profanarlo.

Algun tiempo ántes Urbano, arzobispo de Toledo, con algunos magnates y prelados godos, se habia salido de Toledo, ántes que fuese cercado por el ejército de Abdalazis, salvando los tesoros, las santas reliquias y los escritos de los santos Isidoro, Ildefonso y Julian, que se guardaban en Santa María de Toledo y en la basilica de Santa Leocadia; y una oscura noche habian llegado á la gruta de Covadonga, y allí habian enterrado aquellos tesoros, aquellas reliquias, aquellos escritos.

Se tenía de esto una vaga noticia, que los solariegos guardaban con un profundo secreto, y por lo mismo se consideraba como sagrada la gruta de Covadonga, y un secreto instinto les hacía pensar en élla cuando pensaban en la salvación de la patria.

Por esto todos los que supieron la aparición que había tenido el pastor Arnoldo al pasar por la gruta, creyeron que la Madre de Dios en persona era la divina vision que se le había aparecido, y alentaron la esperanza de próximos sucesos prósperos.

Don Pelayo lo conocía esto, y de ello usaba.

Se hacía parciales.

Conspiraba cautamente.

Preparaba fuerzas, y decía á todos:

—Covadonga es nuestra esperanza; en Covadonga tenemos aún la patria: nosotros la ensancharemos; nuestros hijos seguirán la lucha, y la acabarán nuestros nietos.

Pero muy pronto hubo que convenir en que no era la Virgen María la que se había aparecido al pastor Arnoldo, sino una jóven, en carne y hueso, de maravillosa hermosura y de una extremada juventud.

Habíanla visto algunos campesinos.

En algunos caseríos se había presentado fatigada, pálida, demandando de una manera vaga y con palabras casi inarticuladas un rincón en el hogar para pasar la noche y un pedazo de pan para calmar su hambre.



Fuese casualidad, fuese providencia, aquel con quien élla hablaba, la casa donde élla recibía hospitalidad, probaban muy pronto algunos señalados beneficios.

Llamáronla al principio la Vírgen loca, y tanto árabes como cristianos la creyeron una elegida de Dios.

Pero muy pronto éste y el otro varon godo, éste y el otro ermitaño, que entre las breñas se habian quedado sosteniendo la Cruz, supieron á qué atenerse respecto á aquella criatura.

Cuando élla se acercaba á un hombre ó á una mujer, los miraba profundamente, y parecia como que su dulce y celeste mirada llegaba hasta el alma de aquel en cuyos ojos se posaba.

Parecia como que la Vírgen loca pretendia escudriñar el alma del que tenía ante sí.

Cuando éste era un buen patricio, un noble godo, que permanecia entre los árabes sobre la patria perdida, esperando una ocasion favorable, ó un monje ó un anacoreta, la Vírgen loca le decia:

—No ceses en el trabajo que Dios te ha impuesto; busca por todas partes á tus hermanos; únete en silencio con ellos: cinco traerán diez; diez, ciento; ciento, cien mil, y entónces, ¡á morir por la patria!

Y pasaba.

Llegaba á otro caserío, ó á otro convento, ó á otra ermita, y llevaba á ellos la fe, el valor y la esperanza.

Y no era esto sólo, sino que, andando el tiempo, élla era la dulce y hermosa mensajera que traía y llevaba los avisos y las inteligencias de los unos con los otros.

Se entraba en las poblaciones dominadas por los árabes, y lo observaba todo.

Contaba las fuerzas del enemigo, y la jóven aparentemente loca, veía que la corrupcion y la molicie iban apoderándose del invasor, por la riqueza del suelo, por la diafanidad del cielo y la blandura del clima.

Los árabes, que veían en élla una criatura llena del fuego de Dios, la respetaban, la consultaban, la llamaban Bekralbaida, esto es, la Doncella blanca.

En cuanto á los solariegos con quienes élla se habia puesto en contacto, y que la conocian demasiado, la llamaban ya el Ángel de la Patria.

¿Y quién era?

¿Cuáles sus padres?

¿Dónde habia estado hasta entónces?

¿De dónde venía?

Esto no se sabía.

Esto era un profundísimo misterio.

Algun venerable monje, algun penitente ermitaño la habia preguntado acerca de esto, y élla habia respondido siempre:

—¿Qué os importa quién yo sea? Yo soy un alma.

Y á tal llegó la fascinacion que en los solariegos

que la conocian habia causado, que llegaron á creer que en efecto era un ángel que Dios habia enviado en ayuda de los españoles.

¿Y dónde vivia? ¿Cuál era su morada?

En todas partes.

Allí donde ponía la planta, allí estaba su hogar, es decir, un punto de su hogar; porque su hogar, como élla decia cuando se la preguntaba, era la patria.

En cuanto á los árabes, no la preguntaban nada.

Hubieran tenido por un sacrilegio imponerse en manera alguna á la elegida de Dios.

Una pregunta envuelve algo de mandato, y éllos, cuando se trataba de la hermosa Bekralbaida, no mandaban, suplicaban y tenían á gran fortuna besar la orla de su túnica y poner sobre su frente la tierra que élla habia pisado.

Tal era el supersticioso fanatismo con que los árabes veneraban la locura.

Y lo mismo hubiera acontecido si en vez de ser la Doncella blanca una dulce criatura de belleza casi ideal hubiese sido una horrible Meguera. Con tal de que hubiese sido patente su locura, hubiera sido el objeto de una igual veneracion.

Por Gijon, más que por otra parte, vagaba la hermosa Bekralbaida.

Se la veia atravesar por la plaza durante el mercado en las primeras horas de la mañana, lánguida, pensativa, sueltos los rubios cabellos, que tocaban en la orla de su blanca túnica, siempre

nítida, que dejaba ver un pié alabastrino, siempre descalzo, siendo maravilloso que aquellos delicados piés no se destrozasen sobre las asperezas de la tierra.

Esto indicaba un manifiesto favor de Dios.

Bekralbaida no llevaba sobre sí distintivo alguno que revelase su patria ó su religion.

Su túnica no pasaba de ser como una amplia camisa de lana, pudorosamente cerrada en el cuello, con mangas anchas, que la dejaban descubiertas las manos, y corta lo que bastaba para dejar ver sus piés.

Y aunque el suelto tejido de aquella túnica revelaba unas formas hechiceras, voluptuosas, jamás, ni los más sensuales, sintieron por élla una emocion impura.

Salíanla al encuentro cojos, mancos, tullidos, madres con niños enfermos en los brazos, desdichados ansiosos de consuelo; y cuando la pedían un milagro que los salvase de su miseria, élla respondía:

—Los milagros son de Dios; satisfaced á Dios; arrepentios de vuestras culpas, y Dios os sanará.

Sin embargo, como la fe por sí sola hace milagros, habia quien atribuía la potestad de hacer milagros á Bekralbaida.

Se hablaba de algunos lisiados que á consecuencia de haber tocado su túnica, de haber besado la tierra en que habia tenido puestos los piés, habian sanado.

Bekralbaida habia pronosticado muchas veces cosas que se habian cumplido.

Pero para esto nunca habia consultado las rayas de la mano de aquel que le habia pedido un pronóstico, ni habia hecho ninguna de las cosas que hacian en casos semejantes los magos y los hechiceros.

¿Por qué, pues, se tenía por loca á la Doncella blanca?

Por su mirada abstraída y luciente, profunda, pura, intensa; por lo misterioso, lo leve y lo casi inarticulado de sus palabras; por la profunda y ardiente melancolía que aparecía en su hermoso semblante, y por un no sé qué de vago y áun de sobrenatural que se revelaba en las contracciones de su boca, especialmente cuando parecia hablar sin palabras, por medio de gestos y sin objeto alguno al parecer.

Ella habia sido en gran parte la causa de que don Pelayo entregase como rehenes á Munuza su hermana y su hija.

Bekralbaida le habia dicho:

—Si Dios no las ampara del tirano, ¿cómo podrás ampararlas tú? ¿Y cómo puedes tú negar tu sangre al servicio de la patria? Déjalas, déjalas en poder del bárbaro infante, que los altísimos juicios de Dios son incomprensibles.

—Vela tú por ellas, señora,—la habia dicho don Pelayo.

Y las habia entregado á Munuza.

Ésta era la criatura á la que habia pensado recurrir Ormesinda, espantada de sí misma por la influencia que en sí empezaba á sentir de Munuza.

Pero ¿cómo ponerse en contacto con la Doncella blanca?

Ella no entraba nunca en el palacio, ni Ormesinda salia jamás de él sino rodeada de los servidores del harem de Munuza y de sus esclavas.

Ormesinda no sabía que Bekralbaida se comunicaba con su hermano don Pelayo y con otros muchos barones solariegos.

Ormesinda no conocia al Ángel de la Patria sino por lo que de élla habia oido hablar á los árabes y por el nombre de Bekralbaida.

Pero participaba de la supersticion de los árabes, y la creia poderosa para hacer milagros.

## CAPÍTULO III.

---

### LA PARTIDA DE CAZA.

Se decia que en los bosques, en las montañas, en las laderas, en las horas del crepúsculo vespertino ó matutino, y singularmente en las noches de luna, era donde y cuando más se aparecía Bekralbaida.

Ormesinda solicitó de Munuza una partida de caza, y Munuza se apresuró á satisfacer el deseo de su adorada.

Aún no habia amanecido cuando ya los cuernos y las bocinas, retumbando por todas partes, atronaban á Gijon.

Los árabes son muy dados á la caza, y á la caza terrible.

Para ellos la caza no tiene placer si no representa un peligro inminente.

El árabe, sobrio para todo, se va solo á ponerse en los apostaderos por donde necesariamente ha de pasar el leon ó el tigre, y los aguarda y los acomete, lucha con éellos y vence ó es vencido.

El árabe sólo ejerce por una razon utilitaria la caza que no ofrece peligro.

Por consecuencia, el árabe no llama caza sino á aquella en que expone la vida.

El jabalí no es para él un objeto.

Le considera poco peligroso, y como por su ley la carne del cerdo, sea ó no salvaje, le está prohibida, hé aquí que el jabalí no es un objeto utilitario para el árabe.

En aquellos tiempos en España habia fieras.

Los romanos amaban tambien la gran caza, y habian traído á nuestras montañas, del África, el leon y la pantera.

Todas las gradaciones, en fin, de la raza felina.

Los godos habian traído el oso.

El lobo era indígena.

Pero el lobo tampoco puede considerarse como un animal cuya caza sea peligrosa.

Quedaban, pues, el leon, el tigre, el oso y el toro salvaje.

Para estas cazas se llevaban grandes tiradores.

Como que cada una de éellas era una batalla.

Por otra parte, los ostentosos árabes apuraban un lujo oriental, y era cosa de ver la cabalgata de la caza.



Acudieron al llamamiento todos los que en Gijón eran cazadores, que era lo mismo que decir todos los que eran hombres de armas.

Al alborear el día se abrió con estruendo la puerta del castillo.

Rompieron la marcha los músicos á caballo, con sus añalifes, sus dulzainas, sus atakeviras, sus atabalejos, sus atambores y sus trompetas, llenando el espacio con los alegres sonos de la caza.

Era un escuadron de jinetes todos en blancas yeguas.

Seguian despues en caballos negros los esclavos negros de Munuza, vestidos de rojo, en un escuadron de ciento.

Iban luégo á pié, con sayos verdes, los ballesteros tiradores, en un crecido número, y despues los monteros con los perros atraillados.

Un número infinito de perros de todas castas, de muestra, de rastro, de presa, cuantos eran necesarios para que la caza se hiciese de una manera perfecta.

Seguian los esclavos del harem de Munuza.

Luégo, en dos magníficos palanquines, entre una nube de pajes y doncellas, iban Ormesinda y Gisberga, la jóven hija de don Pelayo.

Seguia despues Munuza con todos sus cadíes, sus walíes, sus arraezes, sus caballeros.

Por último, un fuerte escuadron de lanzas.

Pero no lanzas gruesas, como las que aparecieron más tarde, ya en el siglo XIV, sino lanzas á la

ligera; unos jinetes casi sin armas defensivas, morenos hasta rayar en lo negro, sombríos y feroces, con los brazos desnudos, envueltos en alquiceles, con una ligera toca blanca en la cabeza, con un escudo de cuero redoblado, una larga lanza y un yatagan, sobre caballos regidos por un sencillo freno y sin otra montura que una ligera piel y una cincha donde se sujetaban las acciones de los estribos, soldados de á caballo lo más ligeros que podia darse, y sin embargo, ellos habian sido los que habian vencido en Guadalete á un numeroso ejército de godos, armados de los piés á la cabeza con arneses redoblados.

Toda esta brillante comitiva salió de Gijon, y volviendo la espalda á la mar, empezó á trepar por la montaña.

Munuza habia hecho que dos dias ántes se ojease y se aglomerase en un punto dado un número bastante de bestias feroces, que debian de acabar de ser acosadas cuando las gentes estuviesen en los apostaderos.

Era ya muy entrado el dia cuando se llegó á lo fragoso de la montaña.

En un ensanchamiento, á la entrada de un profundo barranco, á la márgen de un ancho arroyo con honores de rio que corria despeñado por las altas quebraduras, entre unos gigantes árboles, se habia hecho un tablado ó estrado cubierto de verdes ramajes, donde las damas debian situarse para presenciar la caza.

Por allí debían pasar las fieras acosadas.

Pero Ormesinda, en cuyo honor la caza se hacía, cuando hubieron llegado á aquel lugar, dijo á Munuza:

—Yo no he querido venir de caza para presenciarse sin peligro alguno desde un estrado; yo he querido y quiero tomar parte en élla. Manda, pues, señor, que me den mi caballo.

Palideció Munuza al ver que su amada quería ponerse en peligro.

Pero como los deseos de Ormesinda eran para él leyes tan poderosas como si hubieran provenido de la altura, de Dios mismo, nada objetó, sino que mandó se diese á Ormesinda una poderosa yegua blanca como la nieve, ardiente como el sol y ligera como el aire.

Una piel de pantera constituía el jaez de este animal, y se le regía por un ligero freno de anillos con riendas de seda y oro.

No podía darse nada más hermoso que esta yegua, cuya ascendencia había aspirado el abrasado ambiente del desierto.

Ormesinda cabalgaba admirablemente.

Subió con gran facilidad sobre la yegua, y como ésta se inquietase, la reprimió, la dominó, como hubiera podido reprimirla, dominarla, el más consumado jinete.

Munuza cabalgó á la derecha de Ormesinda.

Á la izquierda, con una azagaya de dos hierros

en la mano, iba un africano feroz, ya viejo, pero ágil todavía y fuerte.

Era el wali de los walies de Munuza, ó primer ministro.

Munuza se daba ya tratos y maneras de rey, por más que en la apariencia continuase obedeciendo al wali de Damasco y á sus lugartenientes en España, Muza-ben-Noseir y Tarik-ben-Ziad.

Tras este grupo, compuesto por Ormesinda, Munuza y Ali-Kasen, que así se llamaba el viejo africano, iba una nube de monteros, de ojeadores, de pajes, y un gran número de traillas de perros.

Esta cabalgata tomó por la rambla arriba, en tanto que las damas, lo que podia, en fin, llamarse la corte de Munuza, se colocaban en el alto y ancho estrado, cubierto de verdura.

Muy pronto Ormesinda y los que la acompañaban avanzaron por lugares perpetuamente solitarios.

Las bocinas de los monteros eran contestadas allá á lo léjos desde las alturas, desde las quebraduras, desde el fondo de los barrancos.

El órden de caza estaba establecido de una manera admirable.

Se iba por el camino por donde debian venir las fieras acosadas.

Muy pronto allá en las profundidades, á lo léjos, se oyeron alaridos de bocinas y de cuernos y ladridos de perros.

Los del acompañamiento de Ormesinda contes-  
taron con sus cuernos y sus bocinas.

Se detuvo la cabalgata.

Se tomaron posiciones á un lado de la rambla.

Los monteros avanzaron corriendo, y se sol-  
taron los perros, que se tendieron á la carrera,  
ladrando, aullando y perdiéndose muy pronto en-  
tre las ásperas quebraduras.

Apareció al fin al poco espacio un oso gigan-  
tesco, formidable, que luchaba de una manera  
terrible con los perros, que en vano pretendían  
hacer en él presa.

Las jaras y las saetas llovían sobre él, y su la-  
nuda piel, la defensa que la naturaleza le había  
dado, parecía que le hacía invulnerable.

—Noble walí,—exclamó en aquel momento Ali-  
Kasen dirigiéndose á Munuza,—te pido el honor  
de que me permitas luchar cuerpo á cuerpo con  
esa bestia.

Munuza se lo concedió.

El walí saltó á tierra, arrojó las bridas de su  
caballo á un paje, desnudó su corvo yatagan, hizo  
que los monteros llamasen á los perros, los cua-  
les obedecieron con suma dificultad, cesaron los  
monteros de disparar sobre el oso, y á él se fué  
con los brazos abiertos el formidable árabe.

El oso permaneció un momento inmóvil.

Luégo se balanceó.

Rugió y se echó con los brazos abiertos sobre  
el árabe.

La lucha fué formidable durante algunos segundos.

Al fin el oso lanzó un rugido, vaciló y cayó con estruendo al suelo.

El yatagan de Ali-Kasen le habia llegado hasta el corazon.

Ali-Kasen cortó al oso una oreja, volvió á donde estaba Ormesinda y, haciéndola una profunda zalema ó reverencia, la presentó la oreja de la fiera.

Entretanto tocaban unida y alegremente todos los instrumentos, y los esclavos levantaban el oso y le ponian en unas verdes angarillas, le cargaban sobre sus hombros y le conducian al pié del estrado donde habian quedado las damas y la corte.

El primer lance de la caza habia sido magnífico.

La cabalgata siguió.

Ya estaba el sol bastante alto en el horizonte, y Ormesinda se sentia contrariada.

No habia sido ciertamente su objeto la caza, sino perderse á la ventura por la montaña, buscando el acaso de encontrarse con la Doncella Blanca, con la loca, con la inspirada.

De improviso, al subir por una larguísima garganta, la yegua de Ormesinda salió escapada.

Ormesinda habia excitado al noble, al ardiente animal, y le habia aflojado las riendas.

Todos creyeron que la yegua se habia desbocado.

Todos corrieron tras élla.

Pero habia dicho bien Munuza :

La yegua era rápida y ligera como el aire, y muy pronto Ormesinda se perdió de la vista de todos.

La yegua, saltando por las asperezas, salvando todos los obstáculos, se habia internado en lo más intrincado de la montaña.

## CAPÍTULO IV.

---

DE CÓMO ORMESINDA SE ENCONTRÓ EN UN GRAN PELIGRO, EN QUE ESTUVO Á PUNTO DE PERECER.

Una vez segura Ormesinda de que no era fácil se la encontrase, porque las trompas y los cuernos que habia oido hasta entónces, mas perdidos en la distancia á medida que avanzaba, no se oian ya absolutamente, refrenó á la yegua, que obedeció.

Poco despues echaba pié á tierra en un lugar umbroso y bellissimo, y ataba su yegua á un arbusto.

El animal dejaba caer con una abundancia verdaderamente extraordinaria la espuma de su boca, y el sudor brotaba largamente de su finísima piel.

Ormesinda estaba tambien fatigada.



Fué á sentarse sobre el césped, al pié de un copudo castaño.

Era aquél un espacio contenido entre algunas eminencias riscosas, cubierto por un rico tapiz verde, y en el cual se levantaban acá y allá magníficos árboles.

Al Mediodía, sobre una pequeña colina cuya silueta se recortaba sobre el cielo, habia una cruz de piedra y junto á élla un pequeño santuario, una ermita abandonada, del gusto latino, y que sin duda no habia sido vista por los árabes, puesto que élla y la cruz estaban de pié.

Ormesinda fijó sus hermosos ojos anhelantes en el venerando símbolo del cristianismo, y gimió.

Pareció como que se sentia interrogar mudamente por aquella cruz, que la decia:

—¿Cómo te has olvidado de tu fe y de tu patria hasta el punto de sentir unos amores malditos por un infiel, enemigo de tu patria y de tu Dios?

El corazon se la oprimió á Ormesinda.

Tembló, y apesar de esto su encendido recuerdo continuó representándole al hermoso Munuza, anhelante de amor por élla.

El rubor coloraba las mejillas de Ormesinda.

Sus ojos aparecian bajos y cobardes.

Pero reflejaban á la par sus candentes amores.

Así pasó algun tiempo.

Ormesinda entregada á una sorda lucha consigo misma; la yegua piafando inquieta.

Todo alrededor aparecia sereno y bello.

Los que debian estar en busca de Ormesinda habian tomado, sin duda, una direccion completamente opuesta al lugar en que se encontraba.

De improviso un rugido espantable despertó de su distraccion á Ormesinda.

Aquel rugido provenia de una profunda quebradura, y aún se oia distante.

Ormesinda se levantó aterrada y su vista se fijó ansiosa, como en un lugar de salvacion, en el santuario, que estaba á alguna distancia.

Ormesinda desató la yegua, cabalgó en élla de un salto y la lanzó hácia el santuario á rienda suelta.

Poco despues apareció un tigre herido, que mostraba aún sobre su espalda una gran parte de la jara que le habia herido, y furioso, excitado, siguió tras la yegua.

Ésta no habia llegado aún al santuario.

Parecia que el tigre tenia tiempo para alcanzarla.

Pero el noble animal, conociendo el peligro, forzó su carrera.

Llegó y penetró en la ermita.

En el mismo momento la puerta se cerró como por sí sola.

Y tan á tiempo que el tigre se lanzó furioso sobre élla.

Algo más de distancia, y la yegua hubiera sido alcanzada.

Como comprenderán nuestros lectores, la puerta del santuario no se habia cerrado por sí sola.

En los momentos en que Ormesinda, al oír el rugido de la fiera, se amparaba de su yegua, montaba en élla y la lanzaba á la huida, una hermosa forma blanca, una mujer, más bien una niña, oraba en el santuario, arrodillada ante el altar.

Aquel altar estaba desmantelado.

No ardia ante él luz alguna.

Pero sobre él se levantaba Cristo crucificado.

Veíanse á un lado y á otro en la pared sencilla, desnuda, numerosos exvotos ofrecidos por la piedad de los fieles, que tal vez representaban milagros.

Y habia, entre otros, objetos ricos de verdadero valor, joyas, armas, preseas.

Se conocia, en fin, que aquel santuario de la montaña habia sido abandonado de improviso, con el sentimiento del pavor, y en el momento de la invasion de los árabes en Astúrias, á su aproximacion á aquellos lugares.

Pero si los árabes habian registrado la montaña, indudablemente no habian pasado por aquel sitio.

No podia concebirse de otra manera al ver de pié la cruz y el edificio, y sobre todo el que cuando ménos no hubiesen sido tomados los objetos de valor que como exvotos á ambos lados del Cristo aparecian.

La jóven que oraba ante el altar era el Ángel

de la Patria, como llamaban ya los solariegos á la Doncella Bianca, á la loca, á la iluminada de Dios.

María, que éste era su nombre, se apercibió tambien, á pesar de la distancia, de los rugidos del tigre herido, y cesó en su oracion.

Se levantó, y cuidando de su conservacion, acudió á cerrar la puerta del santuario.

Antes de llegar á élla, desde el interior, vió á Ormesinda, que sobre su yegua se acercaba rápidamente.

Habia peligro en no cerrar al momento.

El tigre avanzaba á saltos formidables, y su velocidad era espantosa.

Podia llegar ántes de que la dama que sobre la yegua blanca venía pudiese penetrar en el santuario.

Sin embargo, y como la caridad es valiente, María esperó.

Lanzóse la yegua dentro del santuario, y entonces María cerró la puerta, y tan á tiempo que, apenas cerrada la puerta y cruzado el cerrojo, se sintió la terrible acometida del tigre sobre la puerta.

## CAPÍTULO V.

---

EN QUE MARÍA HACE UN BELLO RETRATO DE SÍ MISMA.

Ormesinda estaba pálida de espanto.

La yegua volvia su inteligente cabeza hácia la puerta, resoplaba, centelleaba su ojo audaz y aparecia levantada é inquieta.

Sentia la proximidad del tigre, que por tres ó cuatro veces redobló sus acometidas á la cerrada puerta, repitiendo sus rugidos formidables.

Al fin estas acometidas y estos rugidos cesaron, y por la reja de la puerta se hubiera visto al tigre partir furioso, pero no con la misma rapidez que ántes.

Su sangre corria.

La pérdida de la sangre le debilitaba.

Sus saltos se fueron haciendo más cortos y más

pesados, y al fin cayó, lanzando un rugido ronco.

Luégo se oyó una especie de estertor formidable, y despues de algunos estremecimientos poderosos la fiera quedó inmóvil.

Habia muerto.

Entretanto, María habia tomado por el freno á la yegua, que continuó piafando inquieta.

—Bajad, señora, bajad,—dijo María,—nada temais, la casa de Dios os protege.

María habia hablado en latin, lenguaje de los españoles en aquel tiempo, á Ormesinda, porque habia visto en élla, primero el traje de una noble doncella goda, y despues una admirable cruz que Ormesinda llevaba pendiente de un rico collar de perlas.

Era, pues, una cristiana, una solariega.

Se revelaba además en élla, por sus maneras, por su distincion, por lo ostentoso de su atavío, una nobilísima familia.

Ormesinda, estremecida aún, nublados aún los ojos de espanto, echó pié á tierra.

Lentamente fué volviendo de la especie de paroxismo de terror, que la habia dominado, y pudo hacerse cargo de lo que la rodeaba.

Se apercibió de María.

La reconoció por su sencilla túnica blanca, por su grande hermosura, por sus ojos azules, por sus luengos y sueltos cabellos dorados.

Era, en fin, Bekralbaida.

María á su vez fijaba una dulce é intensa mira-

da, una mirada llena de amor y de caridad, en Ormesinda.

—¿Cómo es, señora,—la dijo,—que os encontráis aquí sola, ataviada de esta riquísima manera, habiendo llegado sobre este hermoso animal?

—Yo soy Ormesinda,—dijo ésta;—la hermana del infante don Pelayo; éste, con su hija Gisberga, me ha entregado en rehenes al walí Munuza.

—¡Todo por la patria!—exclamó María;—todo, hasta nuestras propias entrañas; Dios ha bendecido á don Pelayo, Dios le ayudará; él empezará á recobrar la tierra de nuestros padres, perdida por su molicie y por sus vicios.

—¡Ah!—exclamó Ormesinda,—¡vos sois la santa, la inspirada, la magal!

—Yo soy vuestra parienta, porque sobrina sois de mi padre,—dijo María.

—¡Cómo! ¿Vos sois hija del desventurado rey don Rodrigo?

—Sí, yo soy hija de don Rodrigo, del último rey de los godos, del vencido de Guadalete, cuya suerte ignora todo el mundo.

—¡Vive don Rodrigo!

—Sí, vive, un día aparecerá para morir por la patria,—contestó con un acento profundamente conmovido, lleno de ardiente fe.

—Pero nadie ha dicho que el rey don Rodrigo tuviese hijos.

—Todos ignoran mi nacimiento; todos menos

algun leal servidor que ha muerto y las santas esposas del Señor del monasterio de Nuestra Señora de Covadonga, que se salvaron huyendo á Francia cuando llegó á Astúrias la invasion sarracena; éllas temblaron; yo me quedé sola en nuestro abandonado convento.

Yo no queria, yo no podia abandonar la patria.

Yo debía vivir en élla y por élla, ó morir sobre élla.

—¡Oh noble sangre de la brava estirpe goda!— exclamó Ormesinda, mirando con asombro y con veneracion á María.

—Yo debía además,—continuó ésta,—redimir la lamentable culpa de mi padre.

Yo habia oido no sé qué historia de una doncella llamada Florinda, hija de un conde llamado don Julian; se acusaba á mi padre.

¿Era esto una fábula?

¿Era una verdad?

¿Habia provocado mi padre la justicia y la cólera del Altísimo?

Yo debía rogar á Dios por él, alzarme por mi patria en cuanto mis fuerzas pudiesen, permanecer aquí, excitar á los unos y á los otros á la guerra por Dios y por la patria.

—¡Oh! ¡bendita seais vos!—exclamó Ormesinda, cayendo á los piés de María.

—Alzaos, alzaos; vos no debéis estar á mis piés, ni en la casa de Dios se debe doblar la rodilla mas que ante Dios.



Y María alzó á Ormesinda.

—Luego la llevó á las gradas del altar, y la dijo:

—Orad á Dios, orad porque Dios os proteja, porque Dios nos ampare, porque Dios nos dé la victoria sobre nuestros enemigos.

Ormesinda sintió sobre sí algo superior, algo infinito, algo incontrastable.

Se arrodilló, dobló la cabeza ante el Cristo, y oró.

—Pero á pesar de su emocion, de la oracion que murmuraban sus labios, el amor de Munuza, el enemigo de su patria, se hacía sentir en élla de una manera incontrastable.

Y esto la hacía gemir, gemir como gime un condenado que no puede libertarse de su infierno.

María permanecía junto á élla de pié con los brazos extendidos á lo largo del cuerpo, con la cabeza levantada, con la mirada dilatada y fija en el Cristo crucificado.

—Al fin se alzó Ormesinda, se apoyó en María, reclinando la cabeza sobre uno de sus hombros, y dijo besándola:

—¡Ah! ¡yo desfallezco!

—Hé ahí vuestra fuerza, vuestro consuelo, vuestra victoria,—dijo María señalando al Cristo.

—¡Ah! ¡yo soy desventurada!—dijo Ormesinda;—yo os buscaba, yo necesitaba me manifestáseis mi porvenir.

—Dios, sólo Dios,—dijo élla,—sabe el porvenir de las criaturas.

—Á vos os llaman la maga, la hechicera, la santa.

—Se engañan; me creen loca, y ya sabéis que se cree que los locos están llenos del fuego de Dios, que Dios habla por su boca; pero por la misericordia de Dios la locura no me ha herido aún. ¡Quién sabe si alguna vez me herirá! No lo espero, porque estoy completamente resignada á la voluntad de Dios, y los que á la voluntad de Dios se resignan no pueden enloquecer; la locura es casi siempre hija de la desesperacion, y no desespera quien tiene fe.

—¡Ah! pero vos sois mi parienta, señora,—exclamó Ormesinda;—Dios os ayuda, Dios os fortalece; vos me protegereis, sí.

—Yo no puedo ménos de amparar, en cuanto me sea posible, á todo el que necesite amparo, sea mi pariente ó no. ¿Qué, acaso no somos todos hermanos en Dios? ¿No somos todos criaturas de Dios, igualmente criadas por él? ¿Qué parentesco mayor puede existir entre las criaturas?

—¿Pero cómo, señora,—exclamó Ormesinda,—cómo sois vos hija del rey don Rodrigo?

—La historia de mi vida,—contestó María,—es muy breve. Dejéronme una noche, recién nacida, á la puerta de la Real abadía de Nuestra Señora de Covadonga.

Se oyeron mis vagidos.

Me recogieron.

Las santas vírgenes del Señor me adoptaron.

Diéronme á criar.

Tuviéronme luégo en su clausura, y en los momentos en que yo, crecida ya, iba á pronunciar mis irrevocables votos, enmedio de la ceremonia, llegó la terrible noticia de que los árabes habian invadido á Astúrias y avanzaban como un torrente.

Estaban cerca, muy cerca ya.

Habia quien decia que desde lo alto de las cercanas peñas se les veia subiendo, ávidos aún de conquista, por las vertientes de la montaña.

Se suspendió la ceremonia.

Huyeron todos, todos menos yo.

Yo me quedé vestida de blanco, con mis cabellos sueltos como ahora me veis, enmedio de la iglesia.

Todo habia sido abandonado.

El terror habia hecho crecer alas en todos.

Yo salí lentamente de la iglesia.

Yo llegué al borde de la peña á cuyo pié se abre la profunda gruta donde una lejana tradicion dice se encierra el porvenir de Iberia.

Tendí mi vista por las quebraduras, y ví en efecto paños blancos que ondeaban al viento, acero que brillaba, gente sin número que subia y subia hácia el monasterio.

Eran ellos, ellos, los árabes, los vencedores, los invasores, nuestros enemigos.

La espada de fuego que Dios habia empleado para castigar los vicios y las impiedades de los godos, corrompidos y soberbios.

Yo comprendí entónces cuál era mi destino, cuál mi tarea.

Yo sabía, se me habia dicho un momento ántes de mi profesion, que el rey don Rodrigo era mi padre.

Pero nada más, señora.

Yo, yo, la hija de don Rodrigo, podia aplacar al cielo en expiacion de sus culpas.

Debía entregarme á la penitencia, á la soledad, á la oracion, á la lucha incansable por la patria, por mí, por mi deber, y luégo tambien por que Dios tuviese piedad del alma de mi padre.

Ormesinda lloraba silenciosamente.

La asombraba María.

Era mayor la veneracion que á cada momento sentia por élla.

Era mayor á cada momento la influencia que en élla ejercia María.

Y, sin embargo, en nada menguaba su pasion por Munuza.

Parecia, por el contrario, que con las dificultades se exasperaba, crecia.

—Ántes de mi profesion, profesion que no pudo terminarse por la invasion sarracena, se me habia propuesto un enlace; un enlace con vuestro hermano.

—Sed su esposa,—se me habia dicho;—vos, la hija de don Rodrigo, debeis ser la esposa del sobrino de don Rodrigo, el más alentado de los príncipes godos, el que indudablemente combatirá por la patria y la libertará.

Pero yo entónces no conocia á don Pelayo.

Don Pelayo estaba en Toledo.

Mi vocacion me llamaba ó, mejor dicho, me retenia en el claustro.

Para mí, el claustro era el único mundo.

No habia visto otro.

Mi único amor era Dios.

—Esposa de Dios,—dije.

Llegó el momento, y mis esponsales con Dios se interrumpieron ántes de que mis labios pronunciasen los votos irrevocables.

Pero mi alma los habia pronunciado ya.

Yo era ya, lo soy, la esposa del Señor, aunque mi claustro sea las montañas, aunque me pierda entre el gentío de las ciudades.

Yo tengo mi fe y mi amor, mis votos y mi clausura en mi corazon.

—¿Habeis conocido despues á mi hermano, señora?—preguntó Ormesinda.

—Sí,—contestó María,—le he visto para aconsejarle que cediera á la pretension del rey sarraceno, de Munuza, que nos pedia en rehenes á su hija, á vuestra sobrina, y á vos.

—¿Y no amásteis á mi hermano?—exclamó Ormesinda, que queria encontrar una situacion semejante á la suya en María, esto es, un amor apesar de todo.

Las mejillas purisimas de María se coloraron.

—Y aunque le hubiese amado, aunque le amase,—exclamó María,—¿qué importa? Pues qué,

¿hemos de olvidarnos de nuestros deberes, de nuestros votos, de nuestra pureza, por lo finito, por lo perecedero, por lo que tiene la breve duracion de un relámpago, y que no es otra cosa que una tentacion del infierno? ¡Ah! No, no; el alma débil que sucumbe á la tentacion de lo impuro, de lo miserable, de lo transitorio, no merece la proteccion de Dios, y la muerte, y la condenacion, y el dolor, y la vergüenza serán con élla aun ántes de que pase esta breve vida de dolor.

Ormesinda gimió.

Su semblante se encendió vivamente, y no se atrevió á consultar á María acerca de sus amores por Munuza.

Pero María habia adivinado.

—Vos vivís con vuestra sobrina,—dijo,—en el palacio del infiel.

Munuza es hermoso y bravo.

Tiene cuantos atractivos son necesarios para inspirar el amor.

En Gijon se murmura que, si permanece en la inaccion y en la molicie, y no asegura bien la tierra de Astúrias, que empieza á mostrarse inquieta, consiste en que está subyugado por los amores de una hermosísima doncella cristiana. ¿Sois vos acaso esa doncella, prima mia? ¿Lo es acaso vuestra sobrina?

—¡Ah! ¡perdonadme! ¡aconsejadme! ¡sostenedme! — exclamó Ormesinda.—¡Yo desfallezco de amor por Munuza!

—¡Ah! ¿Y seguiríais vos el ejemplo de esa infame reina Egilona, de esa miserable que, ignorándose aún la suerte del rey su esposo, se une al walí Abdalazis allí mismo, en la imperial Toledo, en el solio de los godos, recientemente hollado por los árabes?

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Ormesinda.—Pues qué, ¿no decís vos que sois hija de don Rodrigo?

—¡Lástima grande que tanto candor, tanta pureza hayan caído bajo la tentación de Satanás! Pues qué, ¿porque yo sea hija del rey don Rodrigo, he de ser asimismo hija de la reina Egilona? Callaos, callaos: yo, que ejerzo entre las montañas la caridad; yo, que soporto desde hace dos años una ruda lucha por la patria; yo, que lo he visto todo, que me he puesto en contacto de todo, aunque haya conservado, como conservé siempre, la inmaculada pureza de mi alma, he adquirido una dolorosa experiencia. ¡Mi madre! ¡Oh, madre mia! ¿Dónde estás? ¿Quién eres? ¿Vives, ó has muerto asesinada por el dolor?

María inclinó la cabeza, y dos ardientes lágrimas rodaron por sus pálidas y blanquísimas mejillas.

Ormesinda la miraba conmovida, dominada por una fascinación poderosa.

La asombraba tanta virtud.

Y sentía en su rostro el fuego de la vergüenza, sintiéndose de tal manera inferior á aquel ángel humano.

Élla, hija de un príncipe godo, élla, cristiana, élla, altiva, luchaba, próxima á sucumbir, con sus amores por un enemigo de su patria.

Élla habia olvidado sus primeros amores: los del buen paje Evrardo.

Élla habia sido débil con cuantas debilidades puede ser débil una mujer.

No le faltaba mas que enloquecer por completo y seguir el ejemplo de la torpe reina Egilona, uniéndose á Munuza, como Egilona se habia unido á Abdalazis.

Pero Ormesinda no habia aún perdido completamente la conciencia del bien, de la dignidad, de la patria, y por esto se avergonzaba.



## CAPÍTULO VI.

### EN QUE APARECE UN NUEVO É IMPREVISTO PERSONAJE.

Comprendia María la influencia que ejercia sobre Ormesinda.

La veia ante élla, ya ruborosa, ya pálida, estremecida, anhelante, vacilante.

Era necesario de todo punto salvar aquella criatura, próxima á extraviarse, á perderse.

—Dios os ha traído aquí,—dijo María,—Dios ha hecho que nos encontremos, para que yo pueda servirlos de algo: vos no volvereis al alcázar de Gijón.

Se la oprimió el corazon á Ormesinda.

Se sintió sin fuerzas para el sacrificio de su amor, y dijo con la voz trémula, buscando una disculpa:

—¡Que no vuelva al castillo de Gijon!—exclamó.—¡Y qué será entónces de Gisberga, de nuestra sobrina?

—¡Ah! yo la salvaré tambien,—dijo María;—yo la sacaré del alcázar de Gijon, sin que nadie se atreva á oponerse, como os sacaria á vos: Mu- nuza, con toda su fiereza, retrocederia ante mí: no se atreveria á cerrar las puertas de su alcázar para impedir que saliese; no, yo os lo afirmo. Vos no conoceis hasta qué punto llega la supersticion de los árabes: son de una tierra ardiente: su imaginacion está llena de sueños, de leyendas de encantamientos, de prodigios: para ellos yo soy un sér inspirado, un sér casi divino: ninguno se atreveria á tocar la orla de mi túnica; ninguno á oponerse á mi paso, ni áun á desobedecer mi voluntad, por temor de ser consumido por el fuego del cielo. No, vos no volvereis á Gijon; vos no vivireis más tiempo al lado de un hombre que pone en peligro vuestra virtud; vos no manchareis, enloquecida por la pasion, el claro linaje de donde venís: yo os llevaré donde vivais segura y respetada hasta que tengamos un pedazo de tierra que podamos llamar patria. Yo llevaré junto á vos á nuestra Gisberga.

—Y sin embargo, señora, vos aconsejásteis á mi hermano nos entregase en rehenes al walí de Astúrias.

—Era necesario,—respondió María,—que el bárbaro confiase en vuestro hermano, que le pu-

siese en un lugar tal que pudiese ser útil á su Dios y á su patria. Cuando se trata de tan sagrados objetos, es necesario no reparar en sacrificios. Además, yo me habia propuesto velar por vosotras, y por vosotras he velado desde la la sombra, sin que hayais podido apercibiros. Yo, sin acercarme á vosotras, sabía lo que por vos pasaba, Ormesinda. Sabía, primero, que la vanidad iba apoderándose de vos al veros adorada por el poderoso Munuza, por el héroe terrible. He ido viendo despues que vuestra vanidad se iba convirtiendo en amor, y estaba dispuesta, viéndoos ya á punto de sucumbir, á impedirlo.

—¿Y si Munuza fuese mi vida y mi alma?— exclamó Ormesinda, irguiéndose y sobreponiéndose á todo.

—¡Ah!—exclamó María;—mi corazon se comprimira; luto de dolor envolveria mi alma, por vos y por él: por vos, porque os veo débil, enamorada, enloquecida, olvidada de todo, sobrepuesta á todo, provocando la ira de Dios y la maldicion de los vuestros; por él, porque vuestra infamia sería para él terrible, inmensa, insoponible. Y yo le amo, ¿sabeis? yo le amo; yo amo á vuestro hermano no sabeis cómo; no podeis comprenderlo ni aún midiendo mi amor para él con ese amor funesto que sentís por Munuza. ¡Ah! no sabeis, sólo Dios lo sabe, y sin embargo, él no lo sabrá nunca, él, príncipe cristiano, él, que puede ser mi esposo sin que yo en manera alguna me

infame, no sabrá, no, yo os lo repito y os lo juro, mi amor, porque vos no lo direis, porque faltaríais á la confianza con que os habla mi alma triste, probando para vos un arduo medio de salvacion.

—Vos os habeis prometido á Dios,—exclamó Ormesinda, que se arrepentia ya de haber ido á buscar á aquella severa criatura, á aquella virtud incontrastable.

—Yo no pronuncié mis votos,—contestó María;—Dios, sin duda Dios, para el que todo es presente, no permitió que esos votos irrevocables se pronunciasen. Cierto es que yo los habia pronunciado en el fondo de mi alma, pero de una manera inconsciente; Dios lo ha querido de otro modo, y me ha dejado libre.

—¿Y por qué no uniros entónces á mi hermano?

—Porque don Pelayo hasta que restaurase la patria no debia tener otro amor que la patria, porque á élla debe consagrar todo su ser, porque el amor de la mujer es ocasionado á enloquecer al hombre, y yo no quiero que don Pelayo enloquezca, yo le quiero completamente libre, terrible para el combate; por eso yo no quiero que vos seais, por otro camino, una causa de enloquecimiento para vuestro hermano; por eso es necesario que oigais mi consejo, que me sigais hasta el lugar en que yo os pondré en seguridad y á donde conduciré á vuestra sobrina.

En aquel momento se inquietó la blanca ye-

gua que habia conducido hasta allí á Ormesinda.

Rehiló las orejas y fijó su mirada ardiente, centelleante, en la puerta de la ermita, como si á traves de ésta hubiese pretendido ver algo que se acercase.

—Gente viene,—dijo Maria;—tal vez él, él, que os busca desesperado. Sed fuerte, Ormesinda, no me contrarieis; dejadme hacer, y yo os salvaré.

María asió de la mano á Ormesinda.

Acababa de oirse son de bocinas que se acercaba rápidamente.

Era sin duda Munuza, y si no él, alguno de sus ojeadores, enviados por la montaña en busca de Ormesinda.

Muy pronto se oyó en la puerta de la ermita un llamamiento enérgico.

Acudió María y abrió las dos hojas de la puerta del santuario.

Apareció Munuza, ricamente engalanado con un ostentoso traje de caza, teniendo del freno un poderoso caballo negro como la noche.

Estaba solo.

Ni cerca ni léjos se veia ninguno de los suyos.

Un gran perro de montería le acompañaba.

—¡Ah!—exclamó al ver á Ormesinda,—al fin os encuentro. Y tú, vírgen purísima de la montaña, elegida de Dios, flor misteriosa del jardin de Iram, yo te saludo, yo te reverencio.

Y Munuza se inclinó.

Tocó la orla inferior de la túnica de María, y luego se besó la mano.

Después de haber cumplido con este deber de respeto y de veneración por la inspirada, Munuza se volvió á Ormesinda anhelante, trémulo.

—Tú me seguirás,—la dijo Munuza;—tú no sabes cuánta ha sido la agonía de mi corazón, virgen de mis sueños, amada de mi alma. ¡Ah! yo he temblado por la primera vez de mi vida. Mi perro se había lanzado sobre el rastro del tigre. Yo no sabía si la fiera había causado el luto de mi alma, el luto eterno, el dolor sin consuelo; pero te veo, y la alegría de los cielos inunda mi ser. Sígueme, alma de mi alma. Sin tí es para mí el día noche tenebrosa y terrible, sin tí mi vida es un infierno.

—No te seguiré,—dijo María;—Dios no lo quiere; sombra de muerte envolverá tu alma el día en que unos amores que Dios maldice te unan á ella, y el negro arcángel Azrael caerá sobre tí y sobre ella, y os exterminará.

Munuza se estremeció.

Sus ojos, vagos, parecía como que temían fijarse en los serenos ojos, pero terribles, de la inspirada, que le abrasaban, fascinándole, aterrándole.

María retenía por la mano á Ormesinda.

La mano de Ormesinda estaba helada y temblaba.

Munuza exclamó con voz trémula:

—El amor es el dios terrible, el dios incontras-

table; el amor nos arrastra, y, llevados por él, nada que no sea él nos conmueve, nada que no sea él nos atrae; tú, la virgen del Señor; tú, la elegida del Altísimo y Único, tú, la maga, has pronunciado la sentencia terrible. Mi corazón se ha comprimido, mi alma se ha espantado, y sin embargo, había de tener ante mí el puente Sirak, había de estar seguro que se rompería bajo mi planta, precipitándome en el fuego eterno, y yo volaría hacia ella, yo lo arrostraría todo, todo; el anegamiento de mi alma en el fuego en que vive Satanás.

—Dios oye al impío,—exclamó con voz sonora, grave, acentuada y terrible María.—Dios ve su iniquidad, y su santa mano se levanta ya sobre él.

—Yo no tengo más Dios, ni más esperanza, ni más gloria, ni más paraíso que el amor de mi hurí,—exclamó Munuza;—ella me ama, sí, ella me ama, yo no puedo dudarle: sus ojos se fijan en mí con ansia; yo veo en sus ojos un amor igual al que por ella me abrasa, santa virgen de Dios. Ella y yo lo desafiamos todo; todo lo arrostramos por nuestro amor.

—No des ocasión á que Dios tenga una causa más para maldecirte.

María no era fuerte mas que en el alma.

En cuanto al cuerpo, era un sér delicado, feble.

¿Qué podía hacer ella contra el terrible Munuza?

Se volvió á Ormesinda, y la dijo:

—Princesa hermana de don Pelayo, medita y elige: ó el cumplimiento de vuestro deber, ó el dolor y la vergüenza de vuestro hermano.

—¡Ah! ¡yo no puedo! ¡yo no puedo!—exclamó Ormesinda;—¡yo estoy loca!

—En el nombre de Dios,—exclamó María,—oid mi voz, oidla los dos; por un amor perecedero provocais la cólera del Señor.

—Yo no tengo más Dios,—repitió Munuza,—que Ormesinda, que es mi vida y mi alma. Perdóname, vírgen de Dios, perdóname, que yo no soy poderoso para otra cosa; perdóname: el delirio se apodera de mí, y me ciega y me arrastra. ¡Ah! No, no; por élla todo, todo, por terrible que sea el castigo que Dios me imponga.

Ormesinda se desasíó de María.

En Ormesinda aparecia la expresion de la locura.

Asió una mano de Munuza, y le dijo:

—Te sigo; condúceme á tu alcázar: yo nunca te he dicho hasta ahora: «Te amo»; pero no puedo ocultártelo por más tiempo, Munuza: tu amor me vence, tu amor me enloquece. Llama á mi hermano, pídemle á él por esposa; y si mi hermano se niega, ¡ah! ¿qué importa? Pues qué, ¿caso Dios no une las almas de las criaturas en el amor?

Apareció en aquel momento en la puerta un hombre.

Sobre el pecho mostraba una fuerte coracina.



b En la cabeza llevaba un casco redondo, sin adorno de ninguna especie.

Al costado izquierdo una espada corta y ancha, con empuñadura de hierro.

Al derecho, un hacha de armas.

— Unas abarcas eran su calzado, y las cuerdas que las sujetaban rodeaban su pierna hasta por debajo de la rodilla.

— Tenía la barba luenga y los cabellos tan largos como los de una mujer.

o Parecía que aquella cabellera no había sido cortada jamás.

La cabellera intonsa era un signo de nobleza entre los godos.

Ormesinda, al verle, palideció, tembló, lanzó un grito agudo y exclamó:

— ¡El rey don Rodrigo!

## CAPÍTULO VII.

DONDE SE VE QUE EL ÁNGEL DE LA PATRIA REUNE  
EL PRIMER NÚCLEO DE LOS EJÉRCITOS DE LA RE-  
CONQUISTA.

—Sí, yo soy,—exclamó don Rodrigo, avanzando;—yo, que he llegado á tiempo de oír palabras de execracion y de vergüenza en los labios de una princesa de mi familia.

Munaza habia palidecido de cólera.

Habia dado dos pasos atras y habia puesto mano á la empuñadura de oro y piedras preciosas de su corvo yatagan damasquino.

María se interpuso.

—Vos partireis,—dijo á Munaza,—partireis, porque yo os lo mando en nombre de Dios. Y en cuanto á vos, señor,—añadió dirigiéndose á don Rodrigo,—bien venido seais. Permaneced tran-

quilo; no blandais vuestra pica. Dios no quiere que os midais hoy con Munuza; aún no ha llegado el momento: Dios me deja leer en los abismos de lo porvenir que un dia volvereis á la pelea; un dia expiareis con vuestra sangre vuestras culpas, que han perdido á vuestra patria, y Dios os perdonará. En cuanto á vos, Ormesinda, medita por última vez: ved lo que debéis á Dios y á los vuestros; y si vuestro amor os arrastra, si para libertaros por el momento de vuestra perdicion es necesario arriesgar algo que es mucho más precioso que una mujer enloquecida, partid y que Dios os perdone.

Ormesinda se volvió hácia Munuza y le dijo con la voz opaca, conmovida de una manera poderosa:

—Partamos, señor; volvámonos á Gijon; sólo mi hermano tiene derecho á recriminarme.

—Partamos,—dijo Munuza, cuya mirada feroz no se separaba de don Rodrigo.

Don Rodrigo, por su parte, terciada la pica, pálido, sombrío, sostenia una mirada terrible en la mirada de Munuza.

Pero entre ellos estaba María.

Munuza tomó del diestro la blanca yegua de Ormesinda, y la ayudó á montar.

Despues sacó fuera la yegua.

María contenia á don Rodrigo.

Una vez fuera Ormesinda, Munuza montó en su negro caballo.

—¡Ah!—exclamó dirigiéndose á don Rodrigo,—

si tú no eres una vaga aparición evocada por la santa virgen de Dios, si tú no moriste en Guadalete, junta otro ejército y ven á buscarme bajo los muros de mi ciudad de Gijón.

—Iré,—dijo don Rodrigo.

—Pues bien, yo te espero,—contestó Munuza.

Y volviendo su caballo, partió, llevando á su lado á Ormesinda.

Ambos aparecian como dominados bajo el peso de un presentimiento funesto.

Muy pronto se perdieron á lo léjos entre los árboles.

María y don Rodrigo habian quedado solos.

—¿Quién eres tú?—dijo don Rodrigo,—mujer ó ángel, que así has impedido un combate inevitable, un combate á muerte entre ese perro infiel y yo?

—En verdad,—dijo María,—vos no me conocéis; la clausura del monasterio de Nuestra Señora de Covadonga era muy rígida, y vos no habeis ido nunca por allí.

—¿Por qué me habeis hablado de la abadía real de Nuestra Señora de Covadonga?—preguntó palideciendo don Rodrigo y posando una mirada ansiosa en María.

—Venid, venid, señor,—dijo élla,—no perdamos ni un solo instante; ese bárbaro os ha conocido por la imprudencia de vuestra sobrina Ormesinda; yo he podido dominarle; él, como todos los suyos, siente por mí una veneracion que me

pone á cubierto de toda violencia. Pero no confiemos demasiado: el walí sarraceno puede volver con un número tal de gente que sea imposible vuestra salvacion. Seguidme, no nos detengamos; dentro de poco estaremos seguros entre las espesuras de la montaña.

—Y bien, sí, ya os sigo,—exclamó el rey.

María cerró la puerta del santuario.

Luégo se puso en marcha, precediendo al rey y encaminándose hácia el Norte.

Munuza y Ormesinda se habian alejado hácia el Mediodía.

Por algun tiempo, María avanzó en silencio.

Habia trasmontado la colina, en cuya parte superior se levantaba el santuario.

Habia atravesado un valle fresco y fructífero, en el cual se veian acá y allá alguna cabañas.

Á cada una de aquellas cabañas habia llegado María, y habia dicho á la puerta de éllas:

—Seguidme los que podais con las armas que tengais.

María habia recogido unos veinte montañeses armados, los unos de arcos, los otros de ballestas, los otros de hondas, y llevando algunos picas y espadas.

Habian abandonado dócilmente sus hogares á la voz de la vírgen de la montaña.

Eran solariegos vasallos de los árabes.

Allí, en las escabrosidades de la sierra, vivian escondidos con su dolor y su vergüenza por la patria.

Entre ellos moraba un anciano sacerdote.

Este sacerdote era el que mantenía el culto en aquel santuario, escondido en las escabrosidades de la montaña, con el cual los árabes no habían dado aún.

María, acompañada de don Rodrigo y seguida de los veinte montañeses, tomó por lo más frágoso.

Era verdaderamente insuperable el terreno por donde se marchaba; tajaduras, barrancos, masas intrincadas de árboles, una naturaleza bravía, en fin, y en la cual no se encontraba un solo sendero.

Entre aquellas escabrosidades se encontraba alguna mezquina cabaña, donde moraban, como escondidos, solariegos, que vivían con pena de los escasos productos de la tierra.

Atravesando por estos repliegues que los árabes no se habían cuidado de escudriñar, María había aumentado su pequeña hueste con otros diez montañeses.

Podía decirse que don Rodrigo tenía ya un pequeñísimo ejército de treinta hombres, que debía irse aumentando.

Á la caída de la tarde, cuando llegaron á una gran cabaña situada en un punto escabrosísimo, llegaba á cincuenta hombres aquella nueva hueste de don Rodrigo.

Ninguno de aquellos montañeses le conocía.

Pero atendiendo su blancura, sus ojos azules, la enérgica y varonil belleza de su semblante y su

larga cabellera intonsa, no podían dudar de que se trataba de un noble godo, de un gran caballero.

Los montañeses no eran godos, ni mucho ménos.

Eran, ya lo hemos dicho, los solariegos que habian sufrido el yugo gótico, como ántes habian sufrido el yugo romano.

Por su bárbara Ley de Raza, los godos apénas si se habian mezclado con los solariegos.

Habia sido, pues, una oligarquía conquistadora, que habia invadido el país y le habia sujetado.

Connaturalizados en España por su nacimiento en élla desde hacía luengas generaciones, los godos habian considerado como su patria aquella su tierra de conquista, y habian considerado como vasallos, más aún, como siervos de la gleba, á los conquistados.

Por esto no conocian á don Rodrigo, no le habian visto nunca.

Las turbas de siervos de la gleba, de solariegos dominados que habian ido por los godos á los campos de la Bética, ó habian perecido en las orillas del rio Leteo ó cautivados por los árabes, vencidos los godos, habian pasado á ser siervos de otros señores.

Nuestra patria ha ido así, de ocupacion en ocupacion, de los fenicios á los cartagineses, de los cartagineses á los romanos, de los romanos á los godos.

Por eso nuestro verdadero carácter nacional, nuestro carácter moderno, empezó á determinarse en nuestro gran período de la Edad Media, que empieza en la restauracion de España y termina en la última guerra de la Reconquista, en la tierra de Granada, por los Reyes Católicos.

El Renacimiento sobreviene, y nos encuentra ya unidos, constituidos, con una nacionalidad fuerte, con una nacionalidad característica é imperecedera, refundidas en una todas las razas que habian venido á formar nuestra poblacion anterior á la dominacion de la raza árabe, sobrevinida despues, determinando ya España una nacion de partes consanguíneas, que más adelante debian determinar una gran unidad bizarramente matizada, sin embargo, con modificaciones de costumbres, de carácter y aún de dialectos, conservados por los que durante la lucha de reconquista habian sido reinos independientes.

María no habia hablado tampoco con don Rodrigo durante aquel dia nada que fuese importante.

Necesitaba encontrarse sola con él donde nadie pudiese oir ni observar nada,



## CAPÍTULO VIII.

---

EN QUE DON RODRIGO CUENTA SU HISTORIA Á  
MARÍA.

Para élla, y por una doble razon que nuestros lectores conocen ya, la persona de don Rodrigo era sagrada.

En él tenia á un tiempo á su rey y á su padre; al padre natural, al rey culpable, si se quiere, pero siempre padre y rey.

Una gran pena, una gran ansiedad oprimian el corazon de María.

Por una cobarde imprudencia de Ormesinda, Munuza sabia que el rey don Rodrigo no habia muerto, y que estaba en tierra de Astúrias, cerca, muy cerca de la ciudad de Gijon.

María, por su prestigio, por el poder que la supersticion de Munuza la daba sobre él, habia evi-

tado un combate entre don Rodrigo y Munuza; combate de éxito dudoso, porque don Rodrigo era fuerte y bravo, y, aunque ya de edad madura, no viejo.

Salvado el primer peligro, María se apresuró á rodear, á fortalecer, con las fuerzas de que habia podido disponer, á don Rodrigo.

Aquellos cincuenta bravíos montañeses, protegidos por las asperezas del terreno, podian librar una batalla contra los árabes, empezando de esta manera la gloriosa guerra de la restauracion.

María, ántes de encontrar á don Rodrigo, no habia creído aún oportuna aquella guerra.

Se habia ocupado sin descanso de prepararla.

Habia juramentado en secreto á un gran número de solariegos, que estaban dispuestos á dejar sus hogares, á tomar las armas y á lanzarse á la pelea á la primera señal.

—Dios lo quiere: la hora ha sonado,—exclamó María cuando vió aparecer ante sí de una manera tan inopinada á su rey y á su padre.

Por esto habia arrancado de sus cabañas cuantos montañeses habia encontrado á su paso, y que ya de antemano habia prevenido, y habia ido á enriscarse en un lugar seguro y apropósito para la defensa, por su fortaleza, con el desventurado y aún pudiéramos decir resucitado don Rodrigo.

El lugar á donde habian llegado por la noche era agreste, sombrío, erizado de rocas, ahondado por precipicios.

Una luna triste, de luz siniestra, le iluminaba, y dejaba ver las pequeñas, las mezquinas plantaciones destinadas á la manutencion de los escasos habitantes de aquellas asperezas.

La vírgen de la montaña, ó el Ángel de la Patria, era tan conocido allí como en todas las otras partes de Astúrias.

No habia habido un solo repliegue del territorio asturiano que no hubiese recorrido María, llevando á él la voz de Dios, de la libertad y de la Patria.

Se la recibió, pues, como se hubiera recibido á un númen salvador.

Despues de haber tomado un frugal alimento, María invitó á don Rodrigo á que la siguiese fuera de la cabaña donde se les habia dado hospitalidad.

María llevó á don Rodrigo á un pequeño valle, al pié de una roca, al lado de un arroyo.

Don Rodrigo miraba con asombro á aquella jóven misteriosa, á aquella beldad purísima, que le fascinaba, que le atraia, que le enamoraba; pero con un amor inmaterial, purísimo.

—Decid, señor, decidme,—exclamó María,—cómo es que os habeis salvado: todos os hemos creido muerto. ¿Ó es que tal vez la princesa Ormesinda se ha engañado, y no sois otra cosa que un noble godo extremadamente parecido al rey don Rodrigo, tal vez un pariente?

—Yo soy ese desdichado y maldecido rey don

Rodrigo, causa de la ruina de su patria,—contestó el rey.—No, mi sobrina Ormesinda no se ha engañado: élla me conoce harto bien, y no ha pasado tanto tiempo para que los años y las desgracias hayan podido trastocarme: aún no ha dos años que en las funestas llanuras de la Bética pereció el imperio godo.

Don Rodrigo dobló la cabeza sobre el pecho, y gimió.

Permaneció en silencio algunos segundos.

Luégo dijo:

—La molicie y los vicios nos habian enervado, nos habian corrompido.

Las ambiciones nos dividian.

Las conjuraciones, las traiciones emponzoñaban mi corte.

Los hijos de Witiza, el arzobispo don Opas, todos los traidores de su bando, aguzaban en silencio sus puñales contra mí, y yo desatendia los leales consejos de mis buenos servidores.

El amor ha sido para mí funesto.

Perdonad si yo os hablo de amores, á vos, que apareceis para mí pura como el primer albor de la mañana.

Pero es necesario que yo os diga las verdaderas causas de mi perdicion.

La hermosura de la mujer me ha arrastrado, me ha enloquecido, ha sido la ocasion de todas mis grandes culpas.

Yo, por las mujeres, he provocado la enemistad de los hombres y la cólera de Dios.

Oidme como si fuérais un sacerdote, noble doncella, á quien siento tributar por todas partes durante el dia de hoy el homenaje del amor y de la veneracion, á quien he oido llamar el Ángel de la Patria.

—Ángel no, pero sí corazon todo para élla, todo por élla.

—Vos teneis la hermosura y la pureza de un ángel, señora, contestó don Rodrigo.

Y guardó silencio por algun tiempo, permaneciendo como abismado en profundísimas meditaciones.

Al fin alzó la cabeza.

Miró con una expresion de ansiedad y de dolor á María, y la dijo:

—Es necesario que sepais quién es el desventurado que teneis ante vos; vos, que así servis á Dios y á la patria, vos, que afrontais el martirio por Dios y por la patria, vos, la inspirada, la noble, la santa, vos, el Ángel de la Patria.

—¡Ah! ¡por Dios, señor!—exclamó María,—yo no hago otra cosa que obedecer el impulso de mi sangre, yo no hago otra cosa que anhelar y procurar por cuantos medios me sean posibles la restauracion de esta pobre patria, tan digna de una suerte mejor.

—Acabais de acusarme, señora,—exclamó don Rodrigo;—en mis manos se rompió el cetro de los

godos; de mi cabeza la corona de los reyes cayó y se perdió en lodo de sangre. Pero no es mia la culpa, no; un rey es un solo hombre; yo he amado á mi patria, yo he combatido por élla, yo he lidiado á las márgenes del Leteo, del terrible Leteo, como buen rey y como buen caballero. ¿Pero qué puede hacer un hombre solo? No, no culpeis á los reyes de las desgracias de la patria. Si el rey es infame, no puede cumplir sus infamias sin que otros infames le ayuden; si el rey es bueno, noble y generoso, es un solo pensamiento, una sola mano; impotente y dominado, cuando en torno suyo no encuentra mas que miserables villanos atentos sólo á su medro, oyendo sólo la voz de su ambicion y de su soberbia, indiferentes á todo lo que no sea su infame amor propio. ¡Ah! ¡No, no! la culpa es de los pueblos indiferentes, porque no ayudan al rey contra los protervos, contra los sanguinarios, contra los impuros, contra los que no tienen más Dios que su soberbia ni más móvil que su interes; el pueblo es el cuerpo: el rey la cabeza; cuando el cuerpo está enfermo, la cabeza no puede estar sana; cuando la cabeza delira y se pierde, el cuerpo no puede tener salud. Cuando los reyes y los reinos destruyan de consuno, por un mutuo esfuerzo, todo lo que es enemigo del rey y del reino, no se deplorarán los tremendos males que hoy deploramos, desesperados y enloquecidos, todos los que tenemos en el corazon el sentimiento de la patria.

Bajais los ojos.

Me pareceis confusa.

En vuestros labios veo un nombre que vuestra pureza, señora, no os permite pronunciar.

Yo voy á pronunciarle.

Es un nombre que me acusa, un nombre que recuerda dolorosamente el vergonzoso pasado mio.

¡Ah! señora, señora, estamos delante de Dios.

Vos lo sabeis todo.

La desgracia os ha dado la experiencia de la vida.

Puedo hablar sin temor con vos, porque sois tan pura que lo nauseabundo puede muy bien girar en torno vuestro sin que jamás pueda tocaros.

Vos decís: Florinda, Florinda ha sido la causa de la perdicion de Iberia.

¡Ah! no, no, señora, no; eso es un crimen mio, solamente mio, un crimen que no puedo ni pretendo disculpar, una ceguera del alma, un delirio del pensamiento; la absorcion de la mujer por un hombre, una locura irremediable; pero ¿por qué atribuir la pérdida de un imperio á un crimen puramente particular?

Qué, ¿no pudo el conde don Julian buscarme, rodearme, acometerme, sublevar contra mí sus numerosos valientes, hacerme caer, como han caido tantos de mis antecesores, bajo el puñal ó el veneno, ó destronado por una insurreccion de los patricios, sin que mi exterminio envolviese el exterminio de la patria?

No nos paremos más en esto.

Vos comprendéis que el conde don Julian, el traidor, el infame, se ha valido de mí como de un pretexto.

Los árabes son sagaces, astutos.

Se insinúan en el corazón.

Saben halagar las pasiones.

El conde don Julian no vendió á la patria porque el rey don Rodrigo habia profanado á su hija querida, no; ya os lo he dicho; el conde don Julian tuvo medios, sin vender á la patria, de vengar su afrenta.

El conde don Julian es de los hombres que no tienen ni padres, ni hijos, ni hermanos, ni tienen más Dios que su vanidosa ambicion.

Yo le creia peligroso.

Yo no me sentia bastante fuerte para entregar su cabeza al verdugo.

Procuré entretenerle, para satisfacerle de alguna manera.

Le dí mi lugartenencia en la Mauritania Tingitana.

Le hice rey y señor del África occidental.

Él conspiraba.

Él hacía causa comun con don Opas, con los hijos de Witiza y con todos los poderosos magnates conjurados.

Yo creí evitar el peligro con la altura á que elevé al conde don Julian.

Puede ser que perdamos el África,—me dije,—



pero ¿qué importa? Hoy somos débiles; hagámonos fuertes. Mañana conquistaremos el trono, de nuevo haremos nuestra tributaria al África, hoy perdida.

Pero me engañé.

Don Julian siguió conspirando desde Tánger, alentando á los traidores que habian quedado en Toledo.

Quando el califa Walid-al-Abas, el gran caudillo, el gran conquistador, pretendió ensanchar su imperio por la parte de Occidente, dijo al emir de su ejército de África, Muza-ben-Noseir: «El estrecho de Gades es una muy estrecha barrera para nosotros; nuestro más fuerte obstáculo es la pujanza goda; ¿qué importaría que pasáramos en cien galeones el estrecho, si en los campos de la Bética éramos exterminados? Es necesario prepararlo todo; importa que los godos se debiliten, se enerven, se gasten en luchas intestinas. Ese conde don Julian, gobernador de la Mauritania Tingitana por los godos, es entre ellos uno de los más potentes próceres. Halagad su ambicion, hacedle creer que nosotros no queremos poseer esas hermosas tierras ibéricas, sino que queremos tener en ellas un rey amigo, un rey obligado á nosotros; que cuente con la seguridad de que nosotros le pondremos en el trono de San Hermenegildo».

Y el sutil Muza-ben-Noseir, el raposo astuto, hizo resonar su palabra emponzoñada en los oídos

de don Julian, siempre abiertos á lo que su ambicion halagaba, y don Julian tragó la ponzoña.

Le engañó.

Le perdió, perdiendo á la patria, y, creedme, la deshonra de su hija fué para él un motivo de alegría.

No encontraba el medio.

Podia decir ante sus contemporáneos y ante la historia:

«Yo, el padre injuriado, he enloquecido, he cegado, me he amparado del infiel.»

Y apresuró su conspiracion.

La llevó á los últimos límites.

Halagó á D. Opas, á los hijos de Witiza, á todos sus enemigos, pretendió cegarlos con oro.

Y un dia, preparado todo, Tarik-ben-Ziad, el bravo, el invencible, pasó el estrecho.

Corrió con un puñado de jinetes las montañas y las llanuras de la Bética.

Esquivó el peligro, sin presentar jamás el cuerpo á mis ejércitos de la Vandalia.

Volvió al África y preparó la invasion. Muza sabia ya, pues, á dónde conducir su numeroso ejército, dónde librar una batalla.

Innumerables masas desembarcaron en las tierras de Gades.

Avanzaron.

Llegaron á las llanuras del Leteo, llevándolo hasta allí todo á sangre y fuego.

Yo estaba prevenido.

Las correrías de Tarik me habian dado la alarma.

Cien mil caballeros se agrupaban alrededor de mi estandarte.

Yo tenía la seguridad del triunfo.

Yo marché impetuoso, confiado, contra el agareno, esperando ya la victoria.

Yo tenía por seguro el exterminio de los árabes entre las márgenes del Leteo y la mar.

No, vos lo sabeis; mi ejército habia luchado bien.

Cada soldado fué un héroe durante seis dias de batalla; los árabes recejaron.

Palmo á palmo, es cierto, porque son tigres, pero arrollados por el empuje godo.

Al sétimo dia ¡oh! al sétimo dia, don Opas, los hijos de Witiza, los traidores, abandonaron mi hueste en un número considerable.

Se pusieron frente á élla.

Al mismo tiempo, el walí Ben-Ziad habia hecho el último esfuerzo.

Con una formidable hueste de caballeros escogidos habia arremetido hácia el centro de mi hueste, allí donde yo ocupaba mi trono portátil, mi carro de marfil, junto á mi esplendente estandarte real.

Todo estaba preparado por los traidores.

La sorpresa por el abandono de una parte de mi hueste, vendida á los traidores, el último y poderoso esfuerzo de los infieles, hicieron que la victoria, ya decidida, se cambiase en derrota.

Yo ví al arzobispo de Toledo, á don Opas, á mi pariente, al infame, avanzar contra mí, olvidada la púrpura, escarnecido su sagrado carácter, revuelto entre los infieles, con una turba de infames caballeros que volvian sus lanzas contra el rey y la patria.

Era un momento desesperado.

Abandoné mi carro.

Mi grande escudero me presentó mi caballo Orelia y me dió una lanza y un escudo.

Habia llegado el momento de morir ó de asegurar por un acto de heroísmo la victoria.

Yo no huí, señora, yo no huí.

Yo me lancé en el corazon de la pelea, resuelto á morir con honra, y mi caballo fué herido.

Se enfureció.

Mordió el freno.

Escapó y me sacó de la batalla, sin ser yo poderoso á impedirlo, llevándome á la distante márgen del Leteo, en la cual habia empezado siete dias ántes la batalla.

Me encontraba perdido en medio de una soledad siniestra, envuelto en un silencio profundo, agobiado por el enorme peso de mi desdicha.

El rio me atajaba el paso.

Sentia pavor en el alma.

Me encontraba perdido.

Lo veia perdido todo.

Batalla en que el rey muere ó huye ó se sale, es batalla perdida.

Yo era, en el lugar en que me encontraba, el testimonio de la impía derrota.

Sentí vergüenza.

Orelia habia caido, desangrado, de una parte, reventado, de otra, por la violencia de su larga carrera.

El ancho rio se extendia ante mí.

Mi corona, mi manto real, mis armas, todo era un impedimento para mi salvacion, y á más una vergüenza.

Me arranqué, despechado, la corona de la cabeza, la arrojé y cayó en el lodo de la orilla.

Me desprendí del manto, que dejé caer.

Me desceñí las armas.

No conservé mas que mi espada.

Luégo me arrojé al rio y le pasé á nado.

Han dicho que yo, desesperado, me lancé al Leteo para ahogarme.

Sé, además, que una cabeza humana, canforada y metida dentro de una caja, fué enviada al califa de Damasco, como si hubiera sido mi cabeza.

Se han engañado los que han creido que yo me maté por desesperacion, y han engañado al califa haciéndole creer que la cabeza de un cadáver cualquiera era la cabeza del rey don Rodrigo.

Han podido tambien engañarse entre el tumulto, entre la confusion de los primeros momentos del triunfo.

Mis próceres vestian con tanto esplendor como yo.

Han podido tomar por mí á alguno de ellos, venturosamente muerto por la patria.

La verdad es que yo vivo, que yo os hablo, que Ormesinda me ha reconocido, que vos sabeis, sin que podais dudarlo, que yo soy el mismo rey don Rodrigo.

—Dios os perdone,—exclamó María,—porque aunque yo quisiera creerlos, aunque pueda suponer que Dios no ha castigado con su maldicion por vuestros crímenes á vos y á vuestros reinos, no puedo ménos de considerar que esos crímenes, vuestro descuido en el gobierno, vuestra apatía, vuestra indolencia, han sido la causa de las dolorosas, de las inauditas, de las vergonzosas desgracias de la patria; y no digo más; yo no puedo deciros más, señor; sólo el sentimiento de la patria ha podido obligarme á decir tanto; y esto, con todo el dolor, con todo el horror de mi alma, porque yo... necesario es que nos conozcamos, señor, necesario es que sepais quién yo soy. Sí, sí, necesario de todo punto. Además, mi corazon me impulsa, mi amor me obliga.

—¡Oh! ¿qué decís, señora?—exclamó don Rodrigo.

—Decidme, señor,—respondió, poderosamente conmovida María,—entre los recuerdos de la patria, de la familia, ¿teneis alguno tierno, doloroso? ¿No sentís en vuestra alma una amarga ansiedad por un sér querido, cuya suerte ignorais?

—Yo no amaba á Egilona,—exclamó el rey.—

Mi casamiento con élla no reconoció otra causa que la razon de estado; fué una imposicion de mis grandes vasallos soberbios.

Élla tampoco me amaba.

¿Qué me importa Egilona?

Su conducta está en armonía con la infamia de sus parientes.

¡Oh! ¡Si yo no tuviese otros recuerdos de familia!... ¡Pero élla, élla; mi pobre hija, la hija del amor y del misterio, la noble doncella perdida en la clausura de Nuestra Señora de Covadonga!...

María alentabá apénas.

Sus ojos, dilatados, se fijaban con ansia en don Rodrigo.

Estaban cargados de lágrimas.

Su corazon latia de una manera violenta.

Apénas si podia respirar.

—¡Yo,—dijo al fin,—yo, yo, vuestra hija!

No habia podido contenerse.

Se la hubiera roto el corazon si no hubiera llamado su padre á don Rodrigo.

Le veia ante sí desventurado, abatido bajo el dolor y la vergüenza, manchado con grandes faltas, pero revelando en su bravura, en el fuego, en el entusiasmo con que lloraba su perdida patria que él no la habia hecho traicion, sino que la fatalidad le habia envuelto.

Á don Rodrigo se le oprimió el corazon y se le dilató instantáneamente.

La fuerza de la emocion le dominó.

Zumbaron sus oídos.

La sangre subió violentamente á su cabeza.

Se apoderó de él un vértigo terrible, buscó un apoyo en el momento de esa agonía pasajera, pero terrible, que el vértigo causa, y cayó entre los brazos de su hija.

María le estrechó en éellos y rompió á llorar de una manera larga y silenciosa.

Sentia no sabemos qué consuelo, y al mismo tiempo no sabemos qué amargura.

Pasaron al fin algunos instantes.

Al fin fué desvaneciéndose el vértigo, y don Rodrigo pudo alzarse.

—¡Oh, Dios mio!—dijo,—no hay desventura, por terrible que sea, que no pueda dar lugar á un momento de felicidad.

Y volvió á arrojarse en los brazos de María y la besó en la boca.

Padre é hija, olvidados de todo por un momento, cambiaron esas supremas caricias que sólo puede apreciar el que es padre, y tanto más si se ha encontrado alguna vez en una situacion en alguna manera análoga á la en que se encontraba don Rodrigo.

Al fin sobrevino algo que podia llamarse calma, y don Rodrigo continuó de esta manera:



## CAPÍTULO IX.

---

EN QUE ACABAN SU IMPORTANTÍSIMA CONVERSACION  
MARÍA Y DON RODRIGO.

—Pero ante todo,—dijo don Rodrigo,—¿cómo es que tú no seguiste á las buenas religiosas de Nuestra Señora de Covadonga, que se salvaron en Francia?

—El suelo de la patria me retuvo,—respondió María;—con éllas salí de Covadonga, pero muy pronto de éllas me separé, entregándome al azar, á la providencia de Dios.

María refirió á su padre cuál habia sido su vida desde que se separó de la comunidad de Nuestra Señora de Covadonga.

No le ocultó que amaba á don Pelayo, y que la patria, su amor filial y su amor al hombre que habia vencido su alma eran toda su existencia.

—¡Ah! ¡Dios me perdona,—exclamó don Rodrigo,—porque Dios ha hecho provenga de mí el ángel que, por sus virtudes, traerá la protección de Dios sobre los godos, como por los vicios míos y los de mi gente ha dejado sentir su justicia sobre la patria! ¡Ah, hija mia, hija mia! ¿por qué fui yo débil? ¿Por qué sucumbí á las insinuaciones, á las amenazas de mis nobles?

Tu madre era una ilustre doncella.

La hermana del bravo Teodomiro.

Nos amábamos, y la fuerza de nuestro amor, la ceguedad, la confianza de que en un momento dado, y á pesar de todo, cuando fuese necesario para cubrir su honra, yo me uniría con tu madre, la elevaría á mi solio, perdieron á la infeliz.

Sobrevinieron circunstancias terribles.

Los soberbios vasallos que me imponían su voluntad no pactaron conmigo sino bajo la condición de que me uniese á Egilona.

Lo repito, mi vida es criminal, infame.

Sacrifiqué á tu madre por conservar mi trono, y tu pobre madre murió de celos, de desesperación y de vergüenza al darte á luz.

Teodomiro me devolvió lealtad por ultraje.

Yo queria tenerte á mi lado, en mi alcázar, conocerte, reivindicar en la hija á la madre.

Pero el leal, el noble, el generoso Teodomiro me dijo:

—Basta de vergüenza, basta con que la sienta yo; yo no puedo permitir se divulgue este secre-

to; yo debo guardar la honra de mi hermana, la mia. Esta infeliz, hija del misterio, debe vivir entre el misterio; esta desventurada debe vivir en el mundo donde á nadie se pide padre, donde las vanidades, las flaquezas y las miserias del mundo no se conocen: en el claustro.

Yo asentí.

Pero te reconocí en secreto.

Las buenas religiosas de Nuestra Señora de Covadonga sabían que eras mi hija.

Tú debías saberlo cuando llegase el momento de tu profesion.

Puesto que lo sabes, eres esposa del Señor.

—No, padre mio,—dijo élla;—si yo fuese esposa del Señor, aunque, por desgracia, no hubiera dejado de amar á mi primo don Pelayo, este doloroso secreto sólo le conocería Dios: ni áun á vos le hubiera revelado. Ya os he dicho que la terrible noticia de la invasion sarracena, de que los árabes avanzaban sobre Astúrias causó un pavor indecible, y cortó la ceremonia de mi profesion en el momento en que iba á pronunciar mis votos.

—¿Y sabe don Pelayo que le amas? ¿Te ama él?

—Oh, sí, él me ama, pero no me lo ha dicho; él no sabe que yo le amo; yo le he ocultado mi amor; yo no quiero que tenga otro amor que el de la patria. Yo cuento con él, yo no le he llamado aún porque aún no lo tengo todo preparado para librar contra los árabes la primera batalla de

la reconquista. Sin embargo, no se puede esperar más. Ya lo habeis visto, señor; Ormesinda está ciega, está loca. Ormesinda, como Egilona, se ha olvidado de su Dios, de su patria, de su familia, de su honor, vos lo habeis visto.

Munuza la enloquece.

Munuza la embriaga.

Munuza para élla es la vida y el alma.

Es necesario que don Pelayo vuelva de África.

Y esto cuanto ántes; que arranque á su hermana del peligro y de la deshonra.

—¿Conoces quién puede ser quien vaya encubierto, desconocido, al África, á buscar á don Pelayo?

—Vos, señor, vos ireis.

—Yo os procuraré una fusta de solariegos, de solariegos leales, que os llevará á Tángers, donde vos penetrareis con el disfraz de marinero, donde encontrareis á don Pelayo, donde le advertireis.

Yo entretanto reuniré en las asperezas, en torno de Covadonga, todo el ejército que pueda.

¿Qué importa que este ejército no sea numeroso si Dios le protege?

¡Ah! sabedlo y alentad una esperanza; todos los solariegos de Astúrias, que son muchos, aunque parecen sumisos á los invasores, están dispuestos á morir por la patria.

Sólo les faltaba quien los uniese, quien les llevase noticias á los unos de los otros, y yo he sido quien ha llevado á cabo esta obra.

Mientras vos vais al África y volveis, yo recorreré la tierra.

Yo daré una orden, una hora, un lugar de cita.

Podreis ceñiros de nuevo la corona y cabalgar en batalla delante de un ejército.

—¡Oh! ¡Dios te bendiga, hija mia!—exclamó don Rodrigo;—con razon te llaman el Ángel de la Patria.

—No, no, padre mio; yo no hago mas que lo que cumple á una cristiana, á una goda de linaje, á vuestra hija. Y sí, sí, Dios me ampara: los árabes, que veneran la locura, me tienen por loca: me llaman Bekralbaida, la Doncella Blanca, la inspirada, la santa. Me creen con poder de hacer milagros: yo puedo entrar y salir libremente en sus más fuertes, en sus más cerradas ciudades, en sus castillos más defendidos.

Oyen mi voz con la misma veneracion, con el mismo espanto con que oirian la voz de Dios.

Y es que yo los engaño.

Es que yo me finjo loca.

Es que Dios los ciega.

Es que Dios se apiada de nosotros.

Ha sido necesaria toda la locura que Munuza siente por Ormesinda para que haya desoido mi voz.

Y aún así, Munuza, al separarse de nosotros, llevándose á Ormesinda, lleva el espanto en el corazon, la conciencia de que sobre él pesará la

maldicion de Dios por haber desoido la voz de la loca, de la inspirada, de la santa.

Y es que Munuza, por los amores de Ormesinda, ha entregado ya su alma á Satanás, se ha rebelado contra Dios.

Él lo conoce.

Él se cree maldito.

Esto le enerva y le acobarda.

Le pone en nuestras manos.

—¡Ah! ¡sí, sí, padre mio, Dios nos ampara! ¡Dios deja de mirarnos airado; Dios nos pone ya en el principio de la victoria!

La patria empieza ya á ser de nuevo; yo procuraré salvar á Ormesinda.

Si me falta el tiempo, si no puedo salvarla, con el poder de Dios salvaremos á la patria, yo os lo aseguro; yo tengo fe, yo no me engaño: Dios está con nosotros.

Brillaba en los ojos de don Rodrigo el ardiente fuego de la esperanza.

La voz de su hija le embravecía, le alentaba.

—Mañana,—dijo María, siguiendo por la montaña,—partiremos para la costa. Muy presto una velera nave os conducirá al África. Es necesario que don Pelayo vuelva. Ahora, padre mio, contadme lo que fué de vos despues que atravesásteis á nado el funesto Guadalete.

—Día aciágo fué aquel,—dijo don Rodrigo.

Don Opas, los hijos de Witiza, los traidores de su bando, con lo mejor de mi hueste, me abando-

naron para ir á ayudar al enemigo, que llevábamos de vencida, se volvieron contra nosotros.

No, no fueron los árabes los que hundieron el imperio godo.

Fué el imperio godo el que se hundió por sí mismo.

Y á pesar de esto, á pesar de la traicion infame, aún se mantenía la batalla, aún se alentaba la esperanza de la victoria.

Yo habia dejado mi carro.

Mi gran escudero, el conde Guadimiro, me habia presentado mi caballo.

Mis servidores me habian dado mi lanza y mi escudo.

Yo me habia lanzado con mis mejores caballeros, entre ellos don Pelayo y Teodomiro, en el corazon de la batalla.

La victoria parecia indecisa.

Caian ciento á ciento, mil á mil, los enemigos.

Mi estandarte real se habia quedado atras.

Se habia revuelto entre el tumulto.

Pero el conde Wenceslao le mantenía bravamente.

Los enemigos cargaban sobre mi estandarte.

Ya sabes.

El estandarte real es la señal de la victoria.

Cuando el estandarte real cae, aunque sólo sea por un accidente, la batalla está perdida.

El walí Tarik-ben-Ziad se engañó.

Crejó que yo estaba donde estaba mi estandar-

te, y así hubiera sido, á no haberse revuelto la batalla, á no haberme separado á una gran distancia de mi estandarte.

Tarik, desesperado, dijo á los suyos:

«Tigres del Islam, delante teneis el cuchillo del enemigo, detras la mar implacable; el que quiera salvarse que haga lo que yo haré.»

Ya sabeis que Tarik y Muza, para obligar más á su hueste á morir ó vencer, habian quemado sus naves.

Se habian quedado sin medios de salvarse en África si eran vencidos.

Arrojados contra la mar, ó debian morir al filo de nuestras espadas, ó sumergidos en las bravas ondas del Estrecho.

Tarik arremeti6 con algunos centenares de sus mejores caballeros hácia mi estandarte.

Rompi6 cuanto se le opuso.

Lleg6, y mi estandarte cay6.

Los bravos que le defendian no pudieron resistir al desesperado ímpetu de los árabes.

Una vez en tierra mi estandarte, el pavor cundi6 entre los mios, que empezaron primero á ciar y despues se lanzaron á la fuga.

Ya os lo he dicho todo esto.

Mi caballo, Orelia, herido, enfurecido, me sac6 de la batalla, donde yo habia resuelto morir.

No se detuvo hasta la orilla del Leteo.

Yo dej6 mis insignias, ya lo sabeis. Todo lo que



podia impedirme nadar de una manera desembarazada.

Atravesé á nado el rio.

Salté á la opuesta ribera.

Crucé los campos.

Marché hácia la sierra, ocultándome de dia, caminando de noche.

No habia enemigos por donde yo avanzaba.

Pero yo estaba cubierto de vergüenza.

Yo no queria decir á nadie en ningun pueblo, en ningun castillo:

—Hé aquí vuestro rey, que huye, que no ha sabido morir.

Además de esto, se habia perdido toda esperanza.

Yo habia llevado para ir contra los árabes todos los caballeros, toda la gente de guerra de mis reinos.

Nada quedaba, nada, mas que niños, viejos y mujeres; gente inútil.

España estaba de todo punto perdida.

El invasor, que era numeroso, que podia además disponer de todas las tribus africanas, debia avanzar con la celeridad del huracan, arrasándolo todo, dominándolo todo.

Una remota esperanza se revolvía en el fondo de mi alma.

Era necesario salvarse, esperar, estar atento, aprovechar la primera ocasion que se presentase para la restauracion de la patria.

Yo llegué cansado, descalzo, heridos los piés, á la Montaña Mariánica (Sierra-Morena).

Seguí por élla hácia el Occidente, y al fin entré en las tierras de la Lusitania.

Los bravos lusitanos, los dignos hijos de Sertorio, cubrían la montaña, dispuestos á todo ántes que á dejarse invadir por los árabes.

Ellos no conocían á su rey.

Los mejores caballeros habían venido de la Bética.

Habían sucumbido allí.

Yo me presenté á ellos como uno de los soldados godos, salvados de la gran derrota.

Yo me resigné á una posición oscura, humilde, á ser soldado bajo un capitán cualquiera.

Y allí he permanecido dos años, sin que nadie haya podido ni aún sospechar que su rey vivía entre ellos incógnito.

Los lusitanos se han defendido bravamente.

¿Y por qué, me dirás, no habeis entrado, no habeis avanzado con un ejército lusitano? ¿Por qué no os habeis dado á conocer?

¡Ah! ¡No!

Los árabes nos oponen una barrera inexpugnable.

Lusitania va siendo lentamente invadida.

Nada se conseguiría.

En cambio, habían llegado á Viseo, donde me encontraba, noticias de que en la áspera montaña de Astúrias vivía don Pelayo, mi buen so-

brino, sometido en la apariencia á los árabes, pero en realidad buscando los medios de salvar la patria.

Entónces me determiné á ir á Astúrias.

Llegué á la ribera del mar, y un barco de francos me ha traído á las playas de Astúrias, me ha desembarcado en éllas de noche.

He emprendido mi marcha hácia Oviedo, donde decian gobernaba don Pelayo en nombre de los árabes.

En las cabañas de pastores solariegos por donde he pasado, en los caseríos, se me ha dado una hospitalidad cariñosa, se me ha encubierto, se me ha auxiliado.

Hoy, yendo por mi camino, á traves de la montaña, me han sorprendido de improviso las tropas de caza.

¿Quién podia ser quien con tal estruendo, con tal aparato, y tan cerca de Gijon hacía su montería, sino el walí Munuza?

Estaba, pues, en peligro.

Tomé de traves por la montaña, buscando su parte más enriscada. Cuando, cansado, fatigado, no podia ya continuar, descubrí el santuario donde te encontré, hija mia.

Dios me llevó á aquel lugar, y en tí ha revivido mi esperanza.

Hé aquí la breve y triste historia de lo que ha pasado por mí despues de que me salvé del cuchillo del enemigo atravesando á nado el Leteo.

Durante los dos años yo no he tenido ni vida, ni corazón, ni alma mas que para la patria, ni mas que para rogar á Dios me permitiese morir por élla, dejándola en los primeros pasos de su restauracion.

¡Oh! Esta restauracion será muy lenta, muy lenta.

Los árabes lo han invadido, lo han destruido todo.

Es una raza conquistadora, muy fuerte, muy brava, muy sabia, que ha sostenido siempre sus conquistas y que sostendrá tambien la de España.

España se ha perdido en un dia, y serán necesarios, yo te lo aseguro, siglos para libertarla del dominio de los infieles.

Pero hay que empezar.

Restauraremos en un pequeño rincon de España, sobre nuestros altares, á Cristo crucificado, que luégo nuestros hijos, nuestros nietos irán ensanchando la patria.

—¡Oh! ¿Quién sabe, quién sabe, señor,—exclamó María,—si, como en un dia nos perdimos, en otro dia nos salvaremos?

—¡Ah! No, imposible,—dijo don Rodrigo;—ha llegado el momento en que paguemos nuestra soberbia; nuestra funesta ley de raza nos ha impedido enlazar nos por medio de la sangre con los solariegos, con los naturales, con los verdaderos iberos, á los que hemos tratado como siervos de la gleba, apegados al terruño. Nosotros hemos

ejercitado el señorío despótico; nosotros hemos vivido del sudor del ibero, sin concederle mas que una sombra de derecho.

Los nobles lo éramos todo.

El pechero no servía mas que para enriquecernos con su sudor.

Los árabes han sido sagaces y prudentes.

Han respetado la religion, la lengua, las costumbres de los solariegos, y éstos han encontrado en los árabes unos señores mucho más blandos, mucho más justos, mucho más tolerantes que nosotros los godos.

Por eso la reconquista será lenta, muy lenta.

Será necesario que los árabes nos ayuden á ella, dividiéndose por su ambicion, como ya acontece.

Los walíes, rebelados ya en los principios contra el califa de Damasco, proclamando por califa de Iberia al omniade Abderraman, empiezan á ser traidores al califato de Córdoba, proclamándose acá y allá los más fuertes, señores independientes, ciñendo la corona de rey.

Esto les empeñará en una lucha contra el califa, y despues en luchas individuales de señorío á señorío, aconsejadas por la ambicion y por la envidia.

El gran imperio ibérico se dividirá en pequeños reinos, que será fácil ir conquistando.

Pero habrá que conquistarlos todos.

Y esto es largo, muy largo.

No importa.

Empezaremos, y Dios nos ayudará.

—¡Oh! ¡Sí!—exclamó María,—yo tengo una fe ciega en el triunfo. Yo conozco bien á esos solarrriegos que vos creéis indiferentes.

—Cierto es que los árabes se muestran con ellos blandos y generosos.

—Pero su fe en Dios, sus buenas y arraigadas creencias, les hacen mirar con horror á los infieles.

Ésta será una guerra religiosa, yo os lo aseguro, una tenaz cruzada del cristiano contra el islamismo.

Dios no puede permitir que sus altares permanezcan arrasados, profanados por la impura planta de ese pueblo entregado á los placeres, á las vanidades de la vida, á todo lo que es miserable y nauseabundo.

Dios no consentirá que la casa de sus santas vírgenes continúe convertida en harem impuro.

¡Ah! sí, padre mio. Dios nos ayudará; Dios nos ayuda ya, lo habeis visto.

Por todas partes, por donde hemos pasado, yo he traído tras mí hombres armados, hombres resueltos á morir combatiendo por su Dios y por su patria.

—Y esto te se debe á tí, María, hija de mi alma,—exclamó don Rodrigo;—Dios ha hecho que del hombre, maldecido por él, sobrevenga el ángel salvador: los que te llaman Ángel de la Patria te

conocen, te respetan: tú eres para ellos la fe y la esperanza; tú les llevas el encanto de tu fe, de tu hermosura, de tu caridad: tú, tú, hija mia, eres el espíritu de la patria.

—Dios me ilumina y Dios me sostiene, señor, —dijo María;—pero, puesto que ya hemos hablado todo lo que necesitábamos hablar, venid conmigo, descansemos; es necesario que mañana marcheis á buscar en Tánger á don Pelayo, á traerle con vos: la debilidad, la funesta pasion de Ormesinda hacen necesaria su presencia aquí, y, sobre todo, le necesita la patria. ¿Y por qué no procurar que á la par que á la patria salve, salve su honor, el honor de Ormesinda y tal vez el honor de su hija?

—¡Oh! sí, sí,—exclamó don Rodrigo levantándose,—descansemos; preparémonos para la lucha: mañana partiré.

Y María y don Rodrigo se dirigieron al inmediato caserío donde, alerta, como ya en campaña, velaba la pequeña hueste que María habia hecho á don Rodrigo.

## CAPÍTULO X.

---

EN QUE SE TRATA DE LA SITUACION EN QUE SE ENCONTRABAN LAS ALMAS DE ORMESINDA Y DE GISBERGA.

No se habia engañado María cuando habia excitado á abandonar cuanto ántes el santuario á don Rodrigo.

Á pesar de la veneracion que Munuza sentia por Bekralbaida, por la Doncella Blanca, de tal manera le habia excitado la presencia de don Rodrigo que, fermentando en él su coraje, apenas llegó adonde estaban sus primeros ojeadores cuando les dijo:

—Bekralbaida protege al rey cristiano. Es, pues, nuestra enemiga. ¿Nos habremos engañado? ¿Habremos creído llena del espíritu de Dios á una cristiana enemiga nuestra? Y, aunque esto



no fuese, aunque Bekralbaida sea una inspirada, una santa, que sólo por la caridad haya defendido el rey godo, ¿no podremos, sin dejar de venerarla, apoderarnos de ese hombre, cuya presencia es peligrosa en nuestra tierra? Y luégo, ¿por qué hemos de dejar en pié en élla una cruz y un santuario que no habíamos descubierto?

Inmediatamente despues de este pensamiento de Munuza, la partida de caza se convirtió en una partida de guerra.

Las damas que á la caza habian acudido, y entre éllas Ormesinda y Gisberga, fueron enviadas con una escolta á Gijon, y, con el resto de su gente, Munuza partió hácia el santuario.

Estaba abandonado.

Por precaucion, el anacoreta que le servía vivía á alguna distancia, en una profunda gruta.

Habia que temer todos los días que algun árabe encontrase aquel santuario, que hasta entónces habia permanecido de pié por una casualidad milagrosa, que habia hecho que la cruz y el santuario no apareciesen.

La cruz fué echada por tierra y el santuario incendiado.

Pero en vano se buscó á don Rodrigo.

María le habia puesto ya en salvo.

Ya don Rodrigo habia partido, para ir á buscar á Tánger á don Pelayo, y á avisarle del peligro en que se encontraba la honra de su hermana.

Munuza se volvió irritado á Gijon.

Se encontraba ya en el frenesí de la locura de su amor.

Ya hemos visto que Ormesinda, seducida, impresionada por la inmensidad del amor del emir árabe, estaba poco ménos enloquecida que él.

En vano habian sido los dulces, los inspirados consejos de María.

Sin embargo, alentaban en Ormesinda y la defendian, de una parte su altivez de raza, de otra sus creencias.

Parecíala humillante, monstruosa la conducta de Egilona, que, olvidada de su rey y de su esposo, de su Dios y de su patria, habia caído vergonzosamente enamorada en los brazos de Abdalazis, siendo la afrenta de su familia, de sí misma, de la raza goda.

—¡Ah! No, nunca,—exclamaba Ormesinda;—yo no olvidaré nunca, como esa miserable, la sangre de donde vengo, el Dios en quien espero, la honra de mi hermano, la mía propia, el aprecio para mí de mi patria.

Á veces, como hemos visto, Ormesinda cedía á lo violento de su amor.

Pero, lanzada en la pendiente del abismo, en lo más terrible de la dolorosa prueba, encontraba siempre algo que la contenía, algo que la daba un nuevo aliento, un nuevo esfuerzo, y alzándose de su dolorosa postracion, se mostraba digna de sí misma y de los suyos.

La virtud resplandecía en élla tanto más esti-

mable cuanto más duro era el sacrificio á que la obligaba su virtud.

Munuza tenía para élla cuantos incentivos, cuantas tentaciones puede tener para una mujer un hombre, la hermosura, el valor, el entendimiento, la grandeza, la civilizacion, que los árabes llevaban una gran ventaja en civilizacion á todas las naciones de Europa, y la dulzura, el amor inmenso, la galantería siempre constante, la delicadeza, la pasion, el delirio.

Sin embargo, Ormesinda hasta aquella situacion del santuario no habia dicho á Munuza su amor, ni áun se le habia manifestado.

Enmedio de la ira de Munuza al ver aparecer ante sí á don Rodrigo, de una manera imprevista, cuando se le creia muerto; al verse contenido por la magia de María, por la veneracion que ésta inspiraba, lo cual habia sido la causa de que don Rodrigo se le escapase, ó por lo ménos de que no librase con él un combate á muerte, Munuza estaba satisfecho y se creia feliz.

Al fin, en una situacion grave, Ormesinda habia manifestado de una manera indudable que le amaba.

Esto era para Munuza entrar en una nueva existencia, en una existencia de amores, de felicidad.

Cuando conducia sólo con él á Ormesinda al lugar donde habian quedado sus cazadores, Ormesinda, en la cual continuaba la fascinacion, le habia dicho:

—Sí, sí, yo te amo; sería inútil negártelo. No podría sostener por mucho tiempo la mentira; tu amor me combate, tu amor me encadena á una lucha terrible; pero jamás sucumbiré á él. No, nunca la noble goda, la sobrina del rey don Rodrigo será tu esposa; morirá, tal vez, sacrificada por la inclemencia de su amor; pero no manchará su nombre, no ofenderá ni á su Dios ni á su patria.

Cuando un enamorado ha obtenido una ventaja sobre una mujer, confía en que las vencerá todas.

La cuestion es ser amado.

El amor es la locura, el olvido de todo.

La razon lucha con él.

Pero un dia, al fin, la razon sucumbe á la violencia del amor, porque ha sobrevenido la locura.

Hé aquí la esperanza de Munuza.

Así es que, de vuelta de su expedicion, que no habia tenido por objeto otra cosa que el descubrimiento de aquel santuario, de aquella cruz, arrasados por su cólera, se volvió, lleno de esperanzas, entregado á un sueño de amores, á su castillo de Gijon.

Era la caida de la tarde, esa tranquila hora del crepúsculo.

La mar aparecia solemne, melancólica.

Ni una sola ráfaga empañaba la transparencia del espacio.

La brisa, saturada de las emanaciones marinas, tibia, embriagadora, volaba hasta las altas torres del castillo.

Ormesinda aparecia en un precioso mirador que, formado por una ruda, enérgica y característica ornamentacion románica, habia cedido su lugar á los encajes, á las filigranas de la sensual, de la voluptuosa arquitectura oriental.

Gisberga, al lado de Ormesinda, que aparecia profundamente preocupada, miraba con delicia las blancas olas que, en su avance incesante, venian á romper con un blando arrullo en la extensa ribera; las blancas velas de las barquillas de los pescadores que se volvian al puerto.

Gisberga, la pobre niña, estaba triste.

Se la trataba, así como á Ormesinda, de una manera capaz de satisfacer todas las aspiraciones de una dama.

Pero se encontraba entre enemigos que la eran odiosos.

Sentia entre ellos el vencimiento de la patria.

Las atenciones de que se la rodeaba eran concesiones, no derechos.

No podia llamársela una cautiva, porque élla sólo representaba allí, con Ormesinda, unos rehenes, dados por su padre, por el gobierno de Oviedo, y para asegurar la confianza del walí Munuza.

Pero de aquella situacion á la esclavitud no habia mas que un paso.

Gisberga notaba además las inquietudes de Ormesinda, su sueño agitado, los suspiros entrecortados que á cada momento se escapaban de su se-

no, su palidez y la leve demacración que iba apareciendo en élla, y que la hacía más hermosa.

Gisberga no conocia aún el amor.

Pero tenía su intuición.

Habia empezado á sentirle, sin poder explicárselo.

Existia un mancebo á cuya vista se habia alegrado siempre, en el que, despues de haberse partido de junto á élla, pensaba, al cual ansiaba volver á ver.

Esto era el amor, aunque la inocente Gisberga no se lo explicase.

El objeto del inconsciente amor de Gisberga habia sido, y lo era aún, aquel jóven godo, paje del rey don Rodrigo, Evrardo, el primer amante de Ormesinda.

Gisberga habia visto con despecho, aunque la causa de su despecho no hubiese comprendido, que Evrardo sólo tenía para Ormesinda vida, corazón, alma, y que, en cuanto á élla, sólo la habia tratado como una niña á la que se consagra un buen afecto.

Viviendo siempre al lado de Ormesinda, habia oido por las noches, tarde, la enamorada voz de Evrardo, que entonaba, al compas de su laud, inspiradas cántigas á Ormesinda.

Pero aquello habia pasado como pasa un sueño.

Todo aquello se habia hundido, con la patria, en las funestas márgenes del Leteo.

Todo habia desaparecido.

El soberbio conquistador dominaba la tierra de los godos.

La vergüenza del vencimiento aparecia por todas partes ante Gisberga.

El recuerdo de lo pasado la atormentaba, y la atormentaba más por la desaparicion de Evrardo.

¿Qué habia sido de él?

¿Habia tenido la fortuna de perecer en Guadalete, ántes de ver la ruina de la patria?

Un misterio profundo envolvía á Evrardo.

Y este misterio apenaba de una manera terrible á la sencilla y cándida Gisberga.

Al principio de aquella inmensa desgracia, cuando vivian aún, ya en Toledo, ya en Oviedo, Ormesinda le habia hecho escuchar continuamente el nombre de Evrardo.

Ormesinda se habia mostrado apasionada de él, dolorida, aterrada por la ignorancia acerca de su suerte.

Pero cuando ambas fueron entregadas como rehenes por don Pelayo á Munuza, al poco tiempo de ser trasladadas á Gijon, ya Ormesinda no nombró tan frecuentemente á Evrardo, hasta que al cabo su nombre no volvió á sonar en sus labios, como si de todo punto se hubiera olvidado de él, como si nunca le hubiera conocido, como si no hubiera existido.

Gisberga habia notado que el alma de Ormesinda se volvía á Munuza, y en nombre de Evrardo habia sentido indignacion y celos, celos é in-

dignacion que no se explicaba, como no se explicaba el amor del alma que sentia por el desaparecido paje.

Es un fenómeno del amor sentir aquello que hace sentir á la persona que amamos.

El amor es la identificacion de dos séres, la reunion de dos almas en una.

Y es tanto más poderoso el amor cuanto más misterioso, cuanto ménos conocido se va apoderando de nuestra alma.

Porque amor del alma es ese amor misterioso que va ganando terreno, que no se manifiesta, que no se revela sino á la larga y en una situacion grave, en una situacion determinante.

Gisberga, pues, sentia una especie de consuelo delicioso para la tristeza de su alma en aquella luz vaga, en aquella mar melancólica que venía á romperse con un dulce y sonoro quejido al pié de las rocas que sustentaban el castillo.

Y aquella languidez, aquel encanto de la naturaleza, se hermanaban para élla á la languidez, al encanto de su amor, no comprendido, de su tierno y melancólico recuerdo y de su dulce dolor por Evrardo.

En cuanto á Ormesinda, estaba profundamente abstraída, sombría, entregada á una lucha intensa, que la aterraba.

No veia nada de cuanto tenía ante sus ojos.

Un sentimiento absoluto dominaba su alma: Munuza.



De tiempo en tiempo, aquel sentimiento cedia de una manera vaga al sentimiento de su dignidad y de su deber.

Recordaba que ante María, ante don Rodrigo habia sido débil.

En vez de adherirse á los suyos, habia seguido enamorada y dócil á Munuza, y una febril llamada de vergüenza coloraba sus mejillas.

Su pudor, su altivez, sus creencias se revelaban, y murmuraba de una manera ininteligible:

—¡No, no! ¡ántes muerta!

En tal situacion se encontraban las dos jóvenes cuando volvió al castillo de Gijon Munuza.

## CAPÍTULO XI.

---

EN QUE LA VIRTUD DE ORMESINDA SE VE PUESTA Á  
PRUEBA.

La noche habia vencido al crepúsculo.

Ya se habian confundido en la sombra el cielo y la mar.

- Sólo se oia el gemido de las olas sobre la playa.

- Las dos jóvenes permanecian aún en el mirador.

De improviso se oyó sobre el pavimento de la cámara el sonoro ruido de unas espuelas que marcaban un lento paso que se acercaba.

Ormesinda se estremeció.

Se volvió y vió ante sí una sombra alta y gallarda.

Avanzó aquella sombra, y Ormesinda reconoció en élla á Munuza.

Éste extendió la mano hácia Ormesinda y la dió un pequeño pergamino enrollado.

Gisberga estaba profundamente abstraída, y no reparó en la accion que habia mediado entre Ormesinda y Munuza.

Éste se volvió y se alejó.

Indudablemente no habia querido entablar una conversacion con Ormesinda en presencia de Gisberga.

Ormesinda permaneció todavía algun tiempo en el mirador.

Entraron dos esclavas, encendieron la lámpara de seda que pendia del centro de la cúpula, renovaron los pebeteros, y salieron.

Ormesinda se retiró del mirador y, cubriendo con su cuerpo el pergamino, le leyó y vió que decia:

«Arcángel de mi alma, luz de mis ojos, vida de mi vida, esta noche, al primer canto del gallo, cuando todos duerman, tu esclavo necesita hablarte, sí. Aunque está triste y desesperado, no temas. Cuando tu hermosa Gisberga esté entregada á sus sueños de ángel, sal de tu cámara y sigue á la esclava que encontrarás al lado de su puerta. No desatiendas mis ruegos; yo te lo suplico por tu Dios y por el mio. ¡Yo muero!»

Ormesinda gimió.

Guardó el pergamino en su cartera, fué al mirador, puso una de sus pequeñas manos sobre el mórbido hombro de Gisberga, y la dijo:

—Retirémonos, cerremos el mirador, hija mía; la noche va siendo helada.

Gisberga se volvió á Ormesinda, la sonrió, la besó en la boca y se retiró del mirador.

Ormesinda cerró las vidrieras.

Ambas fueron á sentarse en el divan.

Ormesinda, por disimular, habló de los sucesos de aquel día, del desbocamiento de su caballo, de la ansiedad con que Munuza la había buscado.

Entretanto pajes y esclavos, vestidos con un lujo verdaderamente oriental, sirvieron la cena en vajilla de oro.

Munuza no sabía qué hacer por complacer á Ormesinda, por demostrarla que ni cuando se trataba de los menores detalles se olvidaba de ella.

Concluida la cena, retirada la mesa, ida la servidumbre, avanzada ya la noche, el sueño empezó á apoderarse de Gisberga, que al fin se durmió.

Ormesinda quedó esperando anhelante á que sobreviniera el canto del gallo, ese primer canto que marca la media noche.

Entonces no se conocía otra cosa que el reloj de arena y el cuadrante solar, que no aprovechaba sino cuando lucía el sol.

Ésta es la situación en que hemos presentado á Ormesinda al principio de nuestro relato.

Para justificar la situación de Ormesinda, hemos hecho la exposición que ha llegado hasta aquí.

Sonó al fin á lo léjos un canto agudo, el primer canto del gallo.

Aquel canto se repitió más cerca ó más léjos, viniendo de varias direcciones.

Ormesinda se irguió de una manera nerviosa, y se volvió á Gisberga y la examinó.

La niña dormía profundamente y de una manera extraña.

La densidad de su sueño tenía un carácter desconocido para Ormesinda.

¿Se habia aletargado á Gisberga?

Y si se la hábia aletargado, se decia Ormesinda, ¿cómo era que á élla no se la habia aletargado tambien?

Sin duda alguna esclava, encargada por Munuza, habia vertido hábilmente el narcótico en el plato de Gisberga.

Ormesinda movió á la niña, primero suavemente, luégo con más fuerza.

Gisberga no despertó.

Apoderóse un pavor frio de Ormesinda.

¿Llegaria un momento en que á élla se la aletargase tambien, un momento en que, inerte, no pudiera defenderse de la deshonra?

Ormesinda rechazó esta suposicion, afrentosa para el noble Munuza.

No, Munuza no podia llegar hasta un grado tan infame.

Su amor no podia satisfacerse con la violencia brutal.

El ansiaba el alma de Ormesinda.

Su dominio absoluto sobre élla por el amor, por la voluntad, por la identificacion completa de su sér con el suyo.

Ormesinda lo conocia esto demasiado.

¿Por qué, pues, se habia aletargado á Gisberga?

Por una inapreciable delicadeza del walí.

Esto era sin duda.

Munuza jamás hasta entónces habia visto á solas á Ormesinda, á excepcion del momento aquel en que, por el desbocamiento del caballo, Ormesinda se habia apartado completamente de Munuza y de los suyos y de las damas que á la partida de caza habian asistido.

Y aún así, en esta situacion solemne, en que todo parecia favorecer á Munuza, éste se habia mostrado respetuoso, galante hasta un extremo infinito.

Y esto mismo, este respeto, esta especie de adoracion por élla habia impresionado más y más á Ormesinda.

Habia hecho más y más peligroso para élla á Munuza, que hasta entónces sólo por rápidas palabras, y más bien con el lenguaje de los ojos, habia dicho su amor á Ormesinda.

Se veia, pues, claro que, si Gisberga habia sido aletargada, lo habia sido para impedir se apercibiese de una larga entrevista entre Ormesinda y Munuza, en la soledad y el silencio de la noche.

Ormesinda acudia, pues, tranquila por su ho-

nor, aunque conmovida por el terrible amor que de élla, á su despecho, se habia apoderado á la vista de Munuza.

Una esclava negra, una hermosísima nubia, vestida con un traje de finísima lana, blanco y rojo, cubierta de ricas joyas, lujo que era un homenaje á Ormesinda, esperaba fuera de la cámara.

Cuando Ormesinda salió, se inclinó ante élla, y luégo se puso en marcha.

Llevaba una lámpara de oro en la mano.

Recorrió una galería.

Descendió por una estrecha escalera.

Llegó á un postigo, y por él salió á un bello jardín, que Munuza habia hecho alzar en la ancha plataforma de una roca avanzada sobre el mar, á los piés de la gran torre del castillo.

Un muro de poca altura, al que se subia por graderías, orlado por una bella arcada árabe, era el parapeto que este jardín tenia sobre el mar.

Las olas venian á romper en la tajadura de la roca.

Todo allí era melancólico y bello.

No habia luna, pero no podia llamarse oscura la noche.

Parecia que una tenue luz misteriosa se filtraba del cielo.

Se distinguian los objetos, y aún de cerca podia distinguirse tambien la fisonomía de la persona con quien se hablase.

Á la salida del postigo esperaba Munuza.

La esclava no salió.

Se quedó de la parte de adentro del postigo.

Ormesinda, estremecida toda, tal vez pesarosa de haber asistido á la cita del árabe, avanzó hácia él.

Munuza estaba magníficamente ataviado.

Un califa no podia haber ostentado un lujo mayor.

Llevaba una túnica talar y un gran manto de púrpura, que le cubria desde los hombros hasta los piés.

En la cabeza llevaba un birrete que, á haber más luz, hubiera mostrado su magnífica pedrería, así como la empuñadura del yatagan que llevaba á la cintura, y una leve toca de blanco lino rodeaba su cabeza y caia sobre sus hombros.

Estaba además perfumado como una dama.

Se inclinó ante Ormesinda como hubiera podido inclinarse un esclavo ante su señor, y la dijo:

—¡Dios te bendiga, rosa de Iran, gacela del paraíso, luz de los astros, alma de mi alma, adorada mia, que has tenido compasion de mí!

Y, alzándose, añadió:

—Ven, sigueme; es necesario que conozcas el corazon que sólo por tí late, el alma que sólo por tí espera.

Ormesinda no contestó.

La aterraba lo gigante del amor que por el árabe sentia.



Se desvanecía su cabeza.

El recuerdo de su patria, de su familia, de su Dios iba tomando para élla el valor de un sueño que se pierde, que se borra, cuyo recuerdo se aleja, desvaneciéndose.

La parecía que toda su existencia, toda su felicidad, todo su porvenir se cifraban en Munuza.

Su mano estaba fria y temblaba.

La de Munuza temblaba tambien; pero, por el contrario de la de Ormesinda, ardia.

Munuza la condujo al muro, á una especie de templete que se avanzaba sobre el mar, orlado por una preciosa balaustrada.

En aquel templete, cerrado con celosías, habia una alfombra de Persia, un divan, cubierto con un paño de brocado de oro, y una pequeña mesa romana, de precioso mosaico, sobre la cual ardia, bajo una preciosa bomba de alabastro, una luz que aparecia blanca y atenuada.

Todo allí era lánguido y bello.

Todo rico y voluptuoso.

Un pebetero de oro exhalaba un humo tenue, que, esparciéndose, llenando el templete, difundia un perfume exquisito.

Ormesinda, luchando poderosamente con su amor, alentada por la conciencia de sus deberes y de su dignidad, se sentó en el divan.

Á alguna distancia de élla, sobre un cojin, se sentó Munuza.

El traje de Ormesinda era delicado y sencillo.

Se componia únicamente de una ancha túnica, de una preciosa tela finísima blanca, de seda y plata, que producía un efecto maravilloso.

Una toca celeste, tejida de oro y seda, ceñía su cabeza, y bajo élla caía suelta y ondulante la lengua, sedosa y dorada cabellera de la jóven.

Al cuello, pendiente de un hilo de gruesas perlas, llevaba una cruz de oro y diamantes.

Un ceñidor de una tela igual á la de la toca marcaba su esbelta y reducida cintura.

En los brazos, desnudos hasta la mitad, dejaba ver ricos brazaletes, tambien de pedrería.

Pero la belleza de este atavío, su delicadeza estaban muy por bajo de la delicada belleza de Ormesinda, en que resplandecía en toda su fuerza y de una manera mágica su pureza y su juventud.

Munuza la miraba extasiado, estremecido, como dominado, como absorbido por tanta hermosura, y durante un largo espacio los dos amantes permanecieron en silencio, élla con los ojos inclinados y ruborosos, agitado el seno por una emocion violenta, él abstraído en la extática contemplacion de Ormesinda.

Al fin Munuza exclamó:

—¿Qué sacrificio podrás tú pedir para que sea digno de tu amor el que ha tenido la ventura de conocerte, de admirarte, de adorarte, y la dura desgracia, la desgracia insoportable, de que tú seas un imposible para amor de su alma?

—¡Imposible!—exclamó de una manera extra-

ña Ormesinda, levantando sus celestes ojos y fijándolos en Munuza, que se estremeció.

Y aquel imposible habia sido pronunciado de tal manera que parecia una pregunta que Ormesinda se habia hecho á sí misma.

Luégo, en seguida, bajó otra vez los ojos y permaneció muda.

—¡Oh! ¡sí, imposible!—exclamó Munuza,—hay momentos en que creo que tú sientes por mí un amor semejante al que por tí me abrasa, en que me pareces pronta á unir tu alma á la mia; y cuando me halaga esta divina esperanza, una mirada de desden de tus irresistibles ojos me hace caer desde la gloria de mis sueños en el infierno de la espantosa realidad. ¿Qué hay; qué puede haber que así me impida el logro de mi amor, que es mi salvacion, la única aspiracion de mi alma? Si tú vienes de una antigua raza de reyes, ¿no vengo yo acaso de la esclarecida sangre del Profeta, del emir de los emires, del califa de Dios? ¿Será en mí, para tí, una mancha el que yo haya tenido mi cuna allá en las sacras márgenes del Éufrates, que mi piel esté teñida por los abrasadores rayos del sol del Oriente, que mis ojos sean negros como la noche, mientras los tuyos son plácidos y puros como el cielo de la mañana? ¿Verás tú acaso en mí al hijo de una raza maldita? ¿No es tu Dios mi Dios, el mismo Dios de Abraham y de Jacob? Porque yo le creo único y tú trino, ¿habrá de ser imposible la felicidad de nues-

tras almas? ¿Ó es que tú no ves en mí el héroe que tu altivez busca para hacerle tu esposo, y por esto el hombre más feliz de la tierra? Habla, respóndeme; porque yo muero en tu amor, el tormento de mi agonía es insoportable.

—¿Dónde está mi hermano?—preguntó Ormesinda, levantando de nuevo los ojos y fijándolos de una manera profunda, vaga y misteriosa en su expresion en Munuza.—¿Por qué has separado á mi hermano de mí? ¿Que siniestros pensamientos, cuya suposicion no puede ménos de ofenderme, han hecho que se le pidan en rehenes su hija y yo, por seguridad de una lealtad de que no debias haber dudado, tratándose de un príncipe godo, en el cual no puede suponerse sin ultraje la ausencia de la lealtad y del honor? ¿Qué quieres que yo piense de tí cuando así de nosotras te has apoderado, cuando así has alejado al noble don Pelayo?

—¡Ah! ¡perdóname!—exclamó Munuza;—yo he temido que la altivez de tu hermano y sus consejos me fuesen contrarios; yo he querido que sepas, sin que puedas dudarlo, que no hay nada que más te proteja, que más te defienda, que más inviolable te haga, aún para mí mismo, que la grandeza de mi amor.

Ormesinda se estremeció.

Se sentia envolver por aquel amor delirante.

Munuza se hacía para élla inmenso, embriagador, irresistible.

—¿Por qué has aletargado á Gisberga?—exclamó, más que por otra cosa, por decir algo.

—¡Oh!—dijo Munuza,—respetemos la inocencia de esa flor purísima, de esa niña que aún duerme sus sueños de arcángel. ¡Oh! No, no; élla no debia saber que nosotros permanecíamos en una larga entrevista. Yo no podia manifestarte delante de élla mi alma entera, mi alma desventurada. Es necesario que la veas, que la sientas, que veas hasta qué punto puedes tú convertir para mí esta baja tierra en que vivimos en el sublimado paraíso que ha concedido el Altísimo á sus elegidos. Oye. Si Dios, en su bondad, en su misericordia, para premiarme por las cien batallas en que por Él he combatido, menospreciando mi vida, hiciese descender la más querida de sus huries de las encantadas regiones del quinto cielo, yo no sentiria, no, por élla el amor que me trasfigura en un sér inferior por el corazon á los otros séres que habitan en la tierra. Yo enloquezco, yo fallezco, yo no soy, sino para ser todo tuyo. Mi voluntad ante la tuya sucumbe, y de mí va apoderándose la idolatría; por tí Satanás me acomete, me emponzoña el alma y me pone á punto de perderla.

—¡Oh! ¡calla! ¡no puede perder su alma quien la tiene perdida!—exclamó Ormesinda;—porque tú has conocido por los cristianos al verdadero Dios, y no le has confesado.

—Satanás habla por tu boca,—exclamó, estre-

meciéndose, Munuza;—la tentacion me envuelve y Dios me libre de que tú me hagas olvidarme del Dios de mis padres.

—Déjame, pues, volver con los míos,—dijo Ormesinda;—llama de Tánger á don Pelayo, á donde no le has enviado sino para alejarle de mí.

—¡Oh! tú te engañas, Ormesinda,—exclamó Munuza;—¿por qué habia de estorbarme á mí don Pelayo? Desde que tú estás en Gijon, ¿quién no te ha respetado? ¿Cuándo tu voluntad no ha sido de mí cumplida? ¿De qué falta puedes acusarme ni acusar á los míos? ¡Oh! El que se hubiera atrevido, no ya á ofenderte, sino á no servirte previniendo tus deseos, hubiera bajado á la region donde son eternas las sombras. ¡Ah! No; tú no puedes temer nada de mí, porque tú eres la que mandas y yo el que obedezco; tú la señora y yo el esclavo. ¿Por qué habia yo de temer la presencia de tu hermano?

—¡Ah!—exclamó Ormesinda,—tú has temido que mi hermano se apercibiese, que comprendiese el amor en que ardemos el uno por el otro.

—¡Que tú me amas!—exclamó Munuza, alentando apénas, mirando con una ansiedad infinita á Ormesinda, pálido de emocion.

—¡Oh! sí, te amo,—exclamó Ormesinda;—te amo de tal manera que creo no puede haber sobre la tierra un amor igual al que siento por tí. Pero este amor es imposible. No, no: yo no puedo amar á un infiel. Yo no puedo bastardear mi

raza; yo no me pertenezco; yo moriré, si es necesario, moriré por tu amor, espantada, aterrada de mí misma, pero jamás seré tuya, jamás; la noble goda no puede unirse al enemigo de su patria; ni aunque dejases de ser enemigo de su patria, aunque tú desnudases la espada por élla, aunque reconocieşes el Dios verdadero, nuestro Dios, siempre tu raza sería un obstáculo invencible. ¡Ah! Yo soy esclava de mi ser; yo soy una princesa goda; yo no puedo dar en nada, no ya que manche, sino que ni áun empañe el esplendor de mi linaje. Hemos sido vencidos, sí; lo ha querido Dios; pero estamos dispuestos á resistir el martirio por nuestro Dios, por nuestra patria, por nuestra raza.

—¡Ah! tú no me amas,—exclamó con voz cavernosa, profunda, extraña, Munuza, estremecido de los piés á la cabeza.—No, tú no me amas: el amor es la locura; si tú me amases estarias dispuesta á sacrificarlo todo por mí, porque yo estoy dispuesto á sacrificarlo por tí todo. Dime sé cristiano, y yo creeré en tu Dios. Dime haz traicion al califa, vuélvete contra él, ayuda á mi hermano, y yo jugaré mi cabeza y mi honra; arriesgaré cuanto tengo y cuanto soy.

Ormesinda inclinó la cabeza sobre el seno.

Permaneció indecisa durante algunos segundos, y al fin levantó la cabeza y, fijando sus magníficos ojos celestes en Munuza, dijo:

—No, no: me repugnan los traidores, los após-

tatas. Si tú, no convencido, abandonases por mí la religion que te enseñaron tus padres, si tú por mí, y sólo por mí, te volvieses contra tu señor natural, yo veria en tí un hombre depravado, envilecido, en lucha con su conciencia por un amor impuro y miserable. No, no, Munuza; la satisfaccion de nuestro amor es imposible: yo no puedo ser tu esposa; sigamos cada cual nuestro destino. Si por llegar al logro de tu amor me has separado de mi hermano, vuélveme con mi hermano, porque yo no seré tuya, no puedo serlo, si no es que te vales de una infame villanía.

—¡Oh! tú no me amas,—repitió Munuza.—Si me amaras, tu razon se perturbaria como mi razon se perturba, y no habria para tí más Dios, más patria ni más ley que mi amor.

—Dios me libre de ese amor, que es el sacrilegio, la traicion, la infamia,—exclamó Ormesinda.—No, ese no es el amor, esa es la llama impura del corazon, el fuego maldito de Satanás.

Y Ormesinda se levantó y se encaminó á la puerta del pabellon.

—¡Oh! tú me abandonas, tú me dejas entregado á la desesperacion,—exclamó abatido, aterrado, Munuza.

Y se levantó y se puso en seguimiento de Ormesinda.

—No me sigas,—dijo ésta,—no me sigas, ó creeré que el hombre que de tal manera se mues-



tra rendido á mi voluntad está pronto á convertirse en mi tirano.

- Munuza se detuvo.

- Quedó inmóvil, consternado.

- Ormesinda atravesó el jardín.

- Llegó al postigo del torreón, dentro del cual esperaba la esclava que ántes la habia guiado, y que volvió á guiarla hasta su aposento.

- Ormesinda entró en él y encontró á Gisberga todavía aletargada.

- Ormesinda pasó lo que quedaba de la noche anegada en llanto, luchando con aquel amor que en vano pretendia resistir, y que para élla iba siendo una locura semejante á la que afligia á Munuza.

## CAPÍTULO XII.

EN QUE SE DICE ALGO ACERCA DEL CAPITAN ERNESTO  
DE SAN ADRIAN.

Habian pasado ocho dias.

Prósperos vientos habian llevado la fusta que conducia á don Rodrigo al pié de los muros de la ciudad de Tánger, que se hundian en las turbulentas aguas del estrecho de Gades.

Don Rodrigo llevaba un traje semejante al de los otros marineros, y era tratado ni más ni ménos que como uno de ellos.

El patron de la fusta, que era un asturiano viejo y leal, guardaba profundamente el secreto.

Para evitar el que por su torpeza en las maniobras se notase la falsedad de la situacion en que don Rodrigo se habia colocado, el patron lo llevaba inmediatamente á su servicio, fuera de que no le empleaba en nada y trataba á don Rodrigo

con dureza, reprendiéndole agriamente por la más leve falta.

El buque era de gran porte, á pesar de que se llamase fusta.

Esto consistia únicamente en su construccion, semejante á la de las fustas, porque por lo demas las fustas eran pequeñas embarcaciones, especie de faluchos de aquel tiempo.

La fusta de que tratamos era un buque largo, estrecho, con tres palos con agudas velas latinas y doble banda de remeros.

La montaban más de cien hombres, además de los cincuenta que al remo iban.

Era toda gente dura.

Todos cristianos y solariegos.

En una palabra, aquel era un buque corsario, al que en vano habian querido dar caza las galeotas del waliato marítimo de Munuza.

La fusta *Santa María de Covadonga*, que así se llamaba, habia resistido recios combates, de los que siempre habia salido vencedora; y sobre su alcázar de popa mostraba orgullosa una blanca enseña, en cuyo centro campeaba una cruz roja.

Ernesto de San Adrian, que así se llamaba el capitán de este buque corsario, era un viejo caballero godo, que habia combatido en Guadelete y escapado por milagro.

Por muerto le habian abandonado los árabes sobre el campo de batalla, y le habian despojado, le habian dejado desnudo.

Por la noche Ernesto de San Adrian fué encontrado por algunos godos piadosos de los caseríos del contorno, que habian acudido al campo de batalla en busca de moribundos que auxiliar, de heridos que recoger.

Los árabes habian pasado con tal violencia adelante, impulsados por la alegría de la victoria, que muchos de los caseríos ó de las pequeñas aldeas cristianas del contorno habian quedado á salvo de la inundación que junto á ellos habia pasado.

Munuza y Tarif no habian creído oportuno detenerse.

Era necesario fijar la conquista, no perder un momento, no dejar que se rehiciese del primer sentimiento de terror el ejército godo, que, con Teodomiro ó Tadmír, como le llamaban los árabes, avanzaba por la parte de Murcia.

Hé aquí por qué muchos de los caseríos y de las aldeas de los campos del Leteo habian quedado incólumes á pesar del paso de los árabes.

Ellos iban como una tromba en busca de nuevas gentes que vencer.

Por esta razon pudo salvarse Ernesto de San Adrian.

Una mujer piadosa que, con su familia, iba socorriendo á los infelices que habian quedado con vida sobre el campo le encontró, le reconoció, se apercibió de que su corazón, aunque levemente, latía, y, ayudada por su esposo y por su hijo, le trasladó á su cabaña.

Eran pastores.

No hay pastor, ni le ha habido, ni le habrá que no tenga algo de curandero.

Ernesto de San Adrian fué cuidado de una manera extraordinaria, estuvo algun tiempo entre la vida y la muerte, y se salvó al fin.

Sus protectores eran ricos.

Habian salvado por milagro sus riquezas.

Una hermosa jóven, la mayor de las hijas de aquellos buenos ganaderos, se habia interesado vivamente por Ernesto de San Adrian, á pesar de que éste era ya de edad propecta.

Tras el interes vino el amor.

Tras el amor un enlace, que tuvo lugar con el contento de toda la familia.

Los árabes no se habian establecido aún.

Iban adelante, ocupados en la conquista.

Llegaban noticias de que estaban ya en el corazon de España, cercando á la imperial Toledo, que se encontraba á punto de rendirse.

Una vez rendida Toledo, la capital, podia decirse que España estaba conquistada, que nõ habia esperanza.

Sobrevendria la organizacion del gobierno por el conquistador, y no se sabía hasta qué punto los árabes respetarian la libertad y la hacienda de los solariegos.

No se podia perder tiempo.

Era imposible salvar los ganados.

Ni habia á quién venderlos, ni, por su número,

se les podia llevar á traves de España, para buscar un refugio en Francia.

Pero Romualdo era muy rico.

Tenía grandes valores en oro y alhajas.

Estos valores fueron repartidos entre los individuos de la familia, entre los servidores, entre los pastores, juntos todos los cuales llegaban al número de trescientos.

Una noche, bien armados, partieron de las márgenes del Leteo.

Caminaron sin descanso, y al amanecer llegaron á las primeras estribaciones de la sierra, hácia la parte donde hoy se levanta la villa de Cazalla.

Una vez en la sierra, habia mucho ménos que temer.

Sobre el territorio de España hay una red de montañas que se comunican las unas con las otras.

Nuestros fugitivos tomaron la vía de Portugal ó de Lusitania, provincia á la cual no habian llegado aún los árabes; la habian dejado á la izquierda.

Seis dias despues, habiendo caminado sin descanso, nuestros fugitivos llegaron á la ciudad de Oporto.

Una vez allí, se embarcaron en una galeota francesa que hacía el comercio en las costas de España y que los condujo á Francia, donde al fin se encontraron seguros.

De la misma manera que se habia salvado Ro-

mualdo con su familia, se habian salvado con las suyas en los primeros momentos de la invasion otros muchos solariegos.

Particularmente toda la gente de la marina habia escapado, vista la imposibilidad de contrarrestar al terrible árabe vencedor, que no cesaba de ser reforzado por numerosos ejércitos que partian del África.

Los bárbaros, alentados por la sed de conquista y de rapiña, caian como un aluvion sobre España.

Avanzaban hácia las montañas pirenaicas y amenazaban á Francia.

Los escapados de España, parte se habian refugiado en las montañas de Asturias, otra gran parte en el territorio de Francia, á la falda de los Pirineos occidentales.

Ellos eran la esperanza de la patria.

Todos se sentian impacientes por el dia en que pudiesen emprender una brava lucha de reconquista.

Se habian establecido seguras inteligencias entre ellos.

Ya lo hemos dicho, si don Pelayo se habia sometido en la apariencia á los árabes, si habia aceptado el gobierno de Oviedo, habia sido con el objeto de poder favorecer una insurreccion de aquellos nobles solariegos, ávidos de salvar, de reconquistar la patria perdida.

Ernesto de San Adrian, contando con los tesoro-

ros que consigo se habia llevado el riquísimo Romualdo, le dijo un dia:

—¿Por qué no hemos de satisfacer, en la parte que podamos, la sed que sentimos de sangre sarracena? Nada podemos hacer por tierra; aún no ha llegado el momento; pero podemos hacer algo por mar. Yo en mis mocedades he sido capitán de barco por el rey, y todavía puedo mover guerra á las embarcaciones enemigas si tú me procuras los medios de hacerlo.

Romualdo se prestó con alegría á las proposiciones de su yerno.

En el puerto de Bayona se construyó la fusta *Santa María de Covadonga*, que poco tiempo despues de comenzada su construccion fué botada á la mar, tripulada por ciento cincuenta héroes, resueltos á morir sobre las ondas ó á beber en la medida que les fuera posible la sangre aborrecida del impío conquistador.

Ya hemos dicho que la *Santa María* habia sostenido muchos combates con las bravas galeotas árabes y habia obtenido siempre la victoria.

Cuando una galeota era entrada al abordaje, su tripulacion era pasada á cuchillo.

Se cortaba la cabeza á los muertos.

Se incendiaba la galeota, y las cabezas representantes de la victoria eran llevadas á las playas, ántes patrias, entónces enemigas, para provocar la rabia del conquistador y para hacerle conocer que



habia todavía godos españoles que peleaban por la patria.

María se habia puesto en relaciones con el valiente Ernesto de San Adrian.

Muchas noches hubiera podido notarse una sombra blanca, que, deslizándose bajo el rayo de la luna por la vertiente de la montaña, iba á detenerse á la lengua del agua sobre alguna peña en una playa solitaria.

Á lo léjos, en la mar se veia un buque largo, oscuro, con tres agudos mástiles enhiestos.

Aquella era la *Santa María de Covadonga*.

Se separaba de éllas un esquife, que bogaba hácia tierra.

Llegaba, y saltaba á la playa un hombre.

Aquel hombre era Ernesto de San Adrian, que iba á dar noticias á María y á recibirlas de élla.

Por esto María pudo procurar á su padre un barco seguro en que trasladarse á Tánger é ir á avisar á don Pelayo.

La *Santa María de Covadonga* llegó ocho dias despues de haber partido con don Rodrigo al Este de Gijon, y luégo á Tánger, durante una noche de una cerrazon profunda.

Ernesto de San Adrian saltó en tierra.

En otros tiempos, haciendo el comercio como marino en la costa de África, feudataria de los godos, habia aprendido el árabe.

Se habia disfrazado de beduino para saltar en tierra.

Llegó á las puertas de Tánger cuando amanecía, y penetró en la ciudad sin que nadie reparase en él.

Se le tomó por un beduino como cualquiera otro.

En el momento en que desembarcó Ernesto, la fusta se hizo de nuevo á la vela, para enmararse y ocultarse de esta manera á los árabes.

Se habia convenido en que volveria al mismo punto á la noche siguiente.

Don Pelayo debia estar ya avisado y pronto para tener una entrevista con don Rodrigo.

## CAPÍTULO XIII.

---

EN QUE SE DICE EN QUÉ SITUACION SE ENCONTRABAN  
EN TÁNGER TARIK Y EL PRÍNCIPE DON PELAYO.

No le fué difícil á Ernesto el encontrar á don Pelayo.

Éste estaba aposentado y atendido con una gran consideracion, con un gran respeto, por Tarik en la kasbá de Tánger.

Tarik-ben-Ziad estaba ya en desgracia con el califa de Damasco y en vísperas de ser juzgado y áun sentenciado.

Los héroes, los hombres de genio tienen un enemigo terrible: la envidia de los otros que los rodean, henchidos de una vanidad tan grande cuanto es grande su pequeñez.

El walí Muzay-ben-Nosseir, hombre de espíritu mezquino, de aspiraciones estrechas, pero sober-

bio y vano, no habia podido sufrir la alta loa que Tarik habia ganado en la invasion de España.

Era evidente que, sin el formidable arrojó, la gran valentía y el profundo golpe de vista de Tarik, los árabes hubieran perdido la batalla de Guadalete, como perdieron despues en la España citorior, en el Rosellon, la batalla de Tolosa.

Á la envidia va unida constantemente la calumnia, y siempre la calumnia es audaz.

Muzay ó Muza, segun se le conoce entre nosotros, escribió al califa Walid quejándose amargamente de Tarik, suponiéndole miserias que no cabian en el ánimo de aquel héroe.

Llamamos héroe á Tarik porque tenemos el sentimiento de la rectitud, que hace se dé á cada cual el puesto que ha conquistado en la historia.

No porque hayamos de contar á Tarik en el número de nuestros enemigos debemos negarle las altas cualidades que como capitán y como político Dios le habia dado.

Decia Muzay al califa Walid que Tarik era inquieto, turbulento, rebelde, desobediente, peligroso.

Hay que advertir que por un error del califa, y á causa de los cortesanos manejos de Muzayben-Nosseir (Moises el Negro), éste habia sido nombrado por Walid caudillo de la hueste que debia invadir á España, como si dijéramos, general en jefe, representante del califa.

Tarik-ben-Ziad no era otra cosa que su lugarteniente.

Pero sucedia lo que sucede con frecuencia, que la segunda persona en categoria era la primera en cuanto á la accion y á la importancia.

Tarik-ben-Ziad habia hecho un primer reconocimiento con muy poca gente por la parte de Algeciras, habia dado algunas algaradas á los godos, les habia corrido la tierra, y en esta rápida excursion con un solo golpe de vista habia comprendido el desgobierno, la desorganizacion bajo los cuales se encontraban los españoles, y habia concebido rápidamente, como lo conciben los héroes nacidos para la guerra, un plan de campaña.

En el ejército tenia mucha más representacion que el emir el caudillo, el lugar-teniente del emir.

Esto sucede con mucha frecuencia.

Lo hemos visto en nuestros tiempos. Todos hemos oido decir y hemos dicho: la gloria de la campaña no pertenece en justicia al general en jefe; es necesario atribuirla á su jefe de estado mayor general.

Sin la sublime, sin la heroica resolucion de Tarik, que le hizo reunir un pequeño número de caballeros escogidos é irse con ellos al corazon de la batalla, para abatir el estandarte real de don Rodrigo, sin aquellas supremas palabras que venian sobre el acto audaz de haber quemado las naves, de «Atras teneis la mar implacable; delante el sangriento cuchillo del enemigo; el que quiera salvarse, haga lo que yo haré», lo repetimos, la batalla de Guadalete hubiera sido un desastre

para las bravías huestes africanas del walí Muzay.

Y esto que la historia ha dicho, esto mismo dijeron aquellos que con Tarik habían arrancado del campo de batalla la *palma de la victoria*. De aquí el furor de Muzay contra Tarik.

No le bastaba haberle calumniado ante el califa, suponiéndole ambicioso, indisciplinado y áun traidor.

Era necesario aún más.

Era necesario suponerle infame y ladrón.

Se habló de cierta mesa de esmeralda, una mesa maravillosa que había sido remitida al califa como un prodigio, pero á la cual faltaba uno de sus piés de oro.

Muzay supuso que Tarik había guardado para sí aquel pié, que, como los otros, era de un valor inestimable, ya se considerase su peso, ya lo peregrino de su labor.

Los príncipes son generalmente recelosos, y están propensos á creer lo que les dice con harta frecuencia la intriga cortesana.

Así es que, bajo los reyes, la mayor parte de los héroes han sucumbido asesinados por la intriga y por el receloso despotismo real.

Díganlo si no Gonzalo de Córdoba, Cristóbal Colón y Hernán Cortés.

La primera muestra indirecta del enojo del califa contra Tarik fué el arrancarle de la tierra de España, el quitarle su waliato de Murcia, el rele-

garle al gobierno de Tánger, fuera de la tierra recién conquistada.

Habia sentido Tarik este golpe en todo su valor; le habia sufrido con amargura, y estaba cuidadoso.

Veia triunfando, por la intriga, en la corte á su enemigo Muzay-ben-Nosseir.

Cierto es que despues, pero ya tarde, habiendo conocido su injusticia el califa, se volvió airado contra Muzay-ben-Nosseir, que le habia engañado, y le descabezó.

Pero aquello fué una justicia tardía.

Habia sucumbido ya en prisiones el bravo Tarik.

El conocimiento de su desgracia tenía á Tarik profundamente preocupado.

Su gran sentido político le hacía comprender que el califa de Damasco habia enviado una expedicion contra España, y no para su provecho propio, sino para el de los walíes.

En este sentido habia escrito al califa.

Preocupado el califa en aquellos momentos, habia tomado como una rebeldía, como una justificacion de la calumniosa acusacion de Muzay-ben-Nosseir, las leales advertencias de Tarik-ben-Ziad, y le habia contestado de una manera desabrida.

Tarik tocaba su desgracia, y se mostraba triste, meditabundo y apesarado.

Necesitaba un pecho leal en que depositar sus

temores, al que confiar sus desgracias, y le halló en don Pelayo, que ni áun para con sus enemigos sabía ser traidor, si bien, en nombre de Dios y de la patria, se encubria y preparaba un dia en que fuese posible empezar la grande obra de la reconquista.

La buena política está muy léjos de ser la traicion.

Por otra parte, Tarik era generoso y bravo.

En don Pelayo existia ya un héroe, y los héroes se comprenden y se estiman, áun cuando estén frente á frente con las armas en la mano.

Don Pelayo, sin reparar en su conveniencia ni en la conveniencia de su patria, llevado únicamente de la lealtad de su corazon, aconsejaba á Tarik una conducta audaz, enérgica, concluyente.

—Acomete á Muzay, walí,—le decia;—destruye con la punta de tu espada cobardes tramas, infames calumnias. Domínale, véncele y aparece ante el califa, tu señor, tal cual eres.

Tarik-ben-Ziad llevaba hasta el fanatismo su lealtad á Walid.

—No,—decia;—el enviado de Dios, el califa, me ha dado el gobierno de Tánger; su suprema voluntad es para mí una ley sagrada. Yo temeria perder mi alma por el solo pensamiento de desobedecer á mi señor.

—Entretanto tus enemigos conspirarán contra tí,—le decia don Pelayo;—te arrollarán, te harán parecer traidor é infame ante tu señor.



—¡Dios ve mi alma!—decía Tarik;—¡que se cumpla su santa voluntad!

Y dejaba hacer á Muzay, murmurando esa gran frase que sólo pertenece á los héroes ó á los insensatos:

—¡Y bien! ¿qué importa?

Pero esta lealtad de don Pelayo para el walí Tarik le habia conquistado el alto aprecio de éste.

Le tenía á su lado, honrándole como un emba-jador del walí de Astúrias, Munuza.

En una sola cosa no habia sido franco Tarik para don Pelayo.

No podia serlo.

Le habia ocultado que Munuza le habia enviado á Tánger sin objeto alguno, como no fuese el de que allí se le entretuviese hasta un nuevo aviso.

Munuza habia escrito una carta falsa á Tarik, no confiando completamente en don Pelayo, temiendo que don Pelayo cometiese la infidelidad vergonzosa de abrir la carta de que era portador y conocer su contenido.

La carta que llevaba don Pelayo sólo pedia consejos á Tarik.

En élla se hablaba de algunos asuntos importantes, de tal modo que don Pelayo, si hubiera conocido el contenido de la carta, sólo hubiera podido creer que se le daba una prueba de confianza haciéndole portador de élla.

¶ Pero ántes de que don Pelayo hubiese salido del puerto de Gijon, un emisario de Munuza ha-

bia partido con una carta para Tarik, á cuyo contenido debia atenerse.

«El príncipe rummy que te envió,—decia aquella carta,—es en esta tierra muy peligroso, y hay que temerlo todo de él. Los rummyes (cristianos) no están tan sometidos como parece: afilan en secreto sus armas, y en secreto se preparan á la pelea: don Pelayo alcanza entre ellos una gran loa, y él es el único que pudiera hacer temible una insurreccion de los vencidos. No es prudente, sin embargo, castigar á sangre á don Pelayo, ni aún ponerle en prision. Cualquiera de estos actos irritaria á estas gentes, que están desesperadas y resueltas á todo. He preferido enviártelo: retenle ahí con los pretextos que pudieres hasta un nuevo aviso mio.»

Don Pelayo habia empezado á inquietarse al ver que Tarik le hacía esperar un dia y otro dia, un mes y otro mes la respuesta que debia llevar á Munuza.

Á Tarik le iban siendo ya difíciles los pretextos.

Don Pelayo confiaba, sin embargo, en la lealtad de Tarik, y esperaba.

Pero el recelo habia empezado á infiltrarse en su alma, que estaba constantemente, en sus deseos, en su pensamiento, en Astúrias.

Por una parte recordaba á su hermana Ormesinda, á su hija Gisberga, dejadas en rehenes del walí Munuza.

Por otra, inflamaba su corazón y excitaba su impaciencia el amor que María le había hecho sentir.

Estos tres seres queridos le tenían inquieto, impaciente, meditabundo, sombrío.

Era para él necesario, imprescindible, volver cuanto antes á Gijón.

Un secreto instinto le decía que la honra de su nombre y la paz de su corazón estaban en peligro, y por otra parte que había llegado el ansiado momento de aventurar el principio de la restauración de la patria.

No podía darse una desgracia mayor que la de don Pelayo, ni una mayor tribulación que la de su alma.

En tales momentos había llegado con Ernesto á las playas de Tánger don Rodrigo.

Ya Ernesto, como hemos dicho, había entrado en Tánger bajo la apariencia de beduino, en busca de don Pelayo.

## CAPÍTULO XIV.

DE CÓMO DON PELAYO, Á MÁS DE SER UN GRAN  
CABALLERO, ERA UN GRAN CAZADOR.

Como dijimos, no le fué difícil á Ernesto el encontrar á don Pelayo en Tánger.

Todo el mundo sabía en la ciudad que don Pelayo vivía, altamente honrado, en el alcázar del walí.

Era la oracion de azhobí (de la mañana) cuando Ernesto llegaba á la gran mezquita de Tánger y hacía como cualquiera otro creyente su ablucion en la puerta del patio de la mezquita.

Estaba ésta comprendida en el recinto de la kasbá ó alkazaba, junto al palacio del walí.

Á la hora en que llegó Ernesto, Tarik-ben-Ziad, con los que podían llamarse los altos oficia-

les del califa en Tánger, salía del palacio y entraba en la mezquita.

Don Pelayo, por cortesía, le acompañaba.

¿Y qué mucho?

¿No era el Dios de los musulmanes el Dios de Jacob y de Abraham, el mismo Dios de los cristianos?

Ellos habian seguido la secta empezada en Agar y en Ismail, y ésta era la diferencia que existia entre los cristianos y los musulmanes:

La creencia de los primeros en el Dios Uno y Trino, en la inmaculada Virgen María, en su Hijo Único Jesucristo, en el Hombre-Dios, que habia dado su sangre por la redencion del hombre, y la de los otros en un Dios Solo, Único y Altísimo, y en la relegacion de Jesus al número de los profetas inferiores á Mahoma.

Pero todos tenian un origen comun de creencia, el Dios de Moises, el Dios que entregó á aquel elegido suyo las tablas de la ley en el monte Sinaí.

Así es que con muy pequeño esfuerzo se convierte á un musulman á la fe cristiana.

Con otro pequeño esfuerzo don Pelayo suponía cuando entraba en una mezquita que entraba en un templo de Dios.

Allí, en el adoratorio, se representaba la idea de Dios Omnipotente, creador de cuanto existe.

Ernesto entró en la mezquita y se quedó en la parte inferior, junto á la venerada tumba de un santón, muerto hacía muchos años.

Aquella tumba, cercada por una verja de plata dorada, dejaba ver dentro un gran número de piedrecillas, cada una de las cuales representaba la oracion de un creyente hecha en honor del santón allí enterrado.

Esta costumbre ha quedado en nuestros pueblos de Andalucía, especialmente en las montañas, donde con más frecuencia ha habido salteadores.

Con mucha frecuencia, al pasar un desfiladero, al franquear la estrecha garganta de un camino, veis una cruz reseca y ennegrecida por el sol, por el viento, por la lluvia, en la cual hay una tabla en que se ha borrado una inscripcion que generalmente decia:

«Aquí fué muerto alevosamente Fulano de Tal, vecino de tal parte. Rogad á Dios por su alma.»

Y todos los que pasan por la garganta ó el desfiladero, por el lugar, en fin, en que la cruz aparece, se detienen, se quitan el sombrero, rezan un Padre Nuestro y un Ave-María, arrojan al pié de la cruz una piedrecilla, representante de su oracion, y generalmente la colocan sobre uno de los dos brazos de la cruz.

Cuando los brazos están cubiertos desalojan una piedrecilla y colocan la suya.

Esto es conmovedor.

Esto representa la caridad y la creencia de nuestros pobladores del Mediodía.

La tumba del santon Ben-Naaf tenía la fama de una gran virtud milagrosa para los que á élla se acercaban y rezaban llenos de una verdadera fe por el alma del santon.

Siempre que el walí y su séquito entraban en la mezquita, junto á la tumba del santon se detenian, se prosternaban y oraban, y lo mismo hacian á su salida.

Por lo mismo, Ernesto, que conocia harto á Tánger, se habia situado cerca de la tumba.

Cuando concluyese la azalá ú oracion, Tarik-ben-Ziad debia venir á rendir su homenaje al santon Ben-Naaf, y con él vendria don Pelayo.

Llegó, en fin, este momento.

Tarik llegó, se prosternó ante la tumba y los de su séquito se prosternaron tambien.

Como don Pelayo no podia, por sus creencias, rendir este homenoje á la memoria del santon, despues de haberse inclinado como en señal de respeto, avanzó solo hácia la puerta de la mezquita, rompiendo el círculo de guardias negros que rodeaba á Tarik.

En aquel momento Ernesto avanzó é hizo una señal significativa á don Pelayo, y de una manera recatada le entregó un pequeño pergamino enrollado.

Don Pelayo le guardó con el mismo recato y esperó á Tarik.

Ernesto habia desaparecido ya.

Una vez solo en el aposento que en la kasbá

tenía don Pelayo, leyó el pergamino y vió que era un aviso.

Se le citaba para aquella misma noche, en alta hora, en la caleta cercana á Tánger, adonde debia volver la *Nuestra Señora de Covadonga*.

Era necesario valerse de un pretexto, y don Pelayo dijo á Tarik:

—Me aqueja el deseo de ir á la caza del leon; pero como vais vosotros, solo, sin más medios que mi espada y mi ballesta.

Tarik encontró lo más natural del mundo el deseo de don Pelayo.

—Que te acompañen, á lo ménos, los servidores que gustares hasta las primeras estribaciones de la montaña,—le dijo.

—No, no iré conmigo mas que mi caballo,—le respondió don Pelayo.

—Sea como tú lo quisieres,—respondió Tarik, que no tenía motivo alguno para desconfiar.

Habia una distancia de tres leguas entre Tánger y las primeras gargantas de la montaña donde podia esperarse al leon.

Don Pelayo hizo rápidamente aquellas tres leguas y llegó á la caída de la tarde á una profunda hondonada rodeada de rocas, cubiertas de brezos, enmedio de la cual brotaba una fuente que determinaba una pequeña laguna.

Allí, se decia de fama pública en Tánger, iba á apagar su sed una terrible pareja, á la cual hacía



mucho tiempo no habian osado los más valientes cazadores.

Algunos blancos esqueletos, que se veian acá y allá entre la yerba, demostraban que cazadores habian pagado con su vida su temeridad.

Este leon y esta leona habian adquirido en Tánger y sus alrededores una celebridad terrible.

Nadie se atrevia contra ellos.

Su bravura, una y otra vez manifestada, habia garantido su vida.

Don Pelayo llegó á la fuente.

Ató á un arbusto su caballo, y él quedó á alguna distancia del animal, con la ballesta armada.

Á más de que el leon y la leona debian acudir á apagar su sed en la fuente, el caballo de don Pelayo, el mismo don Pelayo, eran para ellos un cebo.

Declinaba la tarde.

Sobrevenia el crepúsculo.

La luna llena se levantaba sobre la silueta de una montaña inmediata.

De improviso el caballo se inquietó, rehiló las orejas, relinchó de una manera terrible y pretendió romper las riendas que le sujetaban.

Pero éstas eran muy fuertes, y más fuerte aún el freno.

Sucedió inmediatamente un rugido terrible, y por entre unos espesos brezales apareció saltando un animal gigantesco.

Era la leona.

Don Pelayo levantó su espíritu á Dios, oró y esperó á que la leona se aproximase más.

En el momento en que, cayendo del enorme salto, se preparaba á otro que debia hacerla caer sobre el caballo, don Pelayo disparó su ballesta, y la jara fué á herir de una manera terrible en el ojo derecho á la leona, que lanzó un nuevo y más poderoso rugido.

La herida habia sido terrible, herida de muerte.

Pero no habia rematado inmediatamente á la fiera.

Ésta, olvidándose del caballo por el valiente cazador, recogió sus fuerzas y cayó sobre don Pelayo, que no habia tenido tiempo de armar en su ballesta otra jara.

Hubo un momento de terrible confusion, en que la fiera y el hombre, unidos y como trabados, constituian un solo objeto.

Aquello duró algunos segundos.

Se oyó un rugido más débil, un rugido que revelaba á la fiera espirante, y don Pelayo se levantó cubierto de sudor y de polvo.

El alquicel, que se habia rodeado al brazo, del cual se habia servido como de un escudo para resistir á la fiera, estaba manchado de sangre.

El yatagan de don Pelayo, en el momento de la cometida de la leona, habia rasgado por tres veces su pecho.

Herida, en fin, la leona en el corazon, habia sucumbido.

¶ Pero el peligro se hacía más formidable.

El leon va siempre detras de la leona y á alguna distancia.

La sangre de la leona, venteada por el leon, le habia irritado, y no tardó en aparecer.

Don Pelayo habia dejado su ballesta por su pica.

Se habia arrodillado junto á la leona muerta, y habia apoyado su pica contra el suelo, manteniéndola en una posicion vertical.

En la mano izquierda tenia su corvo yatagan.

El leon cayó en un terrible salto sobre don Pelayo, y esta segunda lucha fué más breve y ménos violenta, ménos costosa para don Pelayo.

El leon, ciego de furor, cayó sobre la pica y se atravesó.

La pica se rompió á causa del violento empuje, y el leon espirante cayó junto á la leona muerta.

Un momento despues el leon habia tambien muerto.

Don Pelayo habia cubierto perfectamente con un pretexto magnífico, de todo punto honroso, su salida de Tángier.

Al dia siguiente podia hacer conducir á la ciudad los dos terribles animales.

Don Pelayo envainó su yatagan, desplegó su alquicel ensangrentado, se envolvió en él, para preservarse de la humedad de la noche, recogió su ballesta, montó á caballo, salió de la montaña, se acercó á la mar y, siguiendo á lo largo su ri-

bera, llegó á la media noche á la pequeña cala que se le habia indicado, y en la cual esperaba ya un largo esquife.

Á lo lejos, sobre las ondas, se veia balancearse un largo y negro barco de gran porte.

Aquel barco era la *Nuestra Señora de Covadonga*.

Don Pelayo habia sido mucho más feliz en aquella terrible caza que lo que lo fué más adelante su hijo el rey don Favila, despedazado en las montañas de Astúrias por un oso.

## CAPÍTULO XV.

DE CÓMO TARIK-BEN-ZIAD SE QUEDÓ SIN SABER LO  
QUE DE DON PELAYO HABIA SIDO.

Si don Pelayo hubiera sabido con certeza á lo que tenía que atenerse, ciertamente no se hubiera expuesto al inminente, al casi seguro riesgo de perder la vida para justificar su ausencia de Tánger durante una noche.

Cuando llegó á la cala el esquife, atracó y saltó en tierra Ernesto, aún en traje de beduino.

Hombres de mar de la costa parecian los que tripulaban el esquife.

Eran, sin embargo, cristianos franceses, valientes corsarios, y no vacilaban en exponer su vida.

—¡Ah! te se ha perseguido y has combatido, príncipe,—exclamó Ernesto, al ver la gran man-

cha de sangre que enrojecia el alquicel de don Pelayo.

—No,—dijo don Pelayo;—he ido á la caza del leon, para tener un pretexto con que cubrir mi ausencia de Tánger durante toda una noche.

—¿Y has vencido?

—Muertos quedan el leon y la leona junto á la fuente donde acudian á satisfacer su sed.

—¡Ah! tú estás predestinado, príncipe,—dijo Ernesto,—tú eres, más que los leones, bravo.

—Nada es el hombre,—contestó don Pelayo,—sin la proteccion de Dios.

—Pues bien, Dios te protege visiblemente,—contestó Ernesto;—entra en nuestro esquiife, príncipe; en mi valiente *Nuestra Señora de Covadonga* encontrarás una persona que te es muy conocida y muy querida.

—¡Mi hermana!—exclamó, palideciendo, don Pelayo.

—No,—dijo Ernesto.

—¿María, la Virgen de la Montaña, el Ángel de la Patria?—añadió don Pelayo, dejando percibir una nueva emocion.

—No,—dijo Ernesto;—se trata de un hombre á quien se ha creido muerto; del rey don Rodrigo.

—¡El rey!—exclamó don Pelayo, dejando sentir una nueva emocion poderosa.

—Sí, el rey don Rodrigo, que viene á buscarte,—dijo Ernesto.—Pero no nos detengamos más: tú no volverás por ahora al África.

Don Pelayo abandonó las riendas sobre el cuello de su caballo , le dejó libre y entró en el esquife.

El esquife fué empujado á la mar.

Saltaron dentro de él los marineros que le habian impelido, y bogaron hácia la *Nuestra Señora de Covadonga*.

El leal caballo lanzó un relincho de dolor , que impresionó á don Pelayo.

Aquel animal , durante algun tiempo , le habia servido bien y habia sido para él una especie de compañero en los solitarios paseos que daba por los alrededores de la ciudad.

El caballo permaneció atento, con el cuello extendido hácia el esquife , que á cada momento se alejaba más y más.

Cuando el esquife llegó á la embarcacion, y entraron en ella don Pelayo, Ernesto y los marineros, y se suspendió el esquife y la *Nuestra Señora de Covadonga* tomó la vuelta de afuera , el caballo permaneció inmóvil hasta que al fin el barco se perdió entre las brumas de la noche.

Entónces el caballo lanzó un nuevo relincho de queja y de dolor, se revolvió y partió á escape hácia su querencia.

Dos horas ántes del amanecer llegaba á las puertas de Tánger.

Los guardas le sintieron , y franquearon la puerta.

Al entrar el caballo, le reconocieron como el del

valeroso Príncipe *rumy*, que así se llamaba en Tánger á don Pelayo.

La vuelta del caballo sin el jinete parecia como que indicaba una desgracia.

Inmediatamente, recogiendo el caballo, fueron á dar parte á Tarik de lo que acontecia.

Tarik se inquietó.

¿Cómo el caballo volvía sin su señor?

¿Qué habria acontecido á don Pelayo?

¿Cómo creer que éste se habia fugado de África?

El wali concibió una sospecha terrible.

Sabía por don Pelayo que habia ido con la intencion de cazar á las dos terribles fieras que eran el terror de la comarca.

Tarik no pudo soportar mucho tiempo esta duda.

Estimaba en gran manera á don Pelayo.

Cabalgó al frente de algunos de sus más bravos servidores, y tomó el camino de la fuente, á la que llegó á punto que el sol salía.

Un espectáculo terrible se presentó á sus ojos.

El leon y la leona aparecian muertos el uno al lado del otro.

El leon conservaba en el pecho el hierro de la pica, con un pedazo de astil roto.

La otra parte se veía junto á él, profundamente clavada por el regaton en el suelo.

Quedaban los vestigios de una potente lucha, de una bravura inmensa por parte de don Pelayo.



Pero ¿qué había sido de él?

Se ignoraba.

La ignorancia de su suerte acongojaba á Tarik, que le estimaba en gran manera.

Los héroes reconocen entre sí, y necesariamente, una especie de fraternidad, aunque se encuentren frente á frente y en guerra abierta.

Tarik emprendió desde el momento la busca de don Pelayo.

Podía suceder muy bien que, vencedor en la lucha, pero peligrosamente herido, se hubiese alejado, y hubiera ido á morir, ó estuviese gravemente postrado, á alguna distancia.

Pero por más que se exploró la montaña, cerca y léjos, no se pudo dar con él.

Tarik se volvió triste y meditabundo á su kasbá de Tánger.

Entró en la mezquita, y oró á Dios por el alma de don Pelayo, si era muerto, ó por su buena ventura, si aún vivía.

## CAPÍTULO XVI.

### DE CÓMO FUÉ PROCLAMADO EL PRIMER REY DE ASTÚRIAS.

Ocho días despues, la galeota *Nuestra Señora de Covadonga* arribaba en la costa francesa, al lugar que hoy se llama San Juan de Luz, y que entónces no era otra cosa que una pesquería.

Al descubrir tierra la embarcacion, dejó ver por tres veces y durante un momento una luz en lo alto de su árbol de proa.

Poco despues, en la costa, aún distante, lució una fogata, que permaneció ardiendo.

No habia, pues, temor de ninguna especie.

Aquella fogata ardia en la tierra de los francos.

La *Nuestra Señora de Covadonga* habia hecho rumbo hácia élla, y habia llegado en muy poco tiempo con un viento fresco y favorable.

Una sombra blanca aparecia sobre una roca de

poca altura, unida á tierra, y sobre aquella roca, que hundia sus piés en el mar, habia una blanca figura que se recortaba sobre la claridad de la hoguera que habia servido de señal.

Aquella sombra blanca y esbelta era María.

Alrededor de la hoguera se veian otras muchas más oscuras.

Eran pescadores y montañeses asturianos.

Los unos tenian el traje de su profesion, los otros estaban armados con picas y ballestas y armaduras rudas.

Á poca distancia de María, á su espalda, se veia, apoyado en una fuerte pica, un hombre erguido, gallardo, bien armado, con reluciente casco en la cabeza, cubierto con una clámide roja.

Aquel hombre, que tenía todo el aspecto de un caballero, aparecia inmóvil como una estatua.

Antes de que el esquife de *Nuestra Señora de Covadonga* embistiese en la pequeña playa de la caleta que se abria entre las rocas, María y el caballero de que acabamos de hablar acudieron á la playa, llegando al mismo lugar donde rompia la ola.

Embistió el esquife y saltaron con impaciencia en tierra, primero don Pelayo y luégo don Rodrigo, despues Ernesto y algunos de los tripulantes.

Los otros volvieron con el esquife al barco.

Los tripulantes que habian saltado á tierra, y que llegaban al número de doce, estaban fuerte-

mente cubiertos con lorigas, capacetes, fajas de acero en el pecho, en la cintura y sobre los hombros, y mantos azules.

Llevaban escudos y picas, y al costado izquierdo una espada, al derecho un hacha de armas.

Eran indudablemente, á juzgar por su tipo, por su estatura, por lo bronceado y enérgico de sus semblantes, francos del Mediodía.

Eran de los que llevaba á bordo para los casos de combate Ernesto, gente dura y probada en lides.

Los asturianos armados que aparecían alrededor de la hoguera, y que bajaron también á la lengua del agua, parecían ser también en número de ciento.

Unos cincuenta pescadores, entre ellos algunas mujeres, los habían seguido.

Así ellos como ellas estaban también armados, unos con picas, otros con ballestas.

Por allí no andaban los árabes.

Pero había grandes cuadrillas de aventureros, que habían quedado de las pasadas guerras, que merodeaban sobre el país, y contra los cuales era necesario vivir prevenidos.

Don Rodrigo se arrojó en los brazos de María.

Don Pelayo, estremecido de emoción, se inclinó ante ella.

De los brazos de María vino don Rodrigo á arrojarle en los brazos del caballero que, como ya hemos dicho, había aparecido á espaldas de

María en la roca, y tras élla habia bajado á la playa.

Aquel mancebo, que apénas contaria veinte años, era Evrardo, el paje real, el paje de lanza de don Rodrigo, del cual le habia separado la derrota de Guadalete.

Evrardo conservaba las mismas lucientes armas, la misma clámide roja orlada de oro y su cruz de oro sobre el pecho que habian vestido los pajes de armas del rey en la batalla del Guadalete, como una especie de guardia de honor que en torno del rey en Guadalete habia bravamente peleado.

Por un momento no se dijo ni una sola palabra.

La emocion lo dominaba todo.

Los caballeros asturianos y los pescadores francos rodeaban, conmovidos tambien, el grupo formado por María, don Rodrigo, Pelayo, Evrardo y Ernesto.

Este último aparecia tambien fuerte y lucientemente armado.

Hubiérase dicho que aquella era una pequeña descubierta de un ejército que adelantaba al encuentro de sus caudillos.

Aquellos cincuenta hombres, escogidos en tierras de Asturias por María entre los más nobles de los solariegos y al mismo tiempo los más bravos, habian sabido por María que iban á recibir al rey y á don Pelayo cerca de las tierras de España.

Pero María les habia hecho jurar que guarda-

rian un profundo secreto respecto á la existencia de don Rodrigo.

Éste, ántes de partir para África, habia prescrito este secreto á su hija.

Allá, tras el monte que se alzaba á la izquierda junto á las márgenes del Bidasoa, ya en tierras de Astúrias, habia un pequeño ejército de cuatro mil infantes, ballesteros, honderos y piqueros, y mil caballeros de lanza y adarga.

Éste era el primer ejército de la reconquista, reunido no sabemos con cuánto peligro, cuánta solicitud y cuánto trabajo por María.

El Pirineo estaba libre de árabes, así como gran parte de la costa de Cantabria.

Pero en la montaña asturiana habia acá y allá, á la lengua del agua, sobre las rocas, en las alturas, en las gargantas de los montes, sobre los desfiladeros, fortalezas árabes, en las cuales se vigilaba dia y noche, en la prevision de una entrada de los cristianos francos.

Ya alguna vez éstos habian intentado acometidas, y habian sido rechazados.

Cierto es que estas excursiones se habian hecho por aquellos mismos aventureros que eran muy semejantes á las Compañías Blancas que algunos siglos adelante infestaban como bandidos la tierra de Francia, y que Beltran Duguesclin reunió para llevarlas contra el rey don Pedro el Cruel de Castilla y su aliado el Príncipe Negro.

Más que la restauracion en las tierras de Espa-

ña, los había llevado el cebo del botín, y faltándoles, por consecuencia, el valor del heroísmo, y cortos además en número, habían sido fácilmente rechazados.

Pero ellos, con sus agresiones, habían determinado una cuidadosa vigilancia de parte de los árabes en la frontera.

Por consecuencia, se hacía difícil y arriesgada la marcha del ejército asturiano por aquellas gargantas, por aquellos desfiladeros, defendidos por torres, atalayas y fortalezas enemigas.

Habíase determinado por esto, y conveniéndose ántes de que partiese don Rodrigo para África, que el desembarco se haría en tierra de Francia.

Los cincuenta caballeros asturianos, así como Evrardo, conocían demasiado á don Rodrigo.

Éste no había tomado precaución de ninguna especie para desembarcar.

Llevaba el rostro descubierto.

Al verle los cincuenta caballeros, aunque sabían bien por María que existía don Rodrigo, que había ido á África por don Pelayo y que de África con don Pelayo debía volver, se arrojaron á sus piés, conmovidos.

El rey iba vestido de una manera humilde.

Llevaba un casco de cuero y una clámide parda, oscura, sobre la loriga.

Sin embargo, por su semblante, por su luenga barba rubia de un fuerte color de oro, y ya entrecana, le habían reconocido aquellos bravos caba-

llos, entre los cuales se contaban algunos magnetes.

El rey les mandó alzarse.

Luégo les dijo :

—Yo he querido, mis buenos amigos y compañeros, que vosotros sepais que el que fué vuestro rey existe aún, y entre vosotros viene para morir por su patria, y alcanzar de esta manera el perdón de Dios, que tanto há menester por sus pasadas torpezas, que han servido de pretexto á traiciones, por las cuales nuestra noble patria ha venido á la esclavitud en que la vemos, y de que es preciso libertarla. Pero yo sólo para vosotros existo: un cumplido capuz ocultará en adelante mi rostro; yo quiero llamarme desde ahora el Caballero sin nombre; yo no le tengo; mi nombre pereció en Guadalete; en la vergüenza de la derrota.

—Señor,—exclamó Edgario de Santurces, tomando la palabra en nombre de todos,—Dios da la victoria ó la derrota, y ni nos debemos ensoberbecer por la una, ni humillarnos en demasía por la otra, si como buenos hemos combatido y sólo la voluntad de Dios ha causado nuestro vencimiento. Vos siempre sereis nuestro rey, y os reiteramos el pleito-homenaje que en tiempos más prósperos os rendimos.

Calló Edgario, y sucedieron algunos momentos de silencio.

Estaban atentos todos á ver lo que don Rodrigo contestaba.



Después de aquel breve silencio, don Rodrigo dijo:

—Noble y leal Edgario, y vosotros todos, parientes, amigos y compañeros, oid: yo temería que mis desventuras continuasen siendo la desventura de la patria, y que por el solo hecho de ir yo á vuestro frente contra el odiado enemigo, Dios os negase la victoria. Os lo repito: vuestro rey y señor natural murió en Guadalete: el que ahora lucha con vosotros es un pecador arrepentido, un godo deshonorado, que viene á buscar su perdón y su honra combatiendo encubierto entre los más humildes de los campeones de Cristo.

—¿Y por qué traernos las dificultades de la elección de rey?—replicó Edgario;—que la ambición alienta, señor, aún en los que están sometidos á una dura fortuna bajo la mano impía de la desgracia; y ¡ay de nosotros si entre nosotros se despertasen las rivalidades y la envidia! Nosotros, los prohombres, los príncipes godos, os dimos no ha mucho la corona: de cobardía y de imprudencia no se os puede tachar; y en cuanto á pecado, señor, ¿quién no los ha cometido? Alzad la frente, mostradla coronada, y á nuestra cabeza id; que así se ahorran muchas dificultades y se evitan muchos peligros.

—Yo os agradezco, duque Edgario,—dijo don Rodrigo,—la lealtad y el amor que me mostrais en nombre de vosotros los prohombres y príncipes de España, y esto es ya para mí un consuelo y

como un principio de perdon; pero, sabedlo: yo he hecho voto á Dios Nuestro Señor y á su santa madre Nuestra Señora de Covadonga de no ceñir más la corona y de no usar más de mi nombre; de venir á buscaros y de pelear con vosotros encubierto hasta morir por la patria; á esta resolucion no habrá poder que me arranque, ni dejaré de cumplir mi voto aunque de él me absolviesen todos los obispos del mundo. En cuanto á lo que decis, duque Edgario, de que la eleccion de rey podria traer querellas, envidias y enemistades entre vosotros, porque todos os creyéseis, los prohombres y próceres, dignos de tal honra en los grandes momentos de la restauracion de la patria, yo voy á hacer imposibles esas querellas, proponiéndoos el que ha de ser nuestro rey, y mandándoos, si es que para ello me concedeis autoridad, elijais, acateis y presteis pleito homenaje como á vuestro rey y señor á mi sobrino el príncipe don Pelayo; y creed que si así lo hiciéreis tendreis mi amor y mi bendicion, si es que alguna tengo y puedo daros; y de no, que sobre vosotros caiga la maldicion que merecereis si ante la patria perdida dais lugar á otra ambicion que á la de morir por élla.

—¡ Ah, señor! —exclamó Edgario, —que de tal manera habeis adivinado el deseo de los buenos y los leales, y yo creo que todos los aquí presentes y los que allá se han quedado lo son, que pensado teníamos elegir por nuestro rey al príncipe don

Pelayo; y en muestra de la verdad de mi palabra, yo tengo la honra y la ventura de proclamarle.

Y tirando de su espada, movimiento en que le imitaron todos los otros, exclamó:

—¡Salud á don Pelayo, rey de España!

—¡Salud!—gritaron todos.

Y acto continuo Edgario tomó un escudo de uno de los soldados francos, y poniéndole en tierra rogó á don Pelayo se pusiese sobre él.

—Antes de alzarme sobre el escudo,—dijo don Pelayo,—debo advertiros que yo no he ambicionado jamás la corona, y que si cuando me la dais no opongo una resistencia invencible, es á causa de que, durante la travesía, el noble rey don Rodrigo me ha esforzado de tal manera sus razones, y de tal manera me ha convencido de que no puede, ni debe, ni quiere continuar ciñendo la corona, que yo, vencido al fin, le he jurado aceptarla si vosotros, príncipes, prohombres y próceres me la dábais; para combatir hasta morir al frente de vosotros la acepto, mis nobles hermanos; igual seré á vosotros; para mí sereis tanto en el consejo como en el peligro, y quiero, si he de ser vuestro rey, que nunca jamás ley se ordene ni se promulgue sin que en concilio de prelados y próceres, por mí presidido, se trate y se debata y se concluya; que no quiero yo ser el rey que mande solo y cargar yo solo con la grave empresa que para mí sin vuestra ayuda sería de imposible vencimiento. ¿Jurais, pues, venir en lo que yo os propongo y

cumplirlo? Si lo jurais, la corona que me dais acepto; pero si no lo jurais, elegid otro que sobre sí tome el grave empeño que yo con vosotros quiero compartir.

—Lo juramos,—gritaron todos cruzando las espadas.

Entónces don Pelayo se puso sobre el escudo.

Pero ántes de que Edgario y tres de los más ilustres magnates que allí se encontraban le alzaran sobre los hombros, don Pelayo dijo:

—No me proclaméis rey de España; que extraño sería y jactancioso el proclamarme rey de un imperio perdido, que sabe Dios cuánto tiempo, cuánto heroísmo y cuánta sangre costará reconquistar. Pero tenemos en Astúrias un peñon sagrado, que es nuestro, una cueva misteriosa, que será nuestro alcázar; proclamadme rey de Astúrias, puesto que en Astúrias tenemos el peñon de Nuestra Señora de Covadonga, donde poner los piés.

Entónces Edgario y sus otros tres compañeros levantaron en el ancho escudo á don Pelayo hasta elevarlo por encima de sus hombros, y el duque Edgario gritó:

—¡Salud á don Pelayo, rey de Astúrias!

—¡Salud á nuestro señor don Pelayo, rey de Astúrias!—gritaron todos, blandiendo sus espadas.

Y este grito se repitió por tres veces y le repitieron los ecos de la montaña.

María lloraba.

Alentaba una ardiente fe.

Para élla ya habia patria.

Aquella patria estaba reducida á los estrechos límites del peñon de Covadonga, que tan sagrado debia hacerse para los españoles.

Cuando bajaron el escudo, dejando en tierra á don Pelayo, se vió junto á él un hombre inmóvil.

Aquel hombre tenía una espada desnuda en la mano.

Pero su semblante habia desaparecido.

Le cubria un luengo capuz, á traves de cuyas aberturas brillaban sus ojos de una manera extraña, pero noble y brava.

Sobre el capuz se veia un fuerte casco de cuero redoblado.

La figura era sombría.

Tenía algo de sobrenatural, algo que parecia del otro mundo.

En efecto, el rey don Rodrigo habia desaparecido, y sólo quedaba en su lugar el Caballero sin nombre.

Aquellos cincuenta, entre los cuales se contaban prelados, príncipes, próceres y caballeros, debian guardar su secreto, así como los buenos pescadores francos.

En estos momentos solemnes llegó el esquife, cargado de hombres armados.

Cuarenta saltaron en tierra.

—¡Sus!—dijo á su piloto el capitán Ernesto,—volveos al barco; zarpad; haceos á la mar; tomad

rumbo á las playas de Astúrias, y estad atentos durante la noche, y cuando veais tres llamaradas en la costa, y despues de éllas una hoguera que permanezca, llegad.

Y el piloto volvió al esquife, que tomó la vuelta de afuera en demanda del barco.

Á seguida, recomendando á los pescadores francos el secreto de lo que allí habia sucedido, todos se pusieron en marcha.

Llegaron á la frontera, la atravesaron, y entraron en tierra de España.

María se arrodilló.

Besó la tierra, y luégo, alzándose y levantando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Señor, Señor, hénos aquí sobre la tierra bendita de la patria! ¡Préstanos tu poder invencible, pues de otro modo no alcanzaremos la victoria!

## CAPÍTULO XVII.

DE CÓMO EL REY DON PELAYO SE PUSO AL FRENTE  
DE LA PRIMERA HUESTE DE LA RECONQUISTA DE  
ESPAÑA.

Atravesaron un valle, otro valle:  
Doblaron sucesivamente las estribaciones de  
tres montes.

De improviso, una voz juvenil, pero robusta y  
brava, gritó desde lo alto de unas breñas:

—¡Ah de los que llegan! ¡deteneos! ¡quiénes  
sois?

—¡Ah! ¡mi hijo!—exclamó conmovido don Pe-  
layo.

En efecto, el que habia dejado oír aquella voz  
era don Favila, ya príncipe por la eleccion de su  
padre.

—¡El rey!—gritó el duque Edgario;—el rey, y  
los prelados y próceres que á recibir al rey han  
ido.

—¿Y quién es el rey?—preguntó don Favila.

—Vuestro padre don Pelayo,—contestó el duque Edgario.

—¡Oh, padre, padre!—exclamó el joven.

Y se le sintió descender á la carrera.

La noche era lóbrega.

—¿Dónde estais, padre?—exclamó don Favila al llegar á ellos.

Estaba muy cerca de don Pelayo, y éste se arrojó en sus brazos.

Le besó en la boca, y luégo le dijo:

—Vamos, hijo mio, vamos adonde nuestra reducida hueste nos espera; no reposemos: en este momento empieza nuestra gloriosa guerra por la patria.

—¡Oh, padre mio!—exclamó don Favila;—en el momento en que vos os poneis á nuestra cabeza para llevarnos al combate, la patria está salvada. Seguidme; nos esperan cuatro mil bravos montañeses, dispuestos á todo.

Los cincuenta que habian seguido á don Pelayo llegaron entónces adonde estaban el padre y el hijo.

—Mi hijo don Favila,—exclamó don Pelayo.

—¡El príncipe don Favila!—dijo una voz ronca.

Aquella voz era la de don Rodrigo.

Un sordo murmullo de afecto se dejó oír.

Los que habian ido con don Pelayo conocian todos á don Favila.

Le saludaron.



Él los conocía á todos por la voz.

Ya hemos dicho que la noche era densamente oscura.

—Seguidme, seguidme todos,—dijo don Favila;—no habremos andado mucho sin encontrar á nuestra gente.

Y rompió adelante con su padre.

Adelantaba don Favila sin apartarse de la marina.

Estaban en el país vasco.

En lo que ahora es Guipuzcoa, y necesitaban hacer un buen trayecto para llegar á Astúrias.

Don Favila, don Pelayo y los que le seguian vencieron la estribacion de un monte que se hundia en la mar.

Aparecia ésta negra como un abismo.

Se confundia con el cielo, que representaba otro abismo superior.

Pero se oia el formidable estruendo de las olas, que rompian en la ribera.

Allá á lo léjos, muy léjos, en la mar, se veia un pequeño punto rojo y luminoso.

Era la luz que llevaba á popa la galeota *Nuestra Señora de Covadonga*, que se alejaba, despues de haber dejado en tierra de cristianos á los primeros restauradores de España.

Bajaban por un valle, á cuyo fondo se veian acá y allá hogueras encendidas.

Aquellas hogueras estaban aún distantes.

Parecian aún pequeñas luminarias.

Á medida que avanzaba don Favila, iba recogiendo pequeños grupos de cuatro á seis hombres, que estaban escalonados de distancia en distancia.

Aquéllas eran las avanguardas, ó, como se diría hoy, las avanzadas del pequeño ejército con el cual don Favila, avisado á tiempo, habia esperado á su padre.

—Señor,—dijo don Favila á su padre,—¿por qué me ha llamado príncipe ese de la voz ronca, que, aunque la noche está oscura y no he podido verle bien, me parece que viene encapuchado?

—Porque me han elegido rey,—respondió don Pelayo.

—¡Rey!

—Sí, rey.

—¿Pues como así, señor, cuando en el encapuchado de la voz ronca, á pesar de que me ha parecido que de intento ha alterado la voz, he creído reconocer...

—¿Á quién?—dijo don Pelayo.

—Al rey don Rodrigo.

—Silencio, Favila, hijo mio,—dijo don Pelayo;—sí; es verdad, ese encapuchado que te ha llamado príncipe es el desventurado rey don Rodrigo. Pero olvídale; él viene encubierto á morir por la patria, á lavar la mancha de su vencimiento en Guadalete. Ha hecho voto de pelear encubierto, y no se llama ni quiere llamarse mas que el Caballero Sin Nombre.

—Es verdad,—dijo con acento profundo don Favila;—el rey don Rodrigo murió en Guadalete: huyó: un rey que huye muere para la fama y para la gloria; es un rey muerto: yo era un niño; yo iba entre sus pajes de lanza, y me avergoncé cuando le ví salirse de la batalla aguijando á su caballo. Tú combatias como un leon, padre, y no te retiraste sino cuando los nuestros, siguiendo el mal ejemplo del rey, se desbandaron. Tú eres ahora rey: te han elegido en vez de ese hombre: tú no darás el mal ejemplo de la fuga á tus soldados.

—¡Oh! ¡Dios me confunda ántes que yo abandone la pelea!—exclamó don Pelayo.

—¡Oh! si tú hubieras sido rey en Guadalete,—exclamó con el entusiasmo del amor filial don Favila,—no hubiéramos sido vencidos.

—¡Yo hubiera sido muerto! Pero respetemos el dolor y la desgracia. ¿Quién sabe lo que en los momentos terribles de vencimiento, cuando todo se ve perdido, pasa por un hombre?

—Un caballero perece, pero no vuelve riendas,—dijo don Favila.

—Las volvimos todos.

—¿Pero cuándo, padre mio? Cuando, rotos nuestros escuadrones por la fuga de don Rodrigo, perdido el estandarte real, caian sobre nosotros los alárabes como una nube de langosta. ¡Oh! ¡al recuerdo de aquel terrible dia, la ira me abrasa el corazon!

—Todos hemos pecado,—dijo don Pelayo:—si no tú, porque aún eres muy joven, nosotros, á lo ménos, los príncipes godos: nos dividimos en bandos, nos debilitamos en luchas intestinas, nos enervamos. Dios nos castigó. Por lo mismo es necesario que ahora redimamos á fuerza de valor y de sacrificios nuestro pecado. Por lo demas, en cuanto al rey don Rodrigo, puesto que le has reconocido, guarda un profundo secreto. Todos le hemos jurado callar su nombre y permitirle que pueda pelear por la patria de incógnito, encubierto. El juramento que todos le hemos prestado, que le ha prestado tu padre, te alcanza á tí.

—Le respetaré, señor; pero ved: llegamos á nuestro campamento.

En aquel punto la voz de un guarda les mandó detenerse.

Reconocidos que fueron, pasaron.

Todos los que componian aquel pequeño ejército estaban alerta.

Los reunia don Favila.

Don Pelayo fué presentado á ellos como rey por los magnates y por los prelados.

Don Pelayo fué aclamado de nuevo con entusiasmo, y desde aquel momento se puso al frente de la hueste, que inmediatamente tomó el camino de Astúrias.

Todos iban á pié.

Los caballos eran un gran lujo, que no habia podido tenerse.

Era necesaria una victoria.

Arrancárselos á los árabes.

El dia de la victoria se acercaba.

Don Pelayo iba resuelto á meterse con su hueste por las tierras ocupadas y fortificadas por los árabes.

Caminaron sin detenerse mas que para tomar un escaso alimento y un pequeño descanso.

Al fin entraron en la tierra sagrada de Astúrias.

## CAPÍTULO XVIII.

---

DE CÓMO DON PELAYO CREÓ EL REINO DE ASTÚRIAS  
VENCIENTO LA PODEROSA HUESTE DEL WALÍ ALCAMA.

Al fin pusieron nuestros héroes la planta en el inmortal peñon de Covadonga.

En la cueva que bajo él se abre, y que le da nombre, María había erigido un pequeño altar, y los obispos le habían consagrado.

Sobre el altar, en un hueco de la cueva, se veía una pequeña y antiquísima imágen gótica de la Santa Virgen Madre de Dios.

Aquella imágen era la misma que se había venerado en el arrasado convento de Nuestra Señora de Covadonga, en el cual se había criado, había crecido y había hecho su noviciado María.

Habíanse encontrado allí tambien los ornamentos, los vasos sagrados, los tesoros, las reliquias y

los escritos de los santos Isidoro, Ildefonso y Julian, que habian salvado de la iglesia de Santa María de Toledo, que habian llevado allí, y que allí habian enterrado en los primeros momentos de la pérdida de España, el arzobispo de Toledo Urbano y algunos otros godos piadosos, como ya dijimos al principio de este libro.

El ejército de don Pelayo se habia aumentado considerablemente, y ya no era posible ocultarlo á los árabes.

Aún no habian empezado los combates, pero ya se habia abierto la campaña.

El reto al invasor se habia lanzado.

El soberbio árabe no podia tardar en sobrevenir.

Don Pelayo se previno.

Aumentó con zanjas y cortaduras, con lo que hoy se llaman trincheras, la fortaleza natural de aquellos sitios, fortaleció las cumbres, dividió entre ellas su gente, cubrió los desfiladeros, lo preparó todo, en fin, para el próximo dia del combate.

María no cesaba, no reposaba.

Iba de acá para allá, previniéndolo todo, animándolo todo.

Con élla habia un gran número de nobles mujeres que habian ido á la hueste de don Pelayo, siguiendo á sus maridos, á sus padres, á sus hermanos y aún á sus hijos.

Las habia niñas aún, y ya ancianas valetudinarias.

Una poblacion entera, un núcleo completo rodeaba á don Pelayo.

Se habian levantado por todas partes rudas barracas de piedra, tierra y ramaje.

En lo alto de la peña una gran barraca ostentaba en su parte superior el lábaro de Cristo.

Aquel era el Capitolio.

Debajo, en la cueva, estaba el templo.

Dios servía de base á la patria.

María comandaba todas aquellas mujeres.

Lo prevenia todo, para que en el dia del combate, éllas, que no podian pelear, auxiliasen á los heridos, diesen agua á los sedientos, fuesen por todas partes la representacion de la familia, de la patria, el aliento de los combatientes.

Se trabajaba sin cesar.

Se acopiaban víveres.

Se fortalecian más y más las defensas.

Se allegaban armas.

Se aumentaba el número de los combatientes con hombres que llegaban sin cesar.

Habia cundido la voz del levantamiento de Astúrias y de la proclamacion de don Pelayo.

Los primeros rumores fueron oidos con desprecio por los árabes.

Pero llegó un dia en que los mendigos de Covadonga, como los llamaban, bajaron de la montaña, hicieron algunas excursiones venturosas y se llevaron á su campo rebaños, víveres, dinero, armas y áun cautivos arrancados de los pequeños



caseríos árabes en que se habian establecido muchas familias despues de la ocupacion de los invasores.

No pudo ménos de llegar la noticia de que en las montañas de Astúrias se habian levantado en guerra abierta y dispuestos á todo, con don Pelayo, algunos solariegos, á los oidos de Munuza.

Munuza era hombre arrojado y capaz de todo.

Pero se encontraba sin fuerzas bastantes para sujetar á los que él llamaba los rebeldes de Covadonga.

Intentó, sin embargo, domeñarlos y envió algunas fuerzas contra ellos.

Pero los capitanes que habia enviado con estas fuerzas eran prácticos y prudentes, y habiendo reconocido la montaña, al ver de qué manera estaba defendida y atajada, se volvieron, dando á Munuza conocimiento de la gravedad del caso.

Munuza envió correos á Córdoba, á que pusiesen en conocimiento del que allí era emir por el califa de Damasco, un Abderraman, un caudillo, que no es el otro Abderraman omniade que algunos años despues fué el primer califa de España, independiente del califato de Damasco.

Abderraman envió á uno de los más renombrados de los capitanes árabes, que era maestro del ejército, cargo semejante á lo que ántes se llamaba maestro de campo y hoy se llama mariscal de campo ó general de division.

Este soldado se llamaba Alcama.

Dicen que llevó consigo á la pacificacion de Asturias 60.000 hombres escogidos, de los cuales la mitad eran de á caballo ; ejército formidable que por sí sólo hubiera bastado para realizar una difícil conquista.

Y no eran sólo árabes los que Alcama llevaba en su ejército.

Eran muchos de ellos cristianos renegados, hijos espurios de la patria.

Y para que nada faltase á la desvergüenza y al escándalo, iba asimismo don Opas, hermano del infame Witiza, que tan funesto había sido para España.

Este miserable se llamaba aún arzobispo de Sevilla.

Y le llevaba consigo Alcama creyendo que por el parentesco que tenía con don Pelayo y la antigua amistad que con él le había unido podría por su medio llegarse para con don Pelayo á un acuerdo.

Contaba además Alcama con que don Opas, dado caso de que don Pelayo no quisiera venir á buenos medios, convenciese por su autoridad á los que con él estaban.

Súpose en Covadonga que Alcama venía con un poderoso ejército, por cuya noticia los asturianos que con don Pelayo estaban entraron en pavor, y aquellos que ántes más alardeaban entonces más desalentados aparecian y más infundian el miedo á aquellos en los cuales quedaba aún amor á su Dios y á su patria.

Acordábanse de las crueldades que los árabes habian cometido cuando su invasion en España.

Temian ser tan maltratados como otros lo habian sido y empeorar su situacion , viéndose reducidos á la de los esclavos más miserables.

Decian sin miedo y sin empacho que era una insensatez resistir aquel poderoso ejército que contra ellos venía, cuando veian por sus propios ojos que la mayor parte de los que con ellos estaban se estremecia ya, desanimada por el espanto.

Viendo don Pelayo que la mayor parte de su hueste, en vez de servirle para contrarrestar al enemigo, debia causar la confusion y el tumulto, y enervar á los pocos que estaban resueltos á perecer por la patria , derramó por las cumbres inmediatas aquella gente inútil , y con un puñado de hombres escogidos , que no llegaban á mil se redujo al monte Auseba , que es el que hoy lleva el nombre de Peñon de Covadonga, y se encerró en la cueva que al pié del monte se abre profunda y extensa, y que es la cuna sagrada de la independencia de España.

Allí nació para nosotros esa magnífica edad media que ha creado nuestra nacionalidad , que la ha dado un carácter exclusivo, un carácter heroico, con el cual nada hay de comparable en las historias de otras naciones durante el período de nuestra gloriosa restauracion.

Sobrevino Alcama.

Encontró franco el camino, abandonadas las defensas que ántes se habian hecho, y llegó á la misma entrada de Covadonga, á la profunda y oscura cueva.

Comprendieron que los que allí estaban encerrados y desesperados, aunque fuesen pocos en número, estaban resueltos á todo, ó, tal vez, Alcama no pudo calcular cuál fuera el número de los que en Covadonga estaban encerrados.

Sólo veia lo que podia llamarse su vanguardia, apiñados á la entrada con las armas enhiestas, y, al parecer, decididos á la pelea.

Llamó Alcama al arzobispo don Opas, y le encargó hablase con don Pelayo y le convenciese á fin de que depusiese las armas, aún á trueque de las condiciones más favorables para él y para los suyos.

Don Opas, que iba montado en una mula, caminó hasta la entrada de la cueva y pidió hablar con don Pelayo.

Apareció éste, y habiendo preguntado á don Opas qué queria, don Opas le dijo:

—Ya sabeis, don Pelayo, hasta qué culminante altura llegaron las gentes de nuestra nacion.

—Y bien, ¿qué me quereis decir con eso?—respondió grave y enérgicamente don Pelayo.

—Digoos que por todas las partes del mundo los godos extendimos nuestras armas: arrojamos de España á los romanos, señores de cuanto era conocido sobre la tierra; vencimos bárbaras y fie-

ras naciones; pero, en fin, ensoberbecidos por el triunfo, debilitados por los placeres, hemos llegado á ser vencidos por la gente del África; hemos sido miserable muestra de que las grandezas humanas que más han llegado á las alturas de la gloria con más frecuencia caen en el abismo de de la infamia.

—Concluyamos, don Opas, concluyamos,—dijo conteniéndose mal don Pelayo.

—Si cuando aún—replicó don Opas,—creíamos ciegos y desatentados que teníamos grandes fuerzas y ocupábamos como señores las tierras de España no pudimos defendernos, ¿pretendes tú que esos pocos que en esa cueva como malhechores acobardados están encerrados puedan librarse de un poderoso ejército de ochenta mil hombres que contra vosotros viene?

—Todo eso es poco,—contestó don Pelayo,—polvo, nada, si á los que aquí sustentamos las armas por Dios y por la patria, nos socorre la misericordia de Dios.

—No seais insensatos,—repuso don Opas;—conoced vuestro error y no perdais el buen tiempo en que puede haber para vosotros esperanza. Dejad las armas; no aumenteis las causas del castigo, que será el pago que encontrareis cierto á vuestra locura, si no desistís de élla; pero si os sometéis y seguís el ejemplo de toda España, honras y mercedes tendreis de vosotros no esperadas; de nó, tened por cierto que el Cielo, indig-

nado contra vosotros, que condenais con vuestra resistencia á vuestra patria á mayores quebrantos que los que hoy la afligen, tomará venganza contra vosotros.

—Tú y Witiza,—exclamó airado don Pelayo,—y sus infames hijos, tan infames como vosotros, sois los que debíais temer la justa cólera de los Cielos. No confiéis en que aún todavía os dura el miserable precio de vuestra traicion. Vosotros, infames, sois los que teneis á Dios irritado; por vosotros, nuestros templos están profanados, nuestras antiguas leyes abolidas, nuestras doncellas esclavizadas; la servidumbre, el dolor y la vergüenza por todas partes. Vosotros fuisteis, réprobos, los que con vuestras enemistades, vuestra malicia y vuestra ambicion trajisteis sobre España los bárbaros, que, fieros y crueles, la han domeñado, la han incendiado, la han ensangrentado, la han destruido. Y no creais que el logro de vuestra traicion ha de ser duradero, que Dios vela por los suyos, y aunque los prueba con las adversidades, castigando sus pecados, acaba, al fin, misericordioso, por libertarlos y darles la palma de la victoria. Y tú, tú, don Opas, has sido el más infame de los que han contribuido á la ruina de la patria. ¿Y aún me hablas tú ahora con tal insolencia? ¿Vienes á pedirme á mí y á los honrados y á los valientes que conmigo son humillemos de nuevo las cervices al yugo de la servidumbre? No lo esperes; que preferimos la

muerte á padecer de nuevo las desventuras que hemos sufrido. ¿Con qué honores, con qué premios pretendes estimularnos? Don Opas, ni yo, ni los que conmigo son, creemos que Dios esté sordo para nosotros, ni que deje de ayudarnos, ni que, desesperados de todo, nos veamos obligados á confiar en tus falaces promesas. No: nosotros lo esperamos todo de Dios, y creemos que pronto, muy pronto, encontraremos el premio de nuestro valor y de nuestra constancia. Y si no estamos aún bastantemente castigados, y, por lo tanto, Dios no quiere protegernos, resueltos estamos á preferir aún la muerte á estas vuestras miserables é ignominiosas condiciones.

Quería insistir don Opas.

Pero como viese que allí corría peligro su vida, si muy pronto no se retiraba, volvióse adonde estaba Alcama, y habiendo manifestado que no había manera de rendir á los que encerrados estaban en la cueva, Alcama mando embestirla.

Pero su formidable ejército no aprovechaba.

Por las estrecheces del terreno no podía desplegarse y echar todo su peso sobre la terrible cueva.

Los de adentro despeñaban piedras enormes, que hacían mucho estrago en las huestes de Alcama.

Y dicen algunas crónicas que en este feroz y terrible combate las saetas y las piedras que enviaban á la entrada de la cueva los arqueros y los

honderos árabes, contra el ejército árabe se volían, rebotando en la dura peña, y causaban en él un terrible estrago.

La mortandad de los árabes, por razon de la aspereza y de la estrechura del sitio, por el brio maravilloso que contra ellos desplegaban los desesperados cristianos, era horrible.

Á una taifa diezmada sucedia otra taifa que poco despues de haber embestido tenía que replegarse, para que otra taifa de refresco ocupase su lugar.

Y en medio de este horror, de este tumulto, de esta sangre, entre los alaridos de los que embestian, los ayes de los que sucumbian, habia algo maravilloso, algo que confortaba á los cristianos y que aterraba á los árabes.

Una blanca figura, una figura vaporosa, aérea, que iba de acá para allá, en la tenebrosa entrada de la cueva, animando á los cristianos, sosteniéndolos en la pelea, agitando un estandarte blanco, en el cual campeaba una cruz roja.

Parecia el ángel del combate, sostenido por la fe y por la esperanza.

Y era élla, María, el Ángel de la Patria, la santa mujer que no conocia el peligro, que lo arros-traba, que se multiplicaba, que inspiraba un valor heroico al puñado de valientes que peleaban en Covadonga.

Y no era élla sola.

Un hombre, un encapuchado, el Caballero Sin



Nombre, el incógnito para toda la hueste de don Pelayo, á excepcion de unos pocos, en una palabra, el rey don Rodrigo, avanzaba con los más alentados.

Caía sobre los árabes.

Arrojaba y hacía arrojar á los que le seguian una lluvia de piedras.

Don Pelayo y su hijo don Favila, los prelados y los príncipes godos que allí se hallaban robustecian el avance.

Salian de la cueva á lanzarse sobre los árabes.

Llegó un momento en que, atacados aquéllos, volvieron la espalda, se dieron á la fuga y sembraron el pavor entre las huestes que llenaban la garganta.

Entónces las trompas de don Pelayo dejaron oír el terrible toque de arremetida.

Los mil leones que en la cueva estaban encerrados cayeron sobre los árabes.

Y allá en la profundidad de la rambla se trabó un combate horrible.

Los árabes se habian rehecho.

Pero inútilmente.

El pavor habia cundido entre éellos.

Los más alentados pugnaban por contener á los más tímidos.

María, la noble María, la heroína, siempre con su estandarte, favorecida por Dios, que la hacía invulnerable, avanzaba en las primeras filas de los cristianos.

Y los excitaba, los fortalecía, los embriagaba de entusiasmo con su ejemplo, y cada uno de ellos se centuplicaba y venía á ser un rayo de Dios.

Y un hombre, unido á ella como la sombra al cuerpo, calada siempre la capucha de su ropon hasta cubrirse la barba, dejando ver por las dos aberturas del antifaz la centellante mirada de sus ojos de leon, saltaba espada en mano de breña en breña, tendiendo á sus piés á los que encontraba á su terrible paso.

Y don Pelayo, inmediato á él, era para con los árabes lo que el leon rampante entre el aterrado rebaño de las gacelas; y don Favila, su hijo, y el duque de Cantabria y el santo prelado Urbano y otros magnates, prelados convertidos en otros tantos héroes, lo arrollaban todo.

Y ya la resistencia de los árabes era tan débil que podia bien asegurarse que se habia conseguido la victoria.

Esta victoria era importantísima.

Venía á ser el establecimiento de un reino cristiano, primer núcleo de la restauracion de la patria, alzado frente á los árabes, enriscado en las sagradas montañas de Astúrias, fuerte, terrible, indominable, que debia irse ensanchando lentamente por el valor, por el sufrimiento, por el heroismo.

Las circunstancias eran favorables.

Los caudillos árabes á quienes se habia dado

por el califa de Damasco el gobierno de las diversas provincias de España, subdivididos hasta lo infinito, se habían ensoberbecido, habían empezado á crearse soberanos independientes.

Y no se movían del terreno que ocupaban, por guardársele para sí mismos.

Un poderoso ejército estaba empeñado en una ruda campaña en el Mediodía de la Francia.

Tenía sobre sí á Cárlos Martel y á Eudon, duque de Aquitania.

Los árabes eran en un número exorbitante, cuatrocientos mil.

Pero las dos partes de este número se componían de mujeres, de viejos y de niños.

Habían ido allá, no como ejércitos, sino como tribus, á establecerse sobre un terreno fértil que habían creído de muy fácil conquista.

No pasaban de cien mil los que con Cárlos Martel y el duque de Aquitania resistían la invasión.

Pero estos cien mil eran buenas huestes, viejos soldados, perfectamente armados y pertrechados, y herían como en un débil rebaño en las hordas de los árabes.

Un movimiento de flanco, una hábil maniobra, llevada á cabo por una brava, numerosa y práctica caballería, decidió la batalla de Tolosa, que fué el exterminio y el horror para los árabes.

Esto, pues, como hemos dicho, favorecía á los héroes de Astúrias.

La inaccion y el egoismo de los walíes de España, la derrota de Abderraman en Tolosa, el vencimiento de Alcama en Covadonga, debian ser de tal trascendencia que fuesen necesarias nuevas invasiones de la enemiga África.

Pero allí tambien habia que atender á situaciones difíciles.

Allí tambien los árabes nómadas, que por la salida para España de innumerables huestes se habian sentido aliviados del yugo del califa de Oriente, rebelados á su vez, á su vez ansiosos de independendencia, obligaban el empleo de grandes ejércitos sobre el mismo terreno de África.

El mismo vencedor, quebrantado por sus ambiciones, habia menguado la fuerza de su empuje.

Y esto era providencial para los cristianos.

De otra manera, aquel puñado de héroes de Covadonga no hubiera podido constituir el reino de Oviedo, que más tarde debia ser el reino de Astúrias, que más tarde debia producir el de Leon, que más tarde aún debia ayudar á los catalanes y á los vascos á realizar por la parte del Levante y del Norte la obra de la restauracion.

Pero lo que habia de grande, de inmenso en los de Covadonga era que, aislados entre aquellas peñas, faltos de toda noticia, de toda comunicacion, ignoraban que las circunstancias los ayudaban.

Eran, pues, verdaderos héroes.

SALVADOR SANCHEZ RUBIO 13

Carretas 31, Libreria

MADRID

Se lanzaban contra un enemigo formidable, desesperados, resueltos á todo, sin otra ayuda que la fuerza de su corazon y la esperanza de su fe.

Descendian, luchaban, hendian por entre los árabes.

María iba siempre delante de los primeros.

Don Rodrigo iba siempre al lado de María.

Parecia como que le unia á élla una fatalidad.

Su hacha, completamente roja, destilaba sangre por el mango.

Parecia como que en aquellos momentos supremos queria expiar, sólo por ante Dios, encubierto, sin nombre, sin fama, el pecado de su impureza, ó su desgracia ó su cobardía de Guadalete.

No era un hombre el que de tal manera se lanzaba entre las apiñadas masas de los enemigos.

Era un pecador, un convertido, que buscaba ansioso la muerte, como expiacion de su culpa.

—¡Oh!—exclamó al fin, viendo que por más que se lanzaba en lo más terrible del peligro, las piedras, las saetas, las espadas no le dañaban, como si no hubiera tenido cuerpo ó como si aquellas armas no hubiesen podido herir,—Dios no me ha perdonado aún; Dios quiere que aún dure mi vergüenza y mi martirio.

Y como si Dios le hubiera oido, en aquel momento acreció el tumulto de los árabes.

El valiente Alcama, que era un caballero sin miedo y sin tacha, un viejo leon de la batalla, habia hecho un prodigioso esfuerzo.

Habia logrado agrupar la flor de su huéste, y, jinete en un caballo negro como la noche, cargaba sobre los cristianos con la rabia del valor contrariado.

Don Rodrigo vió á Alcama.

Reconoció en él al caudillo enemigo.

Vió en él la decision de la victoria.

Los cristianos habian sido contenidos.

Habian recejado ante el ímpetu de los jinetes comandados por el mismo Alcama.

El blanco estandarte de María, cortado por una saeta, habia caido por tierra.

Don Pelayo, cuidadoso por la noble jóven, la habia asido por la cintura y la habia llevado consigo.

El combate era horrible, trabado de una manera espantosa.

Don Rodrigo, solo, no habia retrocedido.

Parecia como que un destino terrible le impedía hacer un solo paso atras.

Él continuaba formidable, incansable, feroz.

Pero era un hombre á pié.

Estaba fatigado.

En vano su hacha habia caido sobre el primer caballo que á él se habia aproximado.

Un segundo, un tercero, un cuarto caballo habian venido sobre él, sin darle tiempo para herir.

Á duras penas, esquivándose, habia logrado no ser atropellado.

De improviso se encontró frente á frente de Alcama.

El terrible árabe blandía un yatagan corvo y ancho, de una longitud enorme y de un peso tal que no parecía sino que aquella terrible cuchilla se habia fabricado para un gigante.

Don Rodrigo levantó su hacha á dos manos.

Partió del golpe el frontal y el cráneo del caballo de Alcama.

Cayó el bruto.

Pero, al caer, desembarazándose Alcama de los estribos, esquivó el cuerpo del caballo y quedó delante de don Rodrigo blandiendo su terrible arma.

Los jinetes habian pasado.

Se revolvian más arriba, luchando con los cristianos.

Alcama y don Rodrigo estaban solos en lo que podia haberse llamado un claro de la batalla.

Alcama sintió un no sé qué de extraño á la vista de aquel guerrero encapuchado.

Habia un no sé qué de fatídico, de terrible en don Rodrigo.

La supersticiosa imaginacion del árabe le representó en él un fantasma.

—¡Oh! ¿quién eres tú,—exclamó,—que á mí te presentas como el genio que augura la derrota?

—Yo soy la muerte,—exclamó don Rodrigo haciendo girar en un movimiento rápido su hacha sobre su cabeza y dejándola ir sobre Alcama.

Pero Alcama era indómito y terrible.

Vió el golpe y le esquivó de un salto.

Don Rodrigo se habia lanzado entero en aquel golpe, y al resultar éste en vago vaciló, y aunque no cayó por completo quedó sobre las rodillas.

Alcama se lanzó sobre él, en alto á su vez y á dos manos su terrible yatagan.

Don Rodrigo opuso al golpe el astil de su hacha, que á pesar de ser de acero templado se rompió.

Alcama vaciló tambien y cayó por la fuerza del empuje.

Un momento despues, desarmados ambos de su yatagan y de su hacha, porque don Rodrigo habia perdido la suya y el otro se habia roto por la violencia del golpe, se arremetieron, se abrazaron y empezaron una lucha terrible.

Todo esto fué rápido, instantáneo.

Los que estaban alrededor arremetieron por la vertiente.

Estaban ocupados con los cristianos que se les oponian.

Cada cual cuidaba de su persona.

Era uno de esos supremos momentos en que se deciden las grandes batallas.

Parecia que un poder sobrenatural, terrible, ayudaba á don Rodrigo.

Arrolló á Alcama.

Le dominó.



Le puso una rodilla sobre el robusto pecho y desnudó su puñal.

Alcama, desesperado, tendió los brazos y arrolló el capuz de don Rodrigo.

En aquel momento un hombre que venía herido, que caía despeñado por las quebraduras, fué contenido por el grupo que formaban don Rodrigo y Alcama.

—¡Ah!—exclamó al ver á don Rodrigo;—¿eres tú, tú?

Don Rodrigo, que tenía sujeto por la garganta con una mano terrible á Alcama, le hirió de una sola puñalada, pero concluyente, por la descotadura de la coraza, y se volvió á mirar al que acababa de hablarle.

Era el traidor don Opas, hermano de Witiza.

—¡Ah!—exclamó don Rodrigo;—sí, yo soy; yo, que con la muerte del caudillo árabe he decidido la victoria por nuestros hermanos; yo, que puedo ya esperar el perdon de Dios, puesto que Dios me permite exterminarte, traidor.

Y lanzándose sobre don Opas, que como hemos dicho venía ya mal herido, le degolló de una puñalada.

En aquel momento, rehechos los cristianos, arrollaban á los jinetes árabes.

La noticia de la muerte de Alcama empezaba á cundir.

El pavor entre los árabes se determinó y huyeron ya decididamente.

En aquel punto don Rodrigo, que habia parecido como invulnerable durante lo más trabado de la pelea, fué alcanzado por una jara, no de los árabes, sino de los mismos arqueros asturianos, que tras los árabes caian como lobos hambrientos.

—¡Ah!—exclamó don Rodrigo al sentirse herido de muerte;—¡gracias, Dios mio! ¡tú me has perdonado; tú me has permitido decidir la victoria de los que por tí y por la patria pelean, y verter la sangre del traidor infame que vendió á España! ¡Yo muero contento y te bendigo, Señor!

—¡Oh! ¿qué decís?—exclamó una voz aterrada junto á don Rodrigo.

Era María.

—¡Hija, hija de mi alma!—exclamó el rey moribundo;—ya lo ves, muero por la patria, muero confiando en el perdon y en la misericordia de Dios; muero bendecido porque muero en tus brazos. Cubre, cubre mi semblante, hija mia; que nadie reconozca en mi cadáver el desventurado rey don Rodrigo; que nada me salve de la vergüenza que merecí cuando abandoné cobardemente mi hueste en Guadalete. ¡Ah! ¡sí! ¡sí! ¡no fué que mi caballo mordió el freno! ¡fué que tuve miedo! Cuando se muere por la vergüenza, se ha muerto para no volver á resucitar.

—¡Oh, padre, padre de mi alma!—exclamó María.

—Cubre, cubre mi semblante,—exclamó don

Rodrigo con la voz apenas inteligible;—que nadie le descubra; que se entierre desconocido al Caballero Sin Nombre.

Se desplomó en los brazos de su hija.

Un momento despues habia muerto.

María le besó en la frente.

Le cubrió la cabeza con el capuz y quedó á su lado de rodillas.

La batalla habia terminado; allá á lo léjos en las profundidades de la montaña, se oia el alarido de victoria de los cristianos, que mataban ó cautivaban á los árabes despavoridos.

Dicen las crónicas que treinta mil quedaron por tierra.

Que quince mil fueron hechos cautivos, y que los quince mil restantes se salvaron huyendo á la desbandada, llevando el pavor á Gijon y á las otras tierras circunvecinas ocupadas por los árabes.

## CAPÍTULO XIX.

---

EN QUE SE VE LA TERRIBLE SITUACION DE ESPÍRITU  
EN QUE DON PELAYO Y MARÍA SE ENCONTRABAN Y  
HASTA DÓNDE LLEGABA LA FE DE MARÍA.

Túvose por un gran milagro de Nuestra Señora de Covadonga el que en esta batalla no muriese ningun cristiano, habiendo sido tan enorme la pérdida de los árabes, puesto que la mitad de su ejército habia sido muerto.

Hay que atenernos á lo que dicen las crónicas de aquel tiempo.

Sin duda lo asperísimo del terreno fué la causa de la fácil y poco costosa victoria de los cristianos y de que, si perdieron alguna gente, debió ser muy poca.

Enterróse á don Rogrigo con el secreto que él habia encomendado á su hija, cubierto con sus

armas, envuelto en su ropon, calado el capuz, al pié de entrada de la gruta.

Se le hicieron los honores militares.

¿Qué importaba quién fuese?

Los pocos que le conocian guardaban el secreto.

Si se le honraba era á causa del heroico valor que habia mostrado en la batalla y haber dado muerte á Alcama, decidiendo de esta manera la victoria.

En cuanto al cadáver de don Opas, los irritados cristianos le apedrearon y le dejaron allá, en lo profundo de la rambla, para que sirviese de pasto á los cuervos.

Don Pelayo no reposó en la victoria.

Marchó con su hueste sobre Oviedo.

Entró en la ciudad, degollando la escasa guarnicion de árabes que encontró en élla, y de élla hizo la cabeza de su pequeño reino.

Otros dicen que la corte de don Pelayo fué Gijon.

Y aunque esto no está bien averiguado, todas las probabilidades son de que la corte fué Oviedo.

Á la fama de la victoria acudieron multitud de gentes, que engrosaron de una manera considerable el ejército de don Pelayo.

Una vez asentada la corte en Oviedo, restauradas las antiguas leyes, restablecidas al punto las iglesias, dejando allí en guarda una parte de su gente, don Pelayo marchó sobre Gijon.

Munuza habia salido á su encuentro.

Pero inútilmente.

Alentados los cristianos por la victoria de Covadonga, superiores en número al ejército de Munuza, le arrollaron con facilidad y le encerraron en la ciudad.

Don Pelayo estableció el cerco por la parte de tierra.

Pero no tenía buques para completarle por la parte del mar, en tanto que Munuza poseía algunos bajeles, que le servían para ir á buscar víveres y gente.

El cerco, por lo tanto, amenazaba ser largo, si se tenía en cuenta lo fuerte de la ciudad.

Como don Pelayo tenía en poder de Munuza, y como en rehenes, á su hermana y á su hija, no se atrevía á apretar en gran manera el cerco, á combatir enérgicamente á la ciudad, temeroso de que el bárbaro Munuza sacrificase aquellas dos prendas de su alma.

Munuza se prevalía de esto, y á cada paso hacía proposiciones envueltas en amenazas de sacrificar á Ormesinda y á Gisberga.

Don Pelayo tenía no ménos temple de alma que el que tuvo más adelante el heroico alcaide de Tarifa, Guzman el Bueno.

La situacion estaba invertida.

Don Pelayo sitiaba.

Guzman el Bueno fué sitiado.

Pero la situacion, la misma y aún más terrible.

Porque si á Guzman el Bueno se le amenazaba con inmolarse á su hijo, de pocos meses, se le amenazaba á don Pelayo con sacrificar una hija ya crecida, una hermosa doncella, y á su hermana Ormesinda.

Don Pelayo contestaba, con una firmeza no ménos heroica que la que tuvo Guzman el Bueno, que aunque Munuza tuviese en su poder, además de su hija y de su hermana, á su madre, y á su padre, y á su esposa, si vivieran, él no dejaría de combatir á Gijon hasta rendirla, aunque tuviese que ver sobre la muralla las cabezas cercenadas de toda su familia.

Pero Dios no quería que Ormesinda y Gisberga fuesen sacrificadas.

Salvó al héroe de aquella horrible amargura.

Las amenazas de Munuza eran de todo punto vanas.

No pasaban de ser amenazas.

Amaba de tal manera Munuza á Ormesinda que poco era Gijon, hubiera perdido la vida ántes que atentar á la de la mujer que le enloquecía.

Este amor de Munuza por Ormesinda protegía á Gisberga.

Por nada del mundo hubiera hecho derramar una lágrima á Ormesinda, y ésta amaba tiernamente á su sobrina.

Don Pelayo no vivía, no alentaba.

Sufría de una manera horrible.

Habia sacrificado á la patria sus más tiernos afectos.

Sitiaba y combatía una ciudad dentro de la cual se encontraban su hermana y su hija.

Buscaba en vano un medio para libertarlas.

¿Cómo penetrar en una ciudad cuidadosamente guardada?

¿Cómo llegar hasta el alcázar de Munuza, y sacar de allí y traer al campo de don Pelayo á Ormesinda y á Gisberga?

Desesperado, don Pelayo empalidecía.

Dejaba ver harto claro en su tristeza la desesperacion que le roía el alma.

María continuaba en la hueste.

Era siempre el ángel que excitaba, mantenía en la fe y en el heroísmo por la patria á las gentes que seguían el estandarte de don Pelayo.

Gaudiosa, mujer de éste, había muerto algunos años ántes.

Entre tanto, don Pelayo, por su viudez, no se había defendido del amor que le había inspirado María.

Este amor había crecido hasta convertirse en un delirio.

María sufría infinitamente más que don Pelayo.

Le amaba con toda su alma.

Pero élla no podía ser feliz.

Élla había ofrecido en holocausto á su patria su desgracia, y debía además ser el ángel de redencion de las culpas de su padre.



Por otra parte, aunque no habia profesado, porque en el momento de ir á pronunciar los votos irrevocables la terrible noticia de la entrada de los árabes en Astúrias habia suspendido la ceremonia, élla la habia dado por terminada.

Élla era en el fondo de su alma, en su conciencia, con toda su fe, la esposa del Señor.

Élla no podia romper aquellos votos que habia pronunciado su alma.

Al mismo tiempo no podia dejar de amar á don Pelayo, por más que aquel amor la espantase, por más que le combatiese con toda su fuerza de voluntad.

Su alma triste, anhelante, sin esperanza, se volvia, á despecho suyo, enamorada hácia don Pelayo.

Evitaba ponerse delante de él, porque á despecho suyo la agitacion que de élla se apoderaba, sus ojos, su mirada, todo descubria su amor, todo lo revelaba á don Pelayo.

Y era frecuente se encontrasen don Pelayo y María.

María no podia abandonar á los enfermos que en la hueste habia.

María, que conocia cuál era su prestigio, no podia dejar de animar á aquellos soldados nuevos aún, gran parte de los cuales habian combatido en Covadonga.

La victoria no estaba tan asegurada como era necesario lo estuviese.

Una derrota podria deshacer en un punto lo que en fuerza de tanta constancia, de tanto valor y de tanto heroismo se habia hecho.

María, pues, atendia á su deber.

Se mostraba en todas partes.

Don Pelayo, que la buscaba, en todas partes la encontraba.

No puede darse un martirio mayor que el de aquellos dos desventurados amantes.

Don Pelayo suplicaba con la desesperada elocuencia de su amor á María, y ésta contestaba siempre:

—No puedo.

Pero este «no puedo», á despecho suyo, la desgarraba el alma.

Sufria más por don Pelayo que por sí misma.

Extremaba las penitencias que se imponia.

Oraba ansiosa á Dios por que la libertase de aquel amor que élla no queria sentir.

Y cuanto más oraba, cuanto más se mortificaba, cuanto más subia su espíritu hácia Dios, más crecia su amor á don Pelayo.

Su virtud estaba sujeta á una ruda y terrible prueba.

Y enflaquecia, empalidecia, y su hermosura se idealizaba, se trasfiguraba, se hacia casi sobrenatural y enamoraba más y más á don Pelayo.

Sufria María, á más que por este amor imposible ante su conciencia, porque veia lo que atormentaba á don Pelayo el tener dentro de Gijon á su hermana y á su hija.

Un día en que encontró á don Pelayo éste la dijo aterrado que acababa de recibir á un mensajero de Munuza que habia venido á repetir la amenaza de que Gisberga y Ormesinda serian muertas, no sólo si don Pelayo no levantaba el cerco, sino tambien si no juraba considerar como inviolable la ciudad de Gijon.

Habia dicho además el mensajero que ya Ormesinda y Gisberga sufrían el padecimiento de una prision horrible, que yacían cargadas de cadenas, mal alimentadas y casi desnudas en lo profundo de una húmeda y fétida mazmorra.

Esto era de todo punto falso.

Pero lo creía don Pelayo y sufría un tormento horrible.

Sin embargo, se mantenía inquebrantable en su resolución de tomar la ciudad, aunque su hija y su hermana pereciesen.

—¡Oh! ¿Por qué las dí yo en rehenes á ese malvado cobarde?—decía á María;—el remordimiento me devora: yo no debí nunca servir á los árabes; yo creía que de esta manera confiándolos, podría llegar un día en que pudiese pelear con alguna esperanza por la patria. Ha llegado en verdad ese día; pero no se debe á la vergonzosa servidumbre que he sufrido durante tanto tiempo fingiéndome amigo del odiado sarraceno, apareciendo contento bajo el yugo del árabe. No; el principio de la restauracion de la patria se debe á tí, María; tú has sido incansable, heroica; tú lo has preparado

todo, afrontando el peligro de ser descubierta, de ser martirizada. Dios te protege; pero á mí me castiga; sí, castiga en mí el haberme sometido, aunque no haya sido mas que en la apariencia, á los enemigos de su santo nombre. Y este tormento que sufro por mi hermana y por mi hija no es otra cosa que el merecido castigo que Dios me ha impuesto.

—¡Ah! no, no,—decia María;—tú has cumplido con lo que debias á tu patria y á tu Dios; tú te has acercado, no pudiendo vencerle, al terrible invasor y le has confiado; tu ejemplo ha dado ocasion á que otros te imiten; Munuza ha confiado y no ha sido cruel para con los cristianos. Si tú, imprudente, hubieras intentado la guerra cuando la guerra era imposible, hubieras dado lugar á las crueldades del tirano, que no hubiera dejado un solo cristiano vivo ó libre en Astúrias. ¿De qué hubiera servido entónces toda mi buena voluntad por salvar á la patria? ¿Dónde hubiera encontrado solariegos que hubieran oido mis excitaciones? No, Pelayo, no; todos hemos cumplido con nuestro deber: tú, tú, que has venido á ponernos bajo tu bandera, y yo, y Dios nos premia; Dios nos ha dado la gloriosa victoria de Covadonga; Dios nos ha llevado á Oviedo; Dios nos ha traído á cercar á Gijon; Dios nos permitirá penetremos en su recinto; seremos más fuertes; podremos decir que tenemos ya una patria desde la cual podremos partir incesantemente para aumentarla contra el

SALVADOR SANCHEZ RUBIO

Carretas 31 Librería

MADRID

invasor. Cierto es que tú tienes en ese terrible recinto á tu hija y á tu hermana. Pero ¿por qué no confiar en que Dios las salvará, aunque para ello sea necesario un milagro? ¿Por qué ha de faltarte la fe cuando de ellas se trata? Pues qué, ¿no te ha dado Dios pruebas manifiestas de su santa proteccion?

—¡Oh! yo sufro, yo agonizo, yo muero,—exclamó don Pelayo.—Ellas y tú; éllas en poder del bárbaro, tú impía á mi amor, á este amor que me devora, que es para mí un tormento insoportable y al mismo tiempo una felicidad infinita. ¿Y dices que Dios me protege?

—Sí, porque Dios te pone á prueba, y Dios no pone á prueba mas que á sus elegidos. No se llega á la gloriosa recompensa sino arrojando el martirio. Dios ama á sus mártires; Dios no permite que lo sean sino para llevarlos purificados junto á sí.

Y al decir estas palabras no hablaba sólo con don Pelayo.

Hablaba consigo misma.

Porque en su amor probaba un martirio insoportable, y á causa del amor que á don Pelayo tenía, la atormentaba la situacion en que élla creía colocadas á Gisberga y á Ormesinda, ni más ni ménos que como á don Pelayo la atormentaba.

—¡Mi hermana, mi hija!—exclamó don Pelayo.

—¡Ah!—dijo María levantando la mirada del

suelo y fijándola radiante en don Pelayo;—yo las salvaré.

—¡Tú!—exclamó aterrado don Pelayo;—¡que tú salvarás á Ormesinda y á Gisberga! ¡Oh, María, María! Tu poderosa fe te alienta para todo. Tú buscarás el medio de penetrar en esa ciudad maldita, tú le encontrarás. ¿Y qué será de mí el día en que te busque y no te halle, en que espere y no vuelvas, en que tenga un pedazo más de alma puesto en peligro?

—Yo las salvaré,—exclamó con acento inspirado María.

Y se separó de don Pelayo, dejándole aterrado.

## CAPÍTULO XX.

---

EN QUE SE VE LO QUE ERA CAPAZ DE INTENTAR  
MARÍA POR DON PELAYO Y POR LA PATRIA.

Entre tanto, sin correr el menor peligro, como ya hemos dicho, Ormesinda y Gisberga, ni estaban cargadas de cadenas en el fondo de una horrible mazmorra, ni habia nada que pudiera inquietarlas mas que el cuidado en que se encontraban temerosas de lo que podia acontecer á don Pelayo en aquel asedio cuyos combates se hacian cada dia más terribles y más rudos.

Aquejaba además á Ormesinda su amor por Munuza, amor al que no cedia, pero que la espantaba.

Temia que llegase un dia á tal punto la exacerbacion de su amor que la enloqueciese y lo olvidase todo, y diese de sí una muestra infame en

tanto que su hermano apuraba el valor y el heroísmo.

Sufría además Ormesinda por la conciencia del sufrimiento que debía tener don Pelayo por élla y por su hija.

Munuza, aunque enloquecido por Ormesinda, aunque desesperado, se sentía á su despecho contenido por el poder mágico que sobre él ejercía Ormesinda.

Munuza habia llegado hasta la ferocidad irritado por el sufrimiento.

Sabía que Ormesinda le amaba.

Élla no se lo ocultaba.

Se lo repetía á cada momento.

Pero asegurándole siempre que élla moriría ántes que ofender á Dios y que manchar el nombre de su familia.

Munuza, llevado á la desesperacion, se lanzaba terrible al combate y ejercitaba crueldades espantosas con aquellos á quienes en una salida cautivaba.

Siempre, inmediatamente despues que Munuza cogía á alguno de los cristianos, su cabeza aparecía en la muralla frente á la tienda de don Pelayo.

Éste se irritaba á su vez.

Embestia y la matanza era horrible.

Pero don Pelayo estaba muy en los principios de su empresa de restauracion de la patria.

Su hueste estaba mal armada, pobre.



No tenía máquinas de batir.

Las murallas de Gijon no podian ser apor-  
tilladas.

Habia necesidad de embestirlas á escala franca,  
y estos asaltos eran mortíferos.

Se prolongaba el cerco.

La hueste de don Pelayo, en vez de aumentarse,  
disminuia.

Por el contrario, y aunque pequeños, Munuza  
recibia incesantes socorros por el mar.

De modo que si en uno de aquellos combates  
formidables, en que los árabes eran asaltados de  
una manera terrible, les hacía perder un gran  
número de hombres, á los pocos dias aquellos  
hombres se encontraban reemplazados.

Munuza tenía máquinas de guerra, formidables  
catapultas, y las usaba para arrojar los cadáveres  
de sus soldados en medio del espacio que separa-  
ba á la hueste de don Pelayo de los muros de la  
ciudad.

Acontecia que, una de dos: ó se dejaban inse-  
pultos aquellos cadáveres, ó para evitar la infec-  
cion del aire por la corrupcion habia necesidad de  
enterrarlos.

Y esta operacion era peligrosa.

Á los que llegaban á levantar los cadáveres les  
alcanzaba una lluvia de saetas y de piedras que  
lanzaban los arqueros y las catapultas.

Era necesario terminar.

Pero ¿cómo?

Don Pelayo, ya lo hemos dicho, no tenía bastantes medios de guerra.

Las murallas de Gijon eran de una altura formidable.

No podia esperarse que la ciudad se rindiese por hambre, porque podia proveerse y se proveia de todo cuanto necesitaba por la parte del mar.

Al contrario, en la hueste de don Pelayo escaseaban los mantenimientos.

El país estaba yermo, asolado.

Era necesario enviar caravanas de gentes á largas distancias para aportar al campamento escasos víveres.

La peste empezaba á dejarse sentir entre los cristianos, y don Pelayo vió, desesperado, el dia en que se veria obligado á retirarse de Gijon, por no perecer delante de sus muros bajo el combate, bajo el hambre, bajo la peste.

Aquello debia ser funesto si acontecia.

Munuza caeria sobre ellos, los aniquilaria.

Todo se habria perdido.

La desesperacion de don Pelayo crecia.

En esta situacion fué cuando María dijo:

—Yo las salvaré.

Y se alejó de don Pelayo.

Nuestros lectores no se habrán olvidado de Evrardo, de aquel hermoso paje de don Rodrigo que habia amado á Ormesinda y que, olvidado por ella, habia vuelto su amor hácia Gisberga.

Evrardo era un jóven héroe.

María le había admirado en Covadonga, en Oviedo, y, por último, en medio de los combates que se daban en torno de Gijón ó en las formidables escaladas de sus muros.

No parecía sino que un poder superior protegía á Evrardo y le hacía invulnerable.

Él, cuando los árabes hacían una salida, era el primero que sobre ellos lanzaba su caballo, y entre ellos se revolvía, en ellos ensangrentándose.

Él el primero que cuando entre una lluvia de dardos y de piedras se arribaban las escalas á los muros, por una de las escalas subía.

Él era el que más se mantenía en el borde de la muralla, hasta que, obligado por el excesivo número del enemigo, se veía obligado á descender.

Algunas veces María le decía:

—Tu valor raya en la temeridad, y muchas veces nos es funesto, porque excitas en demasía á nuestros hombres, que se esfuerzan por imitarte, y perecen en más número de lo que debía ser.

—Es que dentro de esos muros malditos está Gisberga,—decía Evrardo;—es que tras esos muros malditos está la patria; es que yo no puedo contenerme cuando llega el momento de combatir á esos crueles enemigos nuestros, á esos verdugos de Gisberga y de Ormesinda.

Amaba, pues, de tal manera á Gisberga Evrardo que no había que temer que por élla no se atreviese á todo.

María buscó á Evrardo.

—Tú amas á Gisberga,—le dijo,—y Gisberga te ama. ¿Serías tú capaz de penetrar en Gijón conmigo?

Miró con asombro Evrardo á María.

—¡Penetrar tú en Gijón!—exclamó.

—Sí, yo penetraré en la ciudad, y tú me acompañarás. ¡Oh! Yo no dudo de que tú me acompañarás. El temor de la muerte no existe para tí. Y luégo, si salvaras á Gisberga...

María creía, y con razon, que por muy grande que fuese el amor que Evrardo por la patria sentía, mucho más debía estimularse este valor por la esperanza de salvar á Gisberga.

—¿Y cómo haremos para penetrar en la ciudad?—dijo Evrardo.—Esos malditos no perdonan la vigilancia: velan siempre; aparecen espesos en los muros; aunque de noche arrimase yo una escala y subiese recatadísimamente, nada conseguiríamos: me sentirían; me sería imposible penetrar en la ciudad. Además, y aunque yo durante una noche lóbrega lograse llegar á lo alto del muro sin ser sentido, ¿cómo descendería sin que me sintiesen, sin que fuese de todo punto inútil mi arrojó? ¿Ni cómo podrias penetrar tambien conmigo en la ciudad?

—Por la parte del mar,—contestó María.

—¡Por la parte del mar!—exclamó Evrardo, mirando con asombro á María.

—Sí, por la parte del mar. Como nosotros no tenemos barcos, deben tener completamente descuidada

la vigilancia por la parte de la ciudad que da al mar.

—¿Y cómo llegaremos nosotros cuando no tenemos el más pequeño barquichuelo?

—¿Qué más barcos que nosotros mismos?— contestó María.

—¡Cómo! ¿Sabes tú nadar?—exclamó Evarado.

—Sí, muchas veces, cuando recorría la costa, cuando temía que me persiguiesen, cuando me encontraba atajada por rocas inaccesibles que se hundían en la mar, yo aligeraba mis vestidos, me los ponía sobre la cabeza, me arrojaba al agua, nadaba y ganaba otra vez la playa.

Algunas veces la distancia era larguísima.

La mar crecía.

Me amenazaba la muerte.

Yo levantaba mi espíritu á Dios, y Dios me daba fuerzas, me salvaba.

Nado de tal manera que, si tú no sabes nadar, yo te conduciré.

—¡Ah! No, María, no,—exclamó Evarado;—yo nado como un pez.

—Pues bien,—dijo María,—las noches son oscurísimas, y, envueltos en sus sombras, podremos llegar sin ser sentidos á un lugar de la playa, donde nos arrojaremos al mar y nadaremos hácia la ciudad. Tú llevarás únicamente el hacha de armas y un pequeño escudo á la espalda.

Una vez dentro de la ciudad, por la parte adonde llegaremos, nos encontraremos al pié del muro del jardín del alcázar.

Este muro es de poca altura, y probablemente no estará guardado, porque por allí nada temen los de la ciudad.

Una vez dentro de los jardines, yo sé el medio de llegar hasta donde están Ormesinda y Gisberga, que ocuparán probablemente la misma cámara que ántes ocupaban.

—¿Y si pereces, María?—exclamó Evrardo, que miraba con un asombro que iba en aumento á la jóven.

—Si perezco, ¿qué importa?—contestó María.—Habré perecido procurando salvar á Ormesinda, á Gisberga. El encontrarlas libres, á su lado, alentaré á don Pelayo, acrecerá sus fuerzas, y tal vez de este modo apesuremos la victoria.

—¡La victoria!—exclamó tristemente Evrardo.

—¡Ah! Un leon como tú,—dijo María,—no debe amenguar en su fe. ¿No nos protegió visiblemente el Señor en Covadonga y en Oviedo? ¿No nos protege aquí, donde los enemigos, á pesar de ser superiores á nosotros en número y armas, no pueden echarnos de junto á sus muros? Pues si tan visibles muestras de proteccion nos da Dios, ¿hemos de dudar de la victoria porque se nos presente difícil? Dios nos protegerá, como nos ha protegido en otras empresas. No más vacilacion, Evrardo; espérame al cerrar la noche, junto á las rocas, á la izquierda del puerto.

Y María se separó de Evrardo, dejándole asombrado, pero resuelto á acompañarla.

## CAPÍTULO XXI.

DE CÓMO, DE MARAVILLA EN MARAVILLA, DE MILAGRO EN MILAGRO, LLEGARON MARÍA Y EVRARDO HASTA EL INTERIOR DEL PALACIO DE MUNUZA.

Aquella noche Evrardo esperó á María al pié de las rocas tajadas que se levantaban sobre la playa, por el extremo izquierdo de la línea de sitio de los cristianos, á retaguardia de éstos, junto á una pequeña ensenada.

María no se hizo esperar.

Apénas habia cerrado la noche cuando apareció blanca, esbelta, gentil, junto á Evrardo.

Evrardo llevaba su espada y su hacha de armas á la cintura.

En la cabeza, un pequeño capacete.

Á la espalda su escudo.

Su traje era ajustado, como convenia para poder nadar.

Pero Evrardo, que habia llegado una media hora ántes que la noble María, habia reconocido cautelosamente el terreno en que se encontraba, y habia descubierto que allá en el otro extremo de la ensenada, en una playa estrecha que se extendia delante de una gruta, iba de acá para allá una luz.

Se acercó más y vió que algunos hombres se ocupaban en desembarcar otros hombres armados que parecian provenir de la ciudad.

Aquellos hombres llegaban en una larga lancha que atracaba á la playa, y cuando los armados saltaban en tierra, seguian á lo largo de la estrecha faja de playa que se extendia á lo largo de la roca, al pié de sus enormes tajaduras.

No habia que dudar de lo que significaba aquella operacion.

Tropas de las que defendian á Gijon eran destinadas á atacar por la espalda la línea cristiana.

Esta operacion de los sitiados se hacía con gran prudencia y con gran silencio, y con lentitud, á pesar de que se ejercitaba una grande actividad.

Se comprendia que no se perdonaba medio para sorprender al enemigo.

Debian temer que éste estuviese vigilante, que tuviese guardas sobre las rocas, y á larga distancia, por la derecha y por la izquierda del puerto, para impedir un desembarco de gente armada.

Evrardo habia observado que, despues de vol-



verse la larga lancha , dejando en tierra los diez ó doce hombres que habia conducido , habia bogado hácia el puerto y habia tardado en volver media hora, ó un espacio relativo al de media hora, porque entónces no se contaba el tiempo como nosotros le contamos; no habia más relojes que los de arena.

Sea como quiera , Evrardo habia visto que entre la vuelta al puerto y el retorno de la lancha habia tiempo bastante para sorprender á los que esperaban para desembarcarlos á los armados que llegaban.

La luz de que se servian éstos no podia ser vista desde lo alto de las rocas por la accidentacion particular de las que se alzaban por aquella parte.

Se podia, pues, por un exceso de valor, mientras la lancha volvia, acometer á los cinco ó seis hombres únicos que en la gruta esperaban para desembarcar á los que venian.

Evrardo acababa de hacer un descubrimiento.

Se veia claro que se intentaba, no perdiendo el tiempo, desembarcando desde el principio de la noche hasta el fin de élla mil combatientes escogidos, que atacasen por la espalda las líneas de los godos, determinasen la confusion y ayudasen á una vigorosa salida de los sitiados.

—¡Oh!—exclamó Evrardo,—estamos en el momento supremo. Es muy posible que, al amanecer, el lábaro de Cristo ondee sobre el homenaje

del alcázar de Gijón. La buena María pensaba que nos veríamos obligados á llegar á nado al puerto, al pié de los muros de los jardines del alcázar. La mar está bastante picada para que nos atreviésemos á tanto. Pero esa lancha nos viene á las mil maravillas. Cuando María venga, yo la propondré lo que me parece podemos hacer.

Cuando María llegó, Evrardo la contó lo que habia reparado, y le manifestó el pensamiento que habia concebido.

Terminado su relato, dijo:

—El esquife acaba de volver; los hombres que conducia han desembarcado y se han alejado; el esquife ha vuelto al puerto; mientras vuelve tenemos lugar de arrojarlos sobre los que esperan á los que vuelven para desembarcarlos, porque la mar está gruesa y hay necesidad de entrar un tanto en élla para poner en tierra á los que llegan. María, tú eres un sér sobrenatural, tú estás sobrepuesta á las debilidades femeniles, tú sobrepajas en valor á los hombres más alentados: en Covadonga, en Oviedo, en las batallas que hemos dado hasta llegar á ponernos sobre Gijón yo te he visto en la mano izquierda tu bandera blanca con la cruz roja, en la derecha una espada ó una pica, lanzándote en el horno del combate, como si hubieras tenido la seguridad de que eres invulnerable é invencible: eres una heroína, María.

—Cesa, cesa,—exclamó María,—es necesario.

—Toma mi espada,—dijo Evrardo,—yo me reservo mi hacha; caigamos de improviso sobre esos hombres que están en la gruta y que esperan á los nuevos que han de llegar en el esquiife.

—Fe y adelante,—dijo sin vacilar María, tomando la buena y tajante espada que la daba Evrardo.—Nada tenemos que temer: la Santa Madre de Dios Nuestra Señora de Covadonga y el espíritu de la patria van con nosotros.

—Tú eres el espíritu de la patria,—exclamó Evrardo,—tú eres la santa y admirable mujer que nosotros amamos y reverenciamos; qué, ¿no te llamamos todos el Ángel de la Patria? Sí, Dios te ampara y te fortalece; sí, tú nos alientas, tú, con el ejemplo del heroísmo, enardecas, multiplicas nuestras fuerzas; eres, despues de Dios, la razon suprema de los maravillosos triunfos que hemos alcanzado. Sí, con el amparo de Dios y por tí tenemos ya patria, una pequeña patria que nosotros ensancharemos, y si solo en un día se perdió España, en otro día puede salvarse.

Los primeros restauradores de nuestra independencia, los que hicieron, por decirlo así, el noble fundamento de nuestra nacionalidad, creian de buena fe, alentados por sus maravillosos triunfos, que no estaba lejano el día en que un ejército numeroso, descendiendo como una avalancha de las nobles cumbres de Astúrias, se llevase por delante los ejércitos del invasor que se opusiesen á su carrera de triunfo.

Pero don Pelayo y algunos hombres prudentes veían claro que tanto se había perdido en un día, que para recobrarlo eran necesarios muchos años de una lucha heroica sin tregua y sin descanso, muchos años de incomparables sacrificios.

Callaban y alentaban la creencia de la mayoría de su ejército.

El vulgo, que siempre ha juzgado por impulsos inconscientes, creía que la restauración era fácil, que sólo se necesitaba algún tiempo de fortuna.

Evrardo era un gran mancebo, de corazón alentado, un héroe en la batalla.

Bien es verdad que todos los primeros campeones de nuestra independencia eran héroes.

Evrardo, siguiendo los impulsos de su ardiente corazón, creía, como todos, que estaba próximo el día en que los árabes serían arrojados por el sangriento cuchillo de los godos á la mar que los había traído, á aquella siniestra África de donde habían irrumpido contra las tierras de España.

María nada encontraba imposible.

Tal era su fe en Dios.

Porque ¿qué hay imposible para Dios?

Los pecados de los godos habían sido bastante-mente expiados.

Así á lo ménos lo creía María.

No sabía que cuando se cae por la corrupción, por la indolencia, por la vanidad, es muy difícil volver á levantarse.

Es la eterna ley de las consecuencias.

¿Qué había que arrostrar?

Cinco ó seis hombres esperaban en la gruta.

—Adelante,—dijo María.

Evrardo y élla marcharon decididamente al lugar donde se veía moverse de acá para allá la luz.

La noche, sin ser tormentosa, era cerrada, fría, lúgubre.

Se oían las ráfagas del viento que zumbaba en las altas cortaduras picando la mar, haciéndola producir el rugido sonoro de su oleaje, bañando la playa allá en una distancia inmensa.

Todo favorecía la empresa que élla y él intentaban contra aquellos hombres.

Llegaron y penetraron en la gruta.

Se encontraron con seis africanos atléticos, atezados, feroces, desnudas las piernas, pero protegido el resto del cuerpo por fuertes lorigas y armados con espada y hacha.

Evrardo se lanzó el primero, y ántes de que aquellos hombres hubiesen podido aperebirse de la acometida, ya dos habían caído, hundido el cráneo, bajo el hacha de Evrardo.

Al mismo tiempo María, cuyas fuerzas físicas no podían compararse con las de Evrardo, había desjarretado, por decirlo así, hiriéndolos en las piernas desnudas, á otros dos hombres.

Quedaban dos.

Evrardo se lanzó sobre ellos.

El uno cayó instantáneamente.

Pero el otro habia acometido á María, que no llevaba género alguno de defensa, y la habia acorralado contra una de las paredes de la gruta.

Su hacha se levantaba sobre la virgen sagrada para los primeros héroes de la reconquista.

Evrardo lanzó un grito.

Creyó perdida á María.

Ésta, á pesar del peligro en que se encontraba, miraba de una manera centellante al formidable árabe, que rugia como un tigre del desierto y dejaba ver á traves de su ancha boca, dilatada por una sonrisa feroz, una aguda y blanca dentadura.

Era un negro formidable, espantoso.

Parecia como que tenía en sí mismo la confianza de ser invencible, de que nada podia oponerse á su terrible hacha, que levantaba ya á dos manos sobre María.

La espada de Evrardo, que María empuñaba bravamente, se habia roto al parar un formidable golpe del gigante.

Evrardo no vaciló.

No habia que perder un momento.

Estaba á alguna distancia del terrible negro.

Evrardo levantó su hacha sobre su cabeza á dos manos.

La hizo voltear y la arrojó de lo alto.

El hacha partió zumbando.

Pero, en vez de alcanzar al árabe, alcanzó su hacha en el momento que caia sobre María.

El hacha del negro fué arrebatada de sus manos.

Evrardo no tenía ya armas.

Se lanzó, sin embargo, al africano, y á pesar de que aquél llevaba de ventaja en estatura toda la cabeza á nuestro héroe, de que era infinitamente más robusto que él, á él se lanzó, se agarró á él en un abrazo formidable y se entabló una lucha de la cual no sabemos cómo hubiera salido Evrardo, á causa de la excesiva pujanza de su enemigo, si en el momento en que aquella lucha comenzó María no hubiera acudido, y con el trozo de espada que la quedaba en la mano no hubiera herido en la cerviz al negro, que cayó como una encina cortada por el pié, arrastrando á Evrardo consigo.

La muerte agarrotó los miembros del negro.

Se aflojaron sus brazos y Evrardo se alzó sudando y jadeante de sobre aquel miserable cadáver.

La antorcha de que se habian servido para alumbrarse aquellos hombres, que ya no existian, aparecia fijada en el intersticio de una peña, lanzando de sí un resplandor rojizo, turbio, lúgubre.

—Salgamos,—dijo Evrardo cogiendo su hacha.

—Toma,—añadió dando su arma á María.—Las de los muertos son demasiado pesadas para tí, particularmente ésta.

Y recogió la del último que habia sucumbido, la del hercúleo africano:

—Ven, ven,—la dijo;—yo he observado que el esquite atraca entre dos piedras. Ocultémonos

con el agua á la cintura junto á una de esas dos piedras, y cuando llegue el esquife saltaremos dentro de él.

María, que nada encontraba imposible, siguió á Evrardo.

Llegaron hasta la rompiente de la mar.

Se metieron en ella y llegaron hasta una piedra mohosa, en la cual rompía la mar levantando una cresta de blanca espuma, que iluminaba débilmente la antorcha que ardía en el interior de la gruta.

Estaban en el agua hasta más arriba de la cintura.

Para que la poderosa resaca no los arrastrase, se asieron á las asperezas de las rocas con la mano izquierda, mientras con la derecha sustentaban las hachas de que estaban armados.

Así, en esta situación difícil, y expuestos á que la pujante resaca los arrastrase, esperaron.

Pasó algun tiempo.

Al fin se oyó un choque sordo.

Un largo esquife habia llegado y por la mitad de su longitud habia tocado la peña á que se asian María y Evrardo.

Éste encontró la banda del esquife al alcance de su mano, y por un violento impulso saltó dentro.

María le siguió.

El esquife conducía, á más de los remeros, que eran cuatro, doce hombres armados.

Al verse acometidos, al distinguir vaga y fan-



tásticamente la blanca figura de María, creyeron que los acometían fuerzas enemigas de las cuales tenían ya en el esquife á los primeros, les cogió el pavor y todos se arrojaron á la mar, todos menos dos hombres que habia inmolado el hacha de Evrardo.

Éste y María se encontraron dueños del esquife.

—Pronto, pronto, no perdamos un momento, —exclamó Evrardo;—tú á un remo, yo á otro, y que la Santa Virgen lleve á buen término la empresa que tan venturosamente hemos comenzado.

La mar los ayudó sacando al esquife de entre las dos peñas por un acrecimiento del viento, por una subida del oleaje.

Viraron.

El impulso de la mar los contrariaba.

El peligro se hacía inminente.

No se luchaba ya con los hombres, sino con los elementos.

Una densa niebla caía sobre la mar y acrecía.

El viento arreciaba, y á la mar, sólo picada algun tiempo ántes, la hacían formidable verdaderas olas que crecían y crecían.

La tempestad se determinaba.

Pero como el viento era de la parte de tierra, el oleaje llevaba mar adentro al esquife.

Habia necesidad de no alejarse de la tierra, de ceñirla, de ganar el puerto.

Esto era impracticable, dado el estado del mar

y lo impotente de las fuerzas de aquellos dos improvisados remeros en relacion con el tamaño, con el peso, con las cualidades del esquife.

María levantó su espíritu á Dios.

Sólo Dios podia ayudarlos en aquella situacion.

De repente cambió el viento, corriendo á lo largo de la costa.

El esquife avanzaba rápidamente.

Evrardo y María nada veian.

La noche era densamente oscura, y de tal manera habia espesado la niebla, que ya no se veia la luz de la antorcha que habia quedado ardiendo en la gruta.

María continuaba orando.

Evrardo ponía su esperanza en Dios.

El esquife avanzaba con una rapidez vertiginosa sobre las gruesas y potentes olas.

¿Se enmaraban? ¿Iban á perderse en los abismos del Océano?

María levantaba con más y más vehemencia su espíritu al Señor.

De improviso se dejó oír un choque rudo, espantoso.

El esquife se habia estrellado contra una peña, y habia zozobrado.

María y Evrardo se encontraban en el agua.

Sin embargo, no abandonaron sus hachas.

Nadaban desesperadamente con sus brazos izquierdos y con sus piernas.

Pero lo que los salvó fué una poderosa ola que los puso en la playa.

Ambos se agarraron á la tierra donde habian caído.

Afortunadamente allí era la playa áspera.

Sobre la arena descollaban pequeñas peñas.

Evrardo y María pudieron hacerse fuertes contra la resaca.

Hicieron pié firme y salieron al fin.

Evrardo se sentia atormentado por el golpe que habia recibido, y temia que un golpe semejante hubiese sido más funesto para María.

Pero la encontró ante sí blanca y fantástica.

—Indudablemente,—dijo lleno de fe Evrardo,—tú eres el Ángel de la Patria; el incontrastable poder de Dios te protege.

—Dios nos ampara,—dijo María.

Y se arrodilló y oró.

Luégo se alzo y dijo:

—Reconozcamos el lugar en que nos encontramos.

Á poco que observaron, aunque muy enturbiado por la niebla, vieron el resplandor de una luz que aparecia en un ajimez de una alta torre, cuyo vago espectro aparecia colosal ante ellos y á poca distancia.

Evrardo conocia sobradamente á Gijon.

—Esa es,—dijo á María,—la torre de honor del antiguo palacio. Por esta parte debe haber unos muros bajos, que son el límite de los

jardines: son muy antiguos, del tiempo de los romanos; sus viejas piedras, corroído el mortero que las unia por el tiempo, dejan intersticios que nos permitirán escalar el muro. Pero ¿estará el muro guardado por esta parte? No es de presumir. Ellos se creen bastante guardados por la mar. Saben que no tenemos un solo barco, y no habrán empleado por aquí inútilmente hombres que les son necesarios para cubrir las murallas por la parte de tierra; y, en fin, puesto que Dios nos ha favorecido hasta ahora, es de esperar continúe favoreciéndonos.

—Dios no abandona jamás á los que en él creen con toda la fe de su alma,—respondió María.

—Avancemos, procuremos penetrar en los jardines,—dijo Evrardo.—Una vez dentro, yo conozco el camino: llegaremos hasta esa misma cámara en cuyo mirador aparece el reflejo que nos guia.

Avanzaron.

Llegaron al fin al pié del muro.

Era éste, en efecto, áspero, y ofrecia salientes por las cuales, aunque con un trabajo ímprobo, por un esfuerzo poderoso podia ascenderse.

María y Evrardo se asieron á aquellas asperezas.

Palparon.

Fueron ascendiendo constantemente, resueltos á todo.

Á veces tenian que detenerse.

Encontraban una dificultad.

La vaguedad se apoderaba de su cabeza.

Palpaban.

Buscaban un asidero.

Se izaban algo más arriba cuando le encontraban.

Y así de esta manera peligrosa, suspendidos del muro, sin más apoyo que el que encontraban en las extremidades de sus piés y de sus manos, continuaron su ascenso, siempre confiando en el continuo milagro, que así debían considerarlo, que en su favor se efectuaba.

Al fin, y después de un largo espacio, Evrardo encontró una almena.

Se engargoló.

Ganó el adarve.

Llamó á María.

Pudo al fin asir una de sus manos, y poco después estaban en el mismo bello templete donde algún tiempo ántes, y en una escena de amor desesperado, hemos visto á Ormensinda y á Mu-  
nuza.

—Reposemos aquí un momento,—dijo Evrardo.—Noble y valiente María, tú debes estar fatigadísima.

—¡Ah! No,—dijo María;—cuatro años continuos de lucha, de fatigas, de marchas fatigosas á través de las montañas, arrostrando el frío, el calor, la lluvia, las dificultades del terreno, sufriendo con mucha frecuencia el hambre y la sed, me

han hecho extraordinariamente fuerte. Fatigada estoy, pero no decaída; tiemblo de frío, pero no desfallezco. No nos detengamos; no reposemos. ¿Quién sabe lo que podremos arriesgar por nuestra tardanza?

Evrardo estaba trasportado de entusiasmo en presencia del valor y del heroísmo de aquella hermosa jóven, en la apariencia tan delicada, y que en realidad llegaba á un tal grado de vigor.

Salió con élla del templete, y ambos atravesaron los jardines, llegando á poco al pié de la torre de honor del palacio, y junto á un postigo que se abría á su pié.

Aquel postigo estaba cerrado.

Era robusto, y le forraban además planchas de hierro, sobrepuestas á manera de tejadillo, y espesamente claveteadas.

—¡Ah! yo podría forzar este postigo,—dijo Evrardo,—pero los golpes de mi hacha, á pesar de que el ruido de la marejada es formidable, podrían atraer gente, y en tal número, que nos fuese imposible vencerla. Deslicémonos á lo largo del muro; busquemos una galería que hácia la izquierda encontraremos.

Y siguió adelante.

Le siguió María.

Encontraron al fin la galería, y penetraron en élla.

Las tres puertas de su fondo estaban cerradas.

Pero eran de alerce, minuciosamente labradas,

segun el gusto árabe, infinitamente ménos fuertes que las del postigo.

—Por aquí daremos en un vestíbulo; si logramos forzar una de estas puertas, del vestíbulo daremos en un patio. En el centro de otra galería se ven las escaleras de honor. Pero en estas escaleras debe haber guardas; en un ángulo de ese patio hay una estrecha escalera de caracol, una verdadera escalera de servicio, que tal vez no guarda nadie. Pero ¿cómo forzar una de estas puertas sin que el ruido atraiga á nuestros enemigos?

—Dios, que nos ha conducido hasta aquí de una manera maravillosa,—dijo María,—nos llevará hasta el fin de nuestra empresa. Lleguemos á donde están Ormesinda y Gisberga; salvémoslas. La vuelta nos será mucho más fácil que la venida, y, sobre todo, ¿qué otra cosa podemos hacer que confiar en el poder de Dios?

—Silencio,—exclamó Eyrardo;—se oyen pasos detras de esta puerta. Esquivémonos, ocultémonos.

Pero, por muy deprisa que se retiraron, sólo tuvieron tiempo para encogerse, embeberse, por decirlo así, en un oscuro ángulo de la galería.

Poco despues se oyeron rechinar los cerrojos de la puerta del centro, que se abrió.

Se oyeron algunos pasos.

Aquellos pasos revelaban, cuando más, seis hombres.

Eran sin duda gente con que se iba á relevar algunos guardas extendidos en los muros de los jardines.

Aquellos hombres salieron al jardin, dejando la puerta abierta.

—¿Ves cómo Dios nos favorece?—dijo María.—Pasemos; no perdamos tiempo.

Pasaron y penetraron en un bello patio románico, cuyas galerías estaban iluminadas de trecho en trecho por algunas candelas, puestas en palometas en el muro.

El patio aparecía desierto.

—Por aquí, por aquí, María,—exclamó Evarado;—yo conozco perfectamente estos sitios: en el primer ángulo, á la izquierda, encontraremos esa escalera de caracol; élla conduce á las primeras habitaciones de la torre de honor, donde debe habitar Munuza, donde sin duda se encontrarán Ormesinda y Gisberga.

Y se deslizaron rápidamente.

Llegaron á aquel ángulo, y penetraron en la escalera.

En aquel momento se oyeron los pasos de algunos hombres que atravesaban en silencio el patio.



## CAPÍTULO XXII.

---

DE LAS AVENTURAS POR QUE PASARON DENTRO DEL  
CASTILLO DE GIJON MARÍA Y EVRARDO.

María y Evrardo permanecieron inmóviles.  
No querían exponerse á que el más leve ruido  
avisase á los hombres que el patio atravesaban.

Ambos tenian toda su vida en los oídos.  
Acrecia el estruendo de la tempestad.

De improviso lució un brillante relámpago y le  
siguió un largo y poderoso trueno.

El huracan zumbaba, retronaba, rujia con una  
furia atronadora.

Y entre el rugir de la tempestad creyeron oir  
nuestros bravos jóvenes lejano, perdido, casi indis-  
tinto, un clamor de trompas y atabales.

¡Era que don Pelayo probaba un asalto noctur-  
no, ó que uno de esos múltiples ruidos de las tem-

pestades tomaba la semejanza de un clamor de guerra?

Pero muy pronto no pudieron tener duda.

Sonó la gran campana, el címbalo, el atambor, como se decia entónces, el tan-tan, como los chinos llaman á campanas semejantes, y Evrardo advirtió que estaba colocado entre dos postes en la plataforma de la torre de honor.

Sus sonoros y vibrantes golpes se oían graves y poderosos á través del gran estruendo de la tempestad.

Y al batir de alarma del gigantesco tambor sucedió el toque de trompas y añafles que llamaban á las gentes de guerra del castillo.

Parecia indudable que don Pelayo libraba un combate á todo trance, aprovechando aquella oscura noche de tormenta.

—Pronto, pronto, arriba,—exclamó Evrardo;—es de presumir que Munuza se lleve á la muralla á toda la gente de armas del palacio.

Ascendieron por las escaleras.

Como á los cincuenta peldaños llegaron á una galería.

Evrardo la examinó ántes de entrar en élla.

La alumbraba una candela y estaba completamente desierta.

Penetraron.

Siguieron por élla.

Llegaron á una puerta delicadamente labrada.

Aquella puerta fué reconocida por Evrardo.

No estaba afianzada.

La empujó y entraron.

Levantaron un tapiz y se encontraron en un bello retrete octógono alumbrado por una lámpara, cuya cubierta era de seda rosada, que daba un efecto de luz bellissimo á los labrados muros del techo de ensambladura y á los divanes de oro y seda que se veían en torno.

Una muelle alfombra cubria el pavimento.

Estaban ya en las que podían llamarse habitaciones principales de la gran torre de honor, en las que habitaba Munuza, y, por consiguiente, Ormesinda y Gisberga.

Por una puerta que se veía al frente se pasaba á la misma gran cámara en donde en otra ocasión hemos visto á Ormesinda reclinada en un divan y Gisberga durmiendo junto á élla.

Acrescia el fragor de la tempestad, en medio del cual se dejaba oír el zumbido de la gran campana que tañía á rebato.

Y abajo, en la gran plaza de armas del castillo, en los alrededores de éste, se oía el clamor de las trompas y de los añafiles que llamaban á la gente de guerra.

Cuando cesaban por un momento estas trompas, estos añafiles, cuando amenguaba el estruendo de la tempestad, se percibía casi distinto, aunque lejano, un ruido extraño, un sonido de clarines, señal clara de que estaban acometiendo los muros.

Indudablemente don Pelayo probaba un supremo esfuerzo.

No podía sostenerse por mucho tiempo.

Las fuerzas de la ciudad aumentaban con los socorros que recibía por la parte del mar.

La escasez de mantenimiento y la peste reducían de una manera terrible el ejército de don Pelayo.

Evrardo y María miraron al interior de la cámara á través de la puerta, y la hallaron solitaria.

Penetraron en élla.

Una riquísima lámpara pendiente de la cúpula producía luz bastante para que pudiesen apreciar de una manera determinada los objetos.

Ormesinda y Gisberga debían haber estado allí no hacía mucho tiempo.

Sobre el divan había quedado abandonado un ligero manto de seda y un libro pequeño con tapas de oro, cinceladas y esmaltadas en las hojas de un magnífico pergamino vitela.

Era un libro de horas, un hermosísimo manuscrito, enriquecido con preciosas miniaturas.

—¡Ah!—dijo Evrardo examinándole,—yo conozco este libro; es el libro de horas de mi adorada Gisberga.

—¡Oh! y este manto es de Ormesinda,—dijo María.—Sería demasiado largo para Gisberga; éllas indudablemente se encontraban aquí no ha mucho, y deben haber salido precipitadamente: tal vez Munuza ha temido que la fortuna favorez-

ca á don Pelayo, y, para acudir al combate, las ha llevado sin duda á otro lugar que le habrá parecido más seguro. ¿Y qué hacer? ¿Cómo encontrarlas?

—Y que estamos aquí en un gravísimo peligro,—exclamó Evrardo.—Intentar ir en busca de ellas es una temeridad. Sobre todo sin tener un solo indicio. Reconozcamos, sin embargo, las habitaciones que corresponden á esta cámara.

Y Evrardo entró por una puerta.

Se encontraron en un dormitorio.

Por lo que podia juzgarse por la extension y por la altura de los divanes que allí aparecian el uno frente al otro, en el hueco cada cual de un alhami ó alcoba, aquél era sin duda el dormitorio de las dos jóvenes.

Aquellos divanes, que podian considerarse como lechos, estaban intactos.

Pasaron á otra cámara.

Allí se extremaba el lujo.

En uno de sus lados, entre dos bellisimos ajimeces, habia una mesa de pórfido bastante baja, con los piés dorados, mostrando sobre sí vasos de perfumes y de bálsamos, todos de oro, esmaltados, labrados, cincelados segun el gusto árabe.

Aquello era un tocador.

Munuza tenia magníficamente aposentadas á Ormesinda y á Gisberga.

Evrardo y María se asomaron á uno de los ajimeces.

Desde fuera no podía vérselos, porque los amplios tapices de brocado descubrían por dentro un hueco, no dejaban paso á la luz, que, de otra manera, hubiera acusado sus bultos.

Aquellos ajimeces daban á la gran plaza de armas, en la cual habia un verdadero tumulto.

Por un gran arco, colocado entre dos torres, que eran la entrada principal del castillo, salian incesantemente compañías de soldados á pié y á caballo.

Iban antorchas de acá para allá.

En medio de la plaza de armas, á caballo y armado, acompañado de otros caballeros, estaba Munuza.

Se le distinguia perfectamente á la luz de las antorchas que algunos esclavos tenian junto á él.

En estos momentos Evrardo sintió pasos en el mismo tocador.

Llamó la atencion á María.

Ambos miraron por el hueco del tapiz que cubria por la parte de adentro el vano del ajimez.

Vieron pasar una negra ya de edad avanzada, á la cual acompañaban dos ballesteros.

Pasaron.

Se perdieron por la puerta que correspondia al dormitorio.

—¿Llevará esa negra esos dos soldados,—dijo Evrardo,—para que guarden á Ormesinda y á Gisberga?

—¿Por qué no hemos de seguirlos?—dijo María.

—¡Ah! yo tiemblo por tí,—exclamó Evrardo;— podemos ser descubiertos: hemos cometido una gran temeridad, alentados por nuestra fe y por el amor que tenemos á don Pelayo. ¡Si á lo ménos las hubiéramos encontrado! Créeme: volvámonos; corramos el mismo camino.

—¿Y cómo salvaríamos esa mar irritada?—exclamó María.—No, Dios no nos ha traído aquí sin tropiezo alguno de una manera inútil; el corazón me dice que las encontraremos y las salvaremos. Sí, las salvaremos, porque esta noche don Pelayo tomará á Gijón.

—Dicen que tú profetizas, María,—exclamó Evrardo.

—No, no profetizo,—contestó María,—pero siempre ha sucedido lo que el corazón me ha dicho. Sigamos, sigamos á esa esclava y esos hombres, si es que podemos ya seguirlos, porque nos hemos entretenido demasiado en esta disputa. No nos detengamos más.

Y María salió al tocador.

De allí al dormitorio.

Del dormitorio á la cámara.

Se lanzó á una puerta, y descubrió una larga galería.

Al fin de élla, recortadas sus sombras por el resplandor de la luz que la esclava llevaba, aparecieron ésta y los dos soldados.

Entraron por una puertecilla, é inmediatamente la galería quedó sin sombra.

Se deslizaron María y Evrardo.

Llegaron al fin de la galería.

Palpó Evrardo, y encontró una puerta estrecha abierta en un gruesísimo muro.

Entraron por élla, y al tocar con los piés, sintieron una escalera de caracol que ascendía y descendía.

Aplicaron el oído, y oyeron pasos, no por la parte superior, sino por la inferior, de personas que por la escalera descendían.

Eran sin duda la esclava y los dos soldados.

—Indudablemente,—dijo Evrardo,—éllas están en alguna de las mazmorras que hay en los cimientos de la torre á una gran profundidad. Antes de la pérdida de España, cuando Gijón era nuestro, se encerraba en esas mazmorras á los acusados de delitos graves, especialmente á los que habían incurrido en alta traición. Es muy difícil llegar á esas mazmorras, porque ántes hay que pasar por una sucesión de puertas secretas. Munuza teme que don Pelayo, desesperado, se le meta en la ciudad, y toma precauciones; tal vez las ha tomado siempre que se ha librado un combate.

—Descendamos,—dijo María.

—No,—exclamó Evrardo,—sería inútil. Nos encontraríamos muy pronto con la primera de esas puertas secretas, y no sabríamos flanquearla. Esperemos más bien en la galería, puesto el uno á cada lado de la puerta de esta escalera, á que vuelva la esclava, que indudablemente volverá.



—¿Y si no volviese?—exclamó María.—Descendamos; tocaremos el resorte.

—Imposible, María,—estas puertas son muy disimuladas, y están perfectamente aseguradas. Si la esclava no vuelve, nada podremos hacer; pero el corazón, que tampoco me engaña, me dice que estamos en buen camino para terminar nuestra aventura. ¡Silencio! Me parece que oigo pasos, pasos que considero de una sola persona. Salgamos; coloquémonos como te he dicho.

Salieron y se pusieron á ambos lados de la puerta de la escalera.

Los pasos se acercaban.

Se percibían ya distintamente.

Eran pasos de mujer.

Al fin apareció el reflejo de la luz, que dibujó momentáneamente la puerta sobre el pavimento de la galería, é inmediatamente salió la esclava.

Apénas habia salido cuando Evrardo y María se arrojaron sobre élla.

María habia previsto que la esclava, al ser acometida, perdería la lámpara, y, para evitarlo, la asió con una mano y con la otra el brazo en cuya mano tenia la esclava la lámpara.

Evrardo la habia sujetado por la cintura y la habia tapado la boca.

María quitó la lámpara á la esclava y la puso en el suelo.

Luégo, con la misma toca de la esclava, María la tapó la boca.

Temblaba la africana de terror.

Era éste tal que no hacía esfuerzo alguno por defenderse.

—Sígueme,—la dijo Evrardo soltándola la cintura y asiéndola de un brazo.

La esclava se dejó arrastrar.

Evrardo la condujo por el descenso de la escalera.

Delante iba María con la lámpara.

Cuando hubieron bajado veinticinco peldaños, Evrardo, que los había contado, dijo:

—Detengámonos aquí; aquí está la primera puerta secreta, escalon más, escalon menos.

—¡Imposible!—dijo María,—los sillares ni ofrecen irregularidad alguna, ni se ve juntura de ninguna especie.

—Pues si estas puertas no estuviesen admirablemente disimuladas, ¿de qué servirían?—dijo Evrardo.

La esclava continuaba temblando.

En sus negros ojos aparecía el pavor.

No pudiendo hablar, por el lienzo que la tapaba la boca, dejaba oír un acento sordo, inarticulado, en el que aparecía el tono de la súplica.

Sus ojos suplicaban á la par.

—Tú no gritarás,—dijo Evrardo,—porque si gritaras, morirías.

Y la quitó el cendal.

—¡Oh! ¡tened compasion de mí!—dijo en árabe puro la esclava;—yo soy la guarda mayor del harem de Munuza.

—Pues qué,—exclamó estremeciéndose María,—¿Ormesinda y Gisberga han pasado las malditas, las impuras puertas del harem?

—¡Ah! No, no,—exclamó la esclava;—éllas no han entrado en el harem: el ángel de la pureza las cubre aún con sus blancas alas. Pero yo las servía y hacía se las sirviese.

—Ante todo,—dijo Evrardo,—franquea la puerta secreta que debe estar muy cerca de nosotros.

—¡Oh! ¡Munuza me matará!—exclamó temblando con más violencia la africana.

—Y si no franqueas esa puerta,—dijo Evrardo,—te mataré yo.

—¡Ah! tú no consentirás que me mate,—dijo la esclava volviéndose á María;—tu semblante es de luz: él promete paz y misericordia.

—Sí,—dijo María,—pero yo no tengo paz ni misericordia para los malos. Es necesario que nos lleves adonde Munuza guarda á esas dos doncellas.

—¡Oh! ¡por piedad!—exclamó la esclava.

Evrardo desnudó su puñal de tal manera que la esclava vaciló y se desvaneció de terror.

Se dejó caer sobre uno de los peldaños.

—¡Oh! déjame, déjame, no me mates; yo te obedeceré.

Y se alzó vacilante.

Descendió dos peldaños.

Sacó de entre su ropa un hierro agudo, y, puesto á manera de puñal, le introdujo por un pequeño intersticio entre dos piedras.

Se oyó inmediatamente un áspero ruido.

Se hundieron algunas piedras en el muro, y quedó practicable una estrecha entrada.

Evrardo volvió á asir á la esclava.

Pasaron, primero María alumbrando, y se encontraron en una mina estrecha, y no de más altura que la suficiente para una persona de talla aventajada.

Volvió á cerrar la puerta Evrardo.

La esclava buscó en el muro de la derecha otro intersticio, é introdujo en él su hierro.

Sonó un nuevo rechinamiento.

Evrardo examinaba atentamente el lugar en que se encontraba, y hacía esfuerzos para recordar.

—¡Ah!—dijo de improviso,—Gijon es nuestro.

—¡Que es nuestro Gijon!—exclamó María.

—Sí,—exclamó Evrardo.—Dios nos favorece; Dios quiso que mi padre fuese gobernador de Gijon, que yo viniese aquí con él, que yo conociese todos los secretos de esta fortaleza. Tú no morirás, esclava; tú te salvarás con nosotros. Dios, María, nos ha traído por el camino necesario: por aquí se llega á una mina mucho más ancha, que tiene su salida á cuatro ó seis tiros de balles- ta fuera de los muros, en una gruta de una roca situada á la orilla del mar. Éste era un escape, dispuesto desde la construccion de la fortaleza, para que por él pudiesen salir los reyes y los gobernadores en caso de peligro. Sigue, sigue ade-

lante, esclava; tú conoces indudablemente ese camino.

—¡Munuza me matará!—repitió la africana.

—Tú te salvarás con nosotros; tú saldrás por la gruta de la roca, y te encontrarás en medio del ejército cristiano.

—Ese ejército será vencido,—dijo la esclava;—Munuza esperaba grandes socorros para esta misma noche por la parte de tierra, socorros que vienen de Córdoba y debían llegar en las primeras horas de la noche; los vuestros se encontrarán entre la ciudad y los que vienen, y que deben ya haber llegado.

—¡Ah! pues ¡adelante, adelante!—exclamó Evrardo.—Adelante, si no quieres morir.

Y tiró de la esclava.

Ésta estaba completamente dominada.

—Pero ¿y Ormesinda y Gisberga?—exclamó María.

—No corren peligro alguno,—dijo Evrardo.—Sólo Munuza debe conocer las puertas secretas, á más de esta esclava, en la cual debe tener una gran confianza cuando ese secreto la ha revelado.

—Me lo ha revelado por necesidad,—dijo la negra.—Cuando llegásteis, cuando pusísteis cerco á la ciudad, cuando embestisteis por primera vez los muros, Munuza me dijo: «Ven, Aleida, ven; voy á revelarte un secreto; es necesario que lo conozcas: es necesario que guardes á las dos princesas

cristianas». Entónces bajó conmigo y me enseñó á abrir las puertas secretas.

—¿Y para qué, no conociendo nadie mas que tú ese secreto, has bajado con dos ballesteros?

La esclava miró de una manera singular á Evrardo, y quedó muda, no atreviéndose á responder.

—¡Ah! ya, sí,—dijo Evrardo.—Así has dejado á esos ballesteros en un lugar intermedio para que te defiendan si, sorprendida por álguien, te ves obligada á franquear las puertas. ¡Ah! Pero no, no seguiremos ese camino: no iremos á las mazmorras; dos ballesteros, en esta estrecha mina, son invencibles: tomaremos otra direccion, la de la mina que da á la gruta. Yo no estoy seguro del lugar donde está esa mina; pero tú lo sabes. Ponte delante, avanza. Si nos llevas por el lugar donde se encuentran los dos balleteros, tú serás la primera que caiga.

La esclava siguió adelante.

—¡Oh! Yo no te engañaré,—exclamó.—Pero si os salvo, si salvo á las dos princesas, juradme por vuestro Dios que no me matareis.

—¡Matarte!—exclamó María.—Te pondremos sobre nuestra cabeza. Pero sigue, sigue adelante; no perdamos tiempo.

En aquella profundidad no se oía ruido alguno.

Aquel silencio tenía algo de pavoroso.

¿Qué era en aquellos momentos el combate?

¿Á quién protegía la fortuna?

María esperaba.

María decía que Dios no habia podido llevarlos hasta allí sino para que llevasen á cabo una gran empresa.

Evrardo, que no tenía ni con mucho la fe de María, iba lleno de ansiedad.

La esclava marchaba rápidamente.

Al fin se detuvo.

Á poco se abrió una puerta secreta.

Se encontraron en una mina mucho más ancha.

Por élla cabian bien dos hombres á caballo.

La esclava habia cumplido fielmente.

—¡De prisa, de prisa!—exclamó Evrardo.—Dentro de muy poco estaremos fuera de Gijon, en el campo: una puerta franca para la ciudad.

—¿Pero no me matareis, no?—repetia Aleida.

—¡Ah! no, no,—decia María,—yo te lo juro por mi alma; tú serás rica, tú serás feliz.

Habia tal persuasion en el acento de María que la esclava se rehizo en gran manera, y cobró valor, y apresuró el paso.

Al fin llegaron á un lugar en que se cortaba de improviso la mina.

Pero no por el muro, sino por una gran puerta.

—¡Ah! ¡désdichada!—exclamó Aleida,—que yo no habia llegado nunca hasta aquí, y creia que aquí habria una entrada como las otras. ¿Cómo abrireis esta puerta, poderoso Alá?

—¡Oh! ¿Qué importa?—exclamó Evrardo.

Y acometió con su hacha una de las robustas hojas.

No había que temer.

El estruendo que causaba Evrardo forzando la puerta no podía oírlo nadie.

Desde allí se oía el fragor de la tempestad; los golpes de mar que se rompían en las rocas.

En un espacio de diez minutos, el vigoroso Evrardo desencajó de la madera los dos cerrojos, y abrió de par en par la puerta.

Al abrirla, se apagó la lámpara que llevaba María.

Había penetrado por la puerta una tromba de aire.

Sonó un grito de alegría en medio de la oscuridad, un grito que tenía algo del rugido de una fiera.

Era Aleida, que se sentía protegida por las nieblas y había escapado.

—¡María! ¡María!—exclamó Evrardo,—¿dónde estás?

—Aquí,—exclamó María.

—Salgamos, salgamos,—exclamó Evrardo.—No perdamos ni un momento. Vamos á buscar á los nuestros.

—¿Y Ormesinda, y Gisberga?—exclamó María.

—Dios las protegerá.

Y buscando á tientas á María, la asió de las manos y avanzó.



Pero con precaucion.

El terreno era escabroso y resbaladizo, con esa humedad de que están impregnadas las grutas marinas.

Penetraba allí, retorciéndose, el viento.

El trayecto era peligroso.

Se oia la terrible rompiente de la mar muy inmediata.

No sabía Evrardo si la mar impediria la salida.

De improviso, lució un relámpago y Evrardo dió un grito de alegria.

El terreno en declive era franco, y á la entrada se veia la gran boca de la gruta.

Marchaban ya sin miedo.

Ántes que llegasen á la salida, un nuevo y brillante relámpago les dejó ver la playa.

Evrardo avanzó á la carrera, llevando fuertemente asida de la mano á María.

Al fin se encontraron fuera.

Empezaron á ascender por la izquierda.

Los relámpagos se repetian.

Les alumbraban.

Subieron al fin la vertiente de una roca, y se encontraron en el descenso del valle que rodeaba la ciudad.

Se oia ya la campana del castillo, que continuaba tocando á rebato.

Á medida que avanzaban, apercibiase, á pesar de la tempestad, el fragor del combate, que parecia enardecido.

## CAPÍTULO XXIII.

### DE CÓMO SE TOMÓ Á GIJÓN.

Los dos jóvenes corrían.  
Les tardaba llegar á lo que podia llamarse  
cuartel real de don Pelayo.

Estaba léjos.

Las líneas de cerco habian avanzado de tal ma-  
nera sobre la ciudad que en un largo trayectó no  
habian encontrado un solo hombre.

Llegaron al fin á un grupo de tiendas, enmedio  
del cual se alzaba la de don Pelayo.

Los primeros guardas, en cuanto reconocieron  
á los jóvenes, los dejaron pasar.

Á poca distancia de allí, don Pelayo dirigia el  
combate.

Acababan de avisarle corredores de que un wali

cordobes venía con cuarenta mil hombres al socorro de Gijon, y que no debía tardar en llegar.

La situación era terrible.

La pérdida segura, si aquel ejército árabe llegaba antes de que se hubiese tomado la ciudad.

Y ésta, que sabía que debía ser socorrida, se defendía de una manera terrible.

Evrardo y María llegaron adonde estaba don Pelayo y le dieron rápidamente cuenta de que habían descubierto una mina por la cual podía penetrarse en el castillo.

Don Pelayo pidió explicaciones.

Pero no había tiempo para tanto.

Se retiraron del combate 2.000 hombres con don Pelayo á la cabeza, y guiados por María y por Evrardo, llevando antorchas que debían encenderse cuando se estuviera dentro de la gruta, y á élla marcharon.

Eran los que llevaba don Pelayo lo más escogido de la infantería goda.

Llegaron á la gruta.

Entonces se encendieron las antorchas.

Todos avanzaron á la carrera por la ancha mina.

¿Cómo era que Aleida no había dado la alarma?

¿Cómo era que la mina se encontraba completamente abandonada?

Había sucedido algo que podía calificarse también de milagro.

La esclava había perdido su punzon.

Le habia buscado en vano y habia ido á buscar á Munuza, el único que podia, despues de élla, franquear las puertas secretas.

Aleida sabia bien hasta qué punto amaba Munuza á Ormesinda.

Pero Munuza estaba fuera del castillo.

Aleida salió por la mina á uno de los patios de la fortaleza, y aturdida, aterrada, ni aún se le ocurrió decir á la gente de armas que, aunque escasa, en el castillo habia quedado, defendiese la mina.

Salió de la fortaleza.

Corrió.

Llegó adonde Munuza estaba y le contó lo que habia sucedido.

Munuza, espantado por lo que Aleida le habia dicho, retiró de la muralla por la parte en que se encontraba la gente que se batia con encarnizamiento, rechazando los repetidos asaltos de los cristianos.

Corria.

Excitaba á los que le seguian.

Era necesario acudir á aquella terrible mina.

Don Pelayo no habia encontrado obstáculos.

Pero al llegar á la plaza de armas, y despues de acuchillar á los guardas que habia encontrado al paso, entraba como una tromba por la poterna Munuza con los suyos.

Se trabó un combate terrible.

Los cristianos apellidaban: ¡España y Santa

María de Covadonga!, y gritaban los árabes: ¡Sólo Dios es vencedor!

Gran parte de los de don Pelayo se habian metido por las torres y dominaban la plaza de armas.

Don Pelayo, más héroe entónces que nunca, acometia á los que con Munuza habian llegado.

María y Evrardo iban junto á él.

Don Pelayo tenía un poderosísimo auxiliar en el pavor que se habia apoderado de los árabes al ver que los cristianos estaban dentro de la misma fortaleza, y desmayaban.

La noticia habia cundido.

Habia llegado hasta las murallas.

Habia hecho decaer el valor de los sitiados, muchos de los cuales, abandonando las murallas, corrian á la fortaleza.

Por el punto que habia dejado descubierto Munuza, el príncipe don Favila habia logrado realizar con dos mil hombres el asalto.

Una de las puertas inmediatas fué abierta por él, y por allí entró toda la hueste cristiana, que, á medida que entraba, se derramaba por las calles y lo llevaba todo á cuchillo.

Ya los de Gijon no oian el toque de rebato de la gran campana del castillo.

Los de don Pelayo se habian apoderado de la gran torre.

Acá y allá empezaba á aparecer el incendio.

Los habitantes salian despavoridos de sus casas y en los primeros momentos eran pasados á cuchillo.

Los de la fortaleza se habian rendido.  
Gijon era ya de don Pelayo.

## CAPÍTULO XXIV.

---

### DE CÓMO ACABÓ MUNUZA.

¿Pero qué habia sido de Munuza?

En el momento en que vió que todo estaba perdido, pensó en Ormesinda.

La africana Aleida, la guarda mayor de su harem, á la que hubiera podido confiar la salvacion de Ormesinda, habia sido alcanzada por una saeta á la entrada misma de la plaza de armas del castillo, y habia caido inerte.

No habia, pues, nadie que poseyese otro punzon para abrir las puertas secretas que conducian á las mazmorras donde habian sido encerradas Ormesinda y Gisberga mas que Munuza.

Si él no las sacaba de la tumba de vivos en que habian sido sepultadas, era difícil, difícilísimo encontrar las puertas secretas.

La sola idea de que Ormesinda muriese entregada á los horribles padecimientos del hambre hizo de Munuza un héroe decidido á todo.

Se lanzó blandiendo su largo y corvo yatagan á la entrada de la gran torre de honor del castillo.

Caian ante él como la mies bajo la hoz del segador los que se oponian á su paso.

Le fortalecia el amor.

Al fin, ganó la galería en que estaba, en uno de sus extremos, la estrecha puerta de las escaleras de caracol por donde se llegaba á la primera puerta secreta.

Penetró en la escalera y descendió por élla contando los peldaños.

Á los cincuenta se detuvo.

Envainó su yatagan, que destilaba sangre, sacó el punzon, palpó y encontró el intersticio.

Franqueó aquella puerta, y pasó, dejándola abierta.

Avanzó por la mina contando los pasos.

Á los doscientos palpó el hueco de la izquierda.

Encontró otro intersticio.

Franqueó otra puerta, que dejó abierta tambien.

Al abrirse aquella puerta dejó ver una larga mina, que descendia en rampa.

Allá, en la profundidad, brillaba una luz y se veian dos bultos.

Eran los dos ballesteros que allí habia dejado Aleida.



Antes de avanzar, ántes de que pudieran sentir sus pasos, Munuza gritó:

—¡Ah de los míos! Permaneced tranquilos, soy yo: Munuza, vuestro señor.

—Avanza sin cuidado, señor,—dijo el uno de ellos.

Ambos habian reconocido la voz de Munuza.

Avanzó éste de una manera rápida.

Llegó á ellos y les dijo:

—Esperad aquí.

Y tomó el farol que estaba en el suelo y continuó.

Encontró otra escalera.

Entró en otra mina en la cual de trecho en trecho, á derecha y á izquierda, habia puertas muy bajas, muy estrechas, forradas de hierro y afianzadas por gruesos cerrojos.

Munuza se detuvo en la cuarta puerta de la derecha.

Descorrió el cerrojo y empujó la puerta.

Se encontró en una mazmorra como de tres metros de extension, de bóveda muy baja y húmeda, hasta el punto que mojaba el aire infecto que en élla se contenia.

Allí, abatidas, sentadas en un poyo de piedra, estaban Ormesinda y Gisberga.

Al sentir que la puerta se abria se pusieron de pié.

—Seguidme,—exclamó Munuza con la voz trémula de emocion.—Por última vez te hablo, amada de mi alma: yo no puedo sobrevivir á la

vergüenza y á la deshonra: he sido sorprendido dentro de mi misma ciudad.

—Habla, dí,—exclamó Ormesinda.

—Gijon es de tu hermano, —contestó Munuza.

—¡Bendito sea Dios,—exclamó Ormesinda,— que al fin ha dado á mi hermano el triunfo!

—¡Oh! ¡cuán negra fué la hora en que yo te conocí!—exclamó Munuza.

Y se puso en marcha.

Ormesinda no respondió.

Tenía el corazón oprimido.

Se anudaba la voz en su garganta.

Gisberga los seguía estremecida.

Munuza llegó adonde estaban los ballesteros, y les mandó que le precediesen.

Ellos se pusieron en marcha.

Pasaron la segunda puerta secreta.

Luégo la primera.

Cuando estuvieron allí, Munuza les dijo:

—Seguid á la izquierda si quereis salvaros.

—Nosotros no nos salvaremos si no se salva nuestro emir,—contestaron los leales ballesteros.

—Y tú ¿por qué no te salvas?—exclamó con un acento apenado y ardiente Ormesinda.

—Sí, yo voy á salvarme,—exclamó con un acento sarcástico Munuza, y ya con el acento de la locura.

Ormesinda se estremeció.

Los ballesteros habian tomado el ascenso de la escalera.

Munuza los seguía.

Al entrar en la galería que ya conocemos, se vió relumbrar en el extremo opuesto una antorcha.

Á su luz se veía á don Pelayo, á don Favila, al arzobispo Urbano y á algunos de los magnates de la hueste de don Pelayo, que, seguidos de muchos soldados, desnudas las espadas y empuñadas las hachas, buscaban por el castillo á Munuza, á Ormesinda y á Gisberga.

Al verlos los dos ballesteros que precedían á Munuza, hicieron pié firme y armaron sus ballestas.

Pero no habían tenido tiempo de armarlas cuando Munuza les dijo:

—Arrojad vuestras armas; haceos á un lado: para nada os necesito.

Los ballesteros se apartaron asombrados, desarmando sus ballestas.

Don Pelayo avanzaba el primero, ávido, blandiendo su espada.

Munuza le salió al encuentro con el yatagan en la vaina.

Evrardo y María salieron ansiosos de entre los magnates que rodeaban á don Pelayo y avanzaron hácia Ormesinda y Gisberga.

—¡Tu hermana, tu hija!—exclamó María,—Dios nos ha permitido que las salvemos.

—Sí, exclamó Munuza, Dios ó el infierno me han abandonado esta noche. Envainad vuestras espa-

das, rey don Pelayo, y vosotros, caballeros; nadie hay ya que os resista, he podido probar un último esfuerzo y morir combatiendo con vosotros; pero tengo ante mí al hermano del arcángel que arde en mi alma.

Se estremeció don Pelayo.

Flamearon sus ojos.

—¡Ah! No te irrites, —exclamó Munuza,—pura me la entregaste en rehenes con tu hija, y pura como la blanca luz de la alborada la recobras. Has vencido, don Pelayo: Dios te proteja y te permita aumentar tus victorias. En cuanto á mí, yo no lo veré; en cuanto á mí, yo no seré tu siervo; en cuanto á mí, yo no sufriré la vergüenza de sentir mis manos sujetas por vuestras cadenas.

Y ántes de que nadie pudiese impedir su acción, desnudó su puñal y se dió en el corazón tan terrible puñalada que ántes de caer en tierra había ya perdido la vida.

Resonó un grito agudo, un grito terrible, un grito en que se exhalaba todo el dolor desesperado de un alma.

Aquel grito le había lanzado Ormesinda, que se desplomó desmayada en los brazos de María.

## EPÍLOGO.

Habia pasado algun tiempo.

Gijon resplandecia de alegría.

Era la corte de don Pelayo.

Los árabes habian sido arrojados de la ciudad, y se habian embarcado en su flota, sin llevar cada uno mas que lo que por sí mismo habia podido conducir.

Los solariegos esparcidos por la montaña habian acudido á Gijon y lo habian repoblado.

Don Pelayo habia repartido entre sus magnates, sus caballeros, sus capitanes y sus soldados, tanto las casas de la ciudad, como los campos circunvecinos.

Lo mismo habia hecho ántes en Oviedo.

Se alzaba, al fin, bastante fuerte para resistir á los árabes, debilitados por sus disensiones en la península y por sus desastrosas empresas en la Galia Narbonense, el reino de Astúrias.

Don Pelayo, en vez de temblar ante el árabe, le amenazaba y se hacía temer de él.

Se ocupaba en preparar una nueva campaña.

Era necesario ocupar todo el terreno de Asturias, lanzar de él al agareno.

Don Pelayo podía haber sido completamente feliz.

Había llegado á alentar la esperanza de restaurar por sí mismo aquella España perdida.

Pero no podía ser feliz don Pelayo.

María, el amor de su alma, aquel ángel que de tal manera le había ayudado en el principio de la restauracion de la patria, se negaba á ser su esposa.

—No,—decía María,—yo soy esposa del Señor. No traigamos sobre nosotros por un casamiento sacrílego la maldicion de Dios.

—Pero tú no pronunciaste tus votos, nadie los ha oído,—exclamó desesperado don Pelayo.

—Los pronuncié en mi alma,—respondió María,—Dios los oyó.

Y no había medio.

El amor desesperado de don Pelayo, si afligia á María, no llegaba á hacerla vacilar.

Y no era esta la única amargura del alma de don Pelayo.

Ormesinda, su hermana, no había vuelto del terrible desmayo en que la hizo caer la vista de la sangre de Munuza, de su cadáver, sino para sufrir una larga y penosa enfermedad.

Pudo al fin salvarse su vida.

Pero no se pudo salvar su razon.

Ormesinda se habia vuelto loca.

—Cuando acabe de recobrar sus fuerzas Ormesinda,—dijo un dia María á don Pelayo,—partiremos con algunos leales servidores: tal vez la soledad de la montaña, la santidad del lugar donde voy á conducirla, la volverán la razon.

—Qué, ¿vas á separarte de mí?—exclamó don Pelayo, con la voz llena de angustia y palideciendo mortalmente.

—Sí,—dijo María;—he hecho construir un pobre albergue, una sencilla ermita junto á la entrada de la gruta de Covadonga: allí viviré con tu hermana y con algunas piadosas vírgenes. Como se ha empezado á restaurar la patria, es necesario se empiece á restaurar aquel incendiado, aquel derruido monasterio de nuestra Señora de Covadonga. Allí mis hermanas y yo adoraremos á la Santa Madre de Dios, que nos ha dado la victoria, y cuidaremos de tu hermana.

Inútiles fueron las súplicas y las lágrimas de don Pelayo.

Despues de que se celebraron las bodas de Evrardo y de Gisberga, María partió para Covadonga, llevando consigo á Ormesinda.

La servian algunos de los de la casa de don Pelayo.

La acompañaban seis jóvenes doncellas que se consagraban á la vida penitente por la patria.

La resguardaban, á las órdenes de Evrardo, algunos ballesteros montañeses.

Gisberga iba tambien, olvidadas sus desventuras, completamente feliz por su union con Evrardo.

En efecto, María habia fundado un pequeño y humilde convento, construido con los dotes de las doncellas que debian ser las primeras monjas del restaurado convento de Nuestra Señora de Covadonga.

Su construccion no podia ser más humilde.

Un pequeño templo, una ermita, estaba adherido á él. Cerca, otra construccion, tambien muy sencilla, una hospedería destinada á albergar á los que fuesen en romería á nuestra Señora de Covadonga.

Allí, en una habitacion aparte, más cómoda, más cuidada que las otras, debia estar la infanta Ormesinda con la servidumbre que la habia destinado su hermano el rey don Pelayo, y allí debian estar tambien continuamente cincuenta ó sesenta hombres de guerra para la defensa del monasterio y de la hospedería.

Una vez establecidos allí, Evrardo volvió con su esposa Gisberga y una escolta á Gijon.

Don Pelayo, al verle volver sin María y sin Ormesinda, levantó los ojos al cielo y exclamó:

—Que se cumpla la voluntad de Dios. Ahora á pelear por la patria.

Algun tiempo despues, Ormesinda, poseida por



su terrible locura, murió creyendo ver siempre la ensangrentada sombra de Munuza.

En cuanto á María, llegó á una edad avanzada, partiendo su vida entre el culto á Nuestra Señora de Covadonga y la oracion sobre las tumbas de su padre el rey don Rodrigo y la infanta Ormesinda, que yacian á la entrada misma de la gruta.

Todos los que la habian conocido la creyeron muerta en olor de santidad.

Y áun los que no la habian conocido, cuando se divulgó su muerte, rogaron á Dios por el alma del **ÁNGEL DE LA PATRIA.**

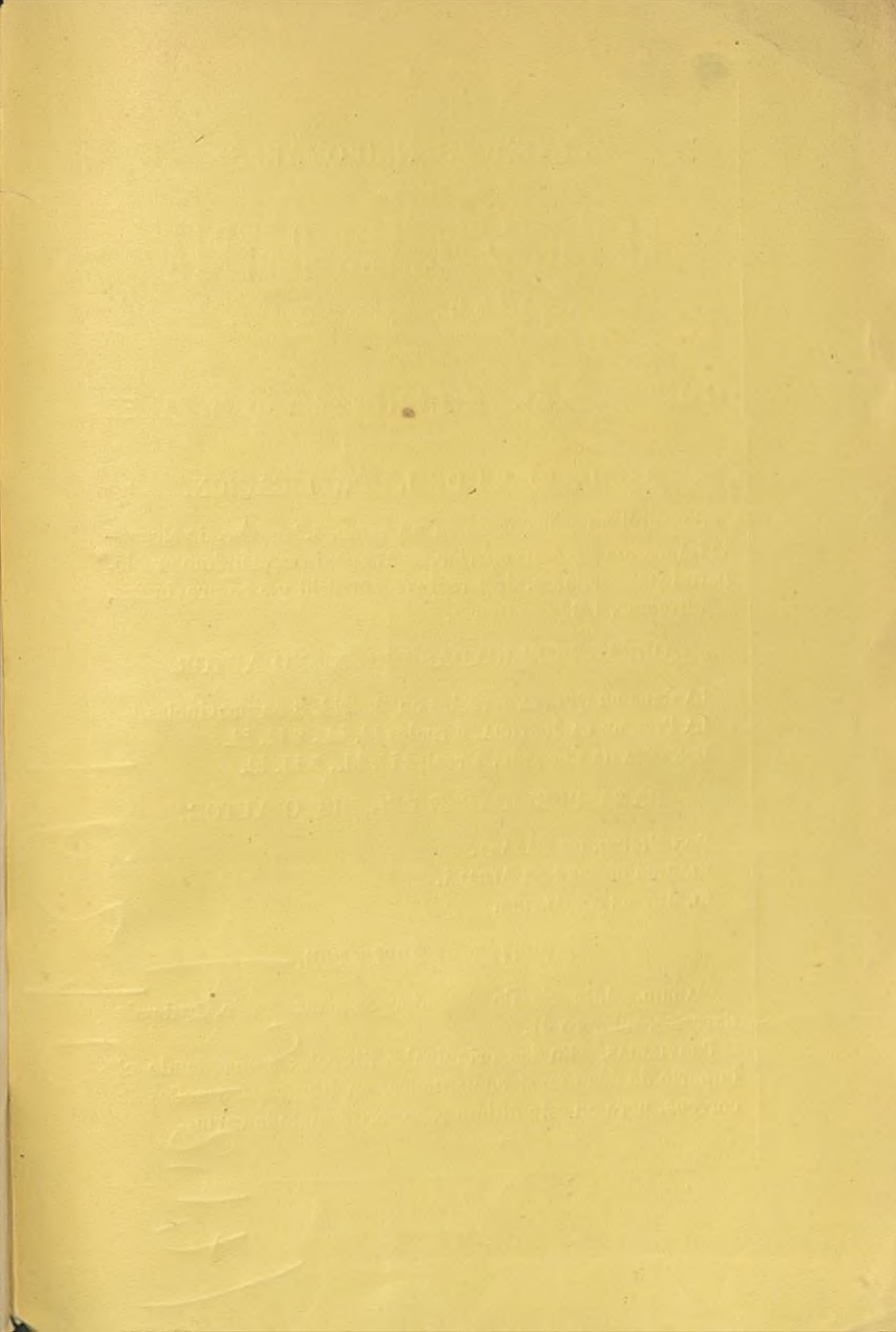
**FIN.**

# INDICE.

~~~~~

	Páginas
CAPÍTULO PRIMERO.—La hermana de don Pelayo....	5
CAP. II.—Bekralbaida, ó la doncella blanca.....	18
CAP. III.—La partida de caza.....	28
CAP. IV.—De cómo Ormesinda se encontró en un gran peligro, en que estuvo á punto de perecer.	37
CAP. V.—En que María hace un bello retrato de sí misma.....	42
CAP. VI.—En que aparece un nuevo é imprevisto personaje.....	54
CAP. VII.—Donde se ve que el Angel de la Patria reúne el primer núcleo de los ejércitos de la reconquista.....	63
CAP. VIII.—En que don Rodrigo cuenta su historia á María.....	70
CAP. IX.—En que acaban su importantísima conversacion María y don Rodrigo.....	86
CAP. X.—En que se trata de la situacion en que se encontraban las almas de Ormesinda y de Gisberga.....	101
CAP. XI.—En que la virtud de Ormesinda se ve puesta á prueba.....	111
CAP. XII.—En que se dice algo acerca del capitán Ernesto de San Adrian.....	127
CAP. XIII.—En que se dice en qué situacion se encontraban en Tánger Tarik y el príncipe don Pelayo.....	136
CAP. XIV.—De cómo don Pelayo, á más de ser un gran caballero, era un gran cazador.....	145
CAP. XV.—De cómo Tarik-ben-Ziad se quedó sin saber lo que de don Pelayo habia sido.....	154

CAP. XVI.—De cómo fué proclamado el primer rey de Astúrias .....	159
CAP. XVII.—De cómo el rey don Pelayo se puso al frente de la primera hueste de la reconquista de España .....	172
CAP. XVIII.—De cómo don Pelayo creó el reino de Astúrias venciendo la poderosa hueste del walí Alcama.....	179
CAP. XIX.—En que se ve la terrible situacion de espíritu en que don Pelayo y María se encontraban y hasta dónde llegaba la fe de María.....	201
CAP. XX.—En que se ve lo que era capaz de intentar María por don Pelayo y por la patria.....	212
CAP. XXI.—De cómo, de maravilla en maravilla, de milagro en milagro, llegaron María y Evrardo hasta el interior del palacio de Munuza.....	220
CAP. XXII.—De las aventuras por que pasaron dentro del castillo de Gijon María y Evrardo....	238
CAP. XXIII.—De cómo se tomó á Gijon.....	255
CAP. XXIV.—De cómo acabó Munuza.....	260
EPÍLOGO.....	266



LEYENDAS NACIONALES

# EL ÁNGEL DE LA PATRIA

(Crónicas de la reconquista de España)

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

## CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Se publican estas obras en un tomo, 8.º mayor, de elegante impresion y papel superior, de 272 páginas, al infimo precio, para los suscritores, de 4 reales en Madrid y 5 en provincias. Ultramar, 1/2 peso fuerte.

## ORRAS PUBLICADAS DEL MISMO AUTOR.

LA CRUZ DE QUIROS, 6 reales en Madrid, 8 en provincias.  
LA PIEL DE LA JUSTICIA, 6 reales id. id., 8 id. id.  
DOÑA MARÍA CORONEL, 4 reales id. id., 5 id. id.

## PARA PUBLICARSE DEL MISMO AUTOR.

DON MIGUEL DE MAÑARA.  
EL RICO HOMBRE DE ALCALÁ.  
EL REY DE ANDALUCÍA.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID. Librería de Salvador Sanchez Rubio, calle de Carretas, número 31.

PROVINCIAS. En las principales librerías ó mandando el importe de dos tomos adelantados, en libranzas ó sellos de correos, pero en este último caso certificando la carta.

16210  
(118217)